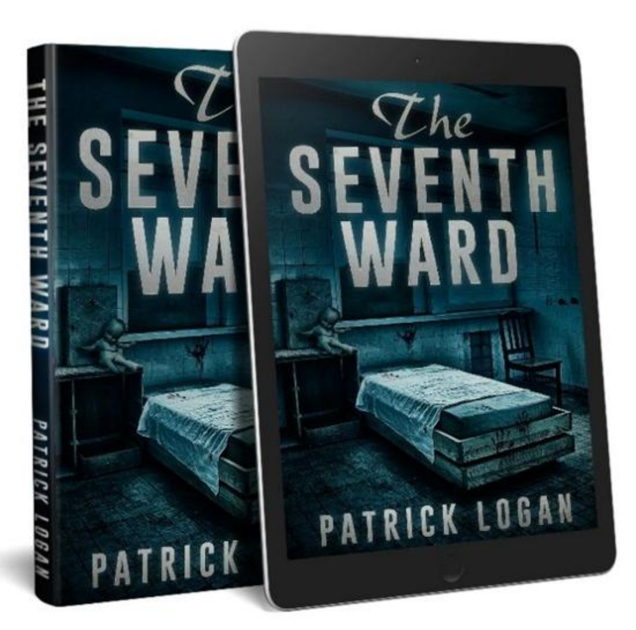
El Séptimo Distrito



Patrick Logan


THE SEVENTH WARD
PATRICK LOGAN
The
SEVENTH
WARD
PATRICK LOGAN

El Séptimo Distrito

La serie embrujada

Libro 2

Patrick Logan

Prólogo

"Oye, Danny, ¿ya casi terminas ahí?"

Danny se quitó los auriculares de los oídos y apagó la fregadora.

"¿Qué? ¿Dijiste algo?"

Miró a su amigo desde el otro lado del pasillo. Lawrence era alto, delgado y tenía una expresión siempre bobalicona en su cara estrecha. Orejas grandes, ojos grandes y boca grande.

"Te he preguntado si has terminado", respondió Lawrence. Hizo una bola con la toalla de papel que había utilizado para limpiar la camilla de plata y la tiró a la papelera.

"Casi..." Danny hizo un gesto con la mano, indicando la delgada franja de suelo sucio al otro lado del pasillo. "Sólo tengo que hacer esa tira y luego he terminado- podemos empacar entonces."

Un rápido vistazo al reloj de su muñeca reveló que eran casi las tres de la mañana. "Sí, paremos a las tres".

Lawrence le sonrió, mostrando unos dientes grandes, casi de gamo.

"Entonces, ¿podemos ir a ver esa sala?"

Danny hizo una mueca.

"¿Qué pabellón?"

Lawrence puso los ojos en blanco y arrancó otra hoja de papel de cocina.

"No seas tímido, ya sabes lo que ward".

Danny entrecerró los ojos e hizo una mueca.

"No", dijo simplemente, colocándose los auriculares en los oídos antes de que su amigo pudiera quejarse. Sabía que Lawrence estaba hablando, pero con la música a todo volumen, no podía distinguir las palabras, lo cual le parecía bien. Después de volver a encender el limpiapisos y sentir las vibraciones que le subían por los brazos, no pudo oír a Lawrence en absoluto.

Mientras Danny maniobraba el aparato hacia la franja sucia del pasillo, que era también el último pasillo de la Octava Sala del Hospital de Pinedale que requería limpieza, dejó vagar su mente.

¿Por qué estamos limpiando este lugar otra vez?

Después de todo, el hospital había estado abandonado durante años... una década o más. Al no ser nativo de Corgin, hace dos semanas Danny ni siquiera había oído hablar del lugar. Sin embargo, tras investigar un poco, pensó que el hombre rubio del traje le estaba tomando el pelo.

¿Limpiar un hospital abandonado? ¿Para qué?

En aquel momento, la respuesta del hombre había sido lo bastante convincente: estaban pensando en convertirlo en una especie de museo, un archivo de equipos anticuados de mediados y finales de los

noventa. Pero al echar un vistazo ahora, Danny no veía nada que se pareciese remotamente a piezas dignas de museo. De hecho, la mayor parte del equipo médico había sido retirado, presumiblemente por la empresa que había empaquetado el hospital en primer lugar, o por saqueadores. Lo que quedaba no eran *"antigüedades"*, sino simplemente mierda. Hasta su mente inexperta lo sabía.

Al fin y al cabo, la mayor parte de su experiencia había consistido en limpiarla.

El hecho de que el hombre se hubiera puesto en contacto con Danny Dekeyser había sido una sorpresa. Limpiar un hospital entero, un total de ocho salas, era un trabajo ingente, y sólo contaba con Lawrence y consigo mismo para hacerlo. A decir verdad, una de las empresas comerciales mucho más grandes habría sido una mejor opción, y Danny casi había dicho lo mismo. Pero con las facturas médicas que se le acumulaban y las cifras que le ofrecía el desconocido del traje, ¿cómo iba a negarse? Sobre todo con una mujer y una hija que mantener.

La fregona emitió de pronto un chirrido y Danny miró a los lados para asegurarse de que no se había enganchado en nada. Había algo rosa, como un chicle, clavado a medio camino entre las duras cerdas rojas. Danny movió la rueda del cepillo de un lado a otro sobre la mancha varias veces, pero fuera lo que fuera, se negaba a despegarse del suelo.

"Joder", refunfuñó, sacando el rascador de la trabilla de su cinturón. Apagó el amortiguador y se quitó el fajo rosa. Cuando se puso en cuclillas para empezar a raspar, oyó murmurar a Lawrence, y de mala gana se quitó uno de los auriculares de los oídos.

"¿Qué?", dijo sin girarse.

"Joder, tío, tienes que bajar el volumen de esa mierda. No es bueno para tus oídos".

Danny no dijo nada.

"Jesús, estás de mal humor hoy, ¿no?"

Danny se quedó mirando el chicle de cinco centímetros de largo o lo que demonios fuera durante un segundo, con los ojos desenfocados.

Deslizó el rascador por debajo de un lado, que era más grueso que el otro, y le dio un pequeño empujón.

"¿Danny?"

Danny negó con la cabeza y se volvió hacia su amigo.

"Lo siento, tío. Estoy cansado, eso es todo. Quiero ir a casa, tomar una cerveza, poner mis perros para arriba. "

Últimamente no se sentía bien e intentaba por todos los medios no pensar en la posibilidad de que el cáncer volviera a aparecer. Llevaba casi dos años en remisión, pero su médico le había dicho que nunca se recuperaría del todo. Y desde que había aceptado el trabajo en el

Hospital de Pinedale, se había sentido agotado, que era exactamente como se había sentido antes de su diagnóstico inicial.

"Sí, tío, te entiendo", respondió Lawrence. Su cara de bobo se puso seria por un segundo, y Danny supo lo que el hombre estaba pensando porque él también lo estaba pensando.

Se encogió de hombros.

"No es nada, tal vez un resfriado-la gripe. Joder, me pondré bien". Entonces sonrió. Una sonrisa débil, pero una sonrisa al fin y al cabo.

La sonrisa bobalicona volvió a los labios de Lawrence e hizo bailar sus gruesas cejas.

"Me pareció oír algo".

Danny sacó el otro auricular.

"¿Ahora?"

"No, ahora no. Antes, cuando estuve gritando tu nombre como cinco minutos".

Danny negó con la cabeza, recordando al hombre rubio del traje que le entregaba el juego de llaves -cosas arcaicas que parecían tan antiguas como algunos de los equipos sobrantes- y las llaves-tarjeta. Las llaves te permitían entrar en el edificio, pero a partir de ahí, para moverte, tenías que usar las tarjetas.

"No hay nadie más aquí."

"Oí cerrarse una puerta". Su sonrisa creció. "Debajo de nosotros."

Ahora le tocaba a Danny poner los ojos en blanco. Lo que había ocurrido en Pinedale unos cinco años antes de que cerrara se había convertido en una especie de leyenda urbana, y aunque Danny ni siquiera había oído hablar del lugar antes, una rápida búsqueda en Internet le había revelado muchas cosas.

En su mayor parte -quizá todo- mentira, algo sobre un preso psiquiátrico que masacra a otro paciente y a un médico, tratando de demostrar alguna teoría demente suya.

Danny no se creía nada. Lawrence, en cambio, estaba obsesionado.

Vamos a buscar el Barrio Séptimo, empezaba cada noche, y Danny le decía que no.

Las instrucciones del hombre del traje eran explícitamente claras: debían empezar en la última planta, en el pabellón octavo. El pabellón de cáncer, irónicamente. Y luego debían ir bajando. Dejó que Lawrence señalara que los números de los pabellones pasaban del seis al ocho.

Sólo una vez Danny, en un raro momento de debilidad, había permitido a Lawrence ir a explorar. Más extraño aún era el hecho de que hubiera ido con su amigo.

En el sótano habían encontrado una sola puerta, la única en todo el hospital, por lo que pudo ver, que no estaba etiquetada. Y ninguna de las tarjetas que les había dado el hombre podía abrirla.

Esto es el Séptimo Distrito, había dicho Lawrence vertiginosamente, a lo que Danny había respondido rápidamente que probablemente sólo era un almacén.

Danny ahogó una tos y tragó la flema que le llenaba la boca.

"Aquí no hay nadie", dijo, volviéndose hacia el suelo. Su mano enguantada rozó la cosa rosa. Era sorprendentemente suave, incluso flexible.

¿Qué carajo?

Incluso las capas de polvo del hospital abandonado tenían sus propias capas de polvo; las puertas llevaban años cerradas.

Pero esta... esta cosa rosa parecía fresca... orgánica, incluso. Se parecía extrañamente a un dedo, un dedo liso y rosado sin uña en el extremo.

Danny puso cara de asco.

Tal vez... tal vez Lawrence estaba...

Pero la puerta de la sala de oncología se abrió de golpe, cortando todo pensamiento racional. Danny levantó la cabeza tan deprisa que perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, golpeándose la rabadilla contra el suelo.

"¿Qué?", balbuceó, tratando de orientarse.

gritó Lawrence cuando una sombra pesada surgió de la puerta abierta.

"¿Danny?"

Tragando con dificultad, Danny consiguió recuperar un mínimo de control y se puso en pie.

"¿Quién es?", preguntó, tratando de sonar autoritario. "Se supone que no deberías estar aquí".

Sus palabras salieron mansas a pesar de sus esfuerzos.

Sólo tenían dos focos de trabajo, ambos funcionando con un juego de pilas de iones de litio: uno estaba apoyado contra la pared del pasillo para que Danny pudiera ver dónde limpiaba, mientras Lawrence utilizaba el otro para limpiar las camillas. Ninguna de las dos apuntaba a la puerta del fondo del pasillo, por lo que la zona quedaba a oscuras.

Así las cosas, Danny sólo pudo distinguir una sombra en la puerta.

Pero entonces la figura salió a la luz, y Danny sintió que su ritmo cardíaco se duplicaba.

Era enorme, más grande que cualquier otro hombre que Danny hubiera visto jamás: al menos 1,80 m, quizá incluso más. Pero eso no era lo más impactante de él.

El hombre estaba *fragmentado de* alguna manera... todo ángulos duros, ninguno de sus rasgos encajaba a la perfección. Unas gruesas puntadas en forma de encaje atravesaban su enorme pecho de tonel, que tenía *-Jesucristo- un* único pecho morado y deformado suturado en

el centro. El brazo derecho del hombre era proporcionado, pero el izquierdo era considerablemente más pequeño, y mientras el primero era de un gris pálido, el segundo era de un marrón oscuro y pigmentado.

Y eso sin hablar del lío que tenía entre las piernas.

"No puedes estar aquí", balbuceó Danny. Instintivamente, apretó con fuerza el rascador de metal.

El hombre se echó a reír y avanzó torpemente hacia él, sin reparar en Lawrence, que desde entonces se había escabullido detrás de su carrito lleno de artículos de limpieza.

Danny se quedó inmóvil cuando el hombre se acercó.

De cerca era aún más espantoso. Su rostro era un batiburrillo de rasgos diferentes, ninguno de los cuales parecía encajar: una nariz negra y oscura, ligeramente inclinada hacia la derecha; la piel que rodeaba su ojo izquierdo era rosada, como quemada por el sol. Su boca era una hendidura irregular que continuaba casi hasta la oreja del lado izquierdo, con los puntos separados.

Era como el monstruo de Frankenstein, pero más horrible.

Y era real.

"Qué coño... no puedes..."

"Me llamo George", dijo el hombre. Cuando habló, los puntos de su cara se separaron aún más, revelando una hilera de muelas amarillas podridas.

Danny quería correr, quería darse la vuelta y salir de allí lo más rápido posible. Pero no pudo.

Era como si tuviera los pies cubiertos de hielo.

El hombre siguió acercándose, con paso torpe, torpe, como si una pierna fuera unos centímetros más corta que la otra. Y lo peor era que Danny pensaba que tal vez fuera así, pero estaba demasiado asustado para apartar la mirada de los ojos negros y oscuros del hombre para comprobarlo.

Mientras George recorría la corta distancia que los separaba, Danny empezó a percibir un hedor general, un olor a podrido que pronto se hizo tan penetrante que le hizo llorar los ojos.

Cuando estaba a sólo medio metro, George se detuvo de repente, con los ojos entrecerrados. Al principio, Danny pensó que le estaba mirando fijamente, pero luego bajó la mirada y soltó una risita.

"Ahí está", dijo. El monstruo se dobló por la cintura, mostrando más de las gruesas puntadas que le cruzaban la espalda.

George gimió y agarró la cosa rosa que Danny había estado intentando quitar del suelo. De un tirón, la levantó del suelo. Luego lo puso a la altura de los ojos y lo estudió un momento antes de reírse de nuevo.

"Ahí es donde fue."

Entonces le mostró a Danny su mano izquierda... y el pulgar que le faltaba. Como un mago haciendo un truco de salón, levantó el apéndice rosa y lo movió de un lado a otro del lugar donde se lo habían amputado.

A Danny se le revolvió el estómago y sintió que todo su cuerpo se tensaba. Le sudaba la frente.

El rostro del hombre se volvió serio de repente.

"¿Has oído eso?"

Danny tragó saliva y se quedó boquiabierto ante el espectáculo de fenómenos humanos que tenía delante. No podía ser real, por supuesto. Tenía que ser la reaparición del cáncer. La primera vez que se lo diagnosticaron, y poco después de empezar la quimioterapia, recordaba sueños salvajes y vívidos. Incluso durante el día, de vez en cuando tenía pequeñas alucinaciones.

Nada tan horrible como esto, por supuesto, pero es imposible que sea real.

"He dicho, ¿has oído eso?" George preguntó de nuevo, su voz más profunda, cada vez más agresivo. Por muy intimidante que fuera el hombre, Danny seguía sin atreverse a contestar.

George se inclinó más hacia Danny, que estaba a menos de cinco centímetros, y fue todo lo que pudo hacer para no vomitar.

El aliento del hombre apestaba a pescado podrido, y eso no decía nada de los horribles detalles de su rostro: los puntos de sutura, la piel a retazos que tan claramente había sido arrancada de otras personas. Y, a juzgar por el olor, no estaba demasiado fresca cuando la cosecharon.

"Creo que fue la Cabra", siseó George. "Oí que venía".

Un grito surgió de repente de algún lugar detrás de George.

"No sé quién coño..." Pero antes de que Lawrence pudiera terminar la frase, algo destelló en la periferia de Danny.

El palo de la escoba descendió en un arco descendente. Golpeó la espalda segmentada de George, que se enderezó y se apartó de Danny, llevándose consigo su horrible aliento putrefacto.

Gruñó y empezó a girarse. La forma en que se movía era espantosa, la piel hecha a retazos poseía distinta plasticidad, se doblaba y plegaba y arrugaba independientemente.

"No deberías haber hecho eso", susurró. Lawrence se echó hacia atrás para volver a balancear la escoba cuando Danny por fin salió de su estupor.

"¡No! ¡No lo hagas!", gritó, pero llegó demasiado tarde.

George le arrebató la escoba a Lawrence con la mano que aún tenía pulgar y, de un fuerte tirón, se la quitó de las manos.

"No deberías haber hecho eso", repitió George.

Danny quería hacer algo, habría hecho algo para ayudar a su

amigo, pero era demasiado lento. Con la otra mano, George alargó el brazo y agarró a Lawrence por el cuello. Incluso sin un pulgar, el agarre del hombre era tan fuerte que Lawrence no podía despegarlo ni con las dos manos.

Jadeando, Danny se quedó impotente y vio cómo su amigo empezaba a agitarse mientras lo levantaban del suelo.

"Ya viene... ya viene... ya viene..." George empezó a repetir una y otra vez.

Fue entonces cuando Danny se dio cuenta de que aún tenía el rascador de pintura en la mano. Lo levantó despacio, casi robóticamente, con la intención de clavarlo en el cuello de George, cuando los ojos de Lawrence empezaron de pronto a nublarse, a volverse completamente negros.

Danny Dekeyser dejó caer el rascador de pintura y echó a correr.

***

Con la única ayuda de su pequeña linterna, Danny no pudo encontrar la puerta principal del hospital de Pinedale. En su lugar, se adentró en las entrañas del hospital, tratando de alejarse lo suficiente como para no oír los gritos de Lawrence.

Finalmente, se encontró ante una puerta, la puerta que Lawrence y él habían intentado abrir hacía una semana, pero habían fracasado. Sin embargo, en su desesperación, esto se le olvidó. Sus manos extendidas encontraron el picaporte y lo agarró con furia, haciéndolo sonar arriba y abajo, mientras se golpeaba el hombro contra él.

No se abría.

Y entonces la luz de su bolígrafo se apagó.

"Joder", susurró en la oscuridad más absoluta.

A continuación se llevó la mano a la cadera y cogió la tarjeta que llevaba atada con un cordón retráctil. Tiró con fuerza y agitó la tarjeta a ciegas en la zona donde suponía que estaba el lector. Al principio, no ocurrió nada, y su pánico casi abrumador empezó a ir in crescendo. En su mente, podía oír los pasos pesados y fuertes de George, uno fuerte y otro suave.

"Vamos, vamos", murmuró, agitando ahora la tarjeta sin rumbo en la oscuridad.

Justo cuando iba a soltar el cable retráctil y adentrarse en el hospital para buscar una zona mejor iluminada por la luz de la luna, oyó un pitido sordo y una pequeña luz LED verde atravesó la oscuridad.

¡Sí!

Danny tiró de la puerta y la abrió de par en par, entrando rápidamente. La cerró tras de sí y levantó la cabeza hacia donde creía

que estaba el cristal. Aunque no podía ver nada en la oscuridad, saber que estaba mirando por la ventana, con los ojos muy abiertos, le reconfortó un poco.

Durante un largo rato, el único ruido que Danny oyó fue el de su propia respiración. Cuando su ritmo cardíaco empezó a normalizarse, de repente le entraron ganas de toser. Se llevó una mano a la boca y apretó los labios todo lo que pudo en un intento de sofocarla.

Dada la opresión que sentía en el pecho y los pulmones, Danny se contuvo bastante bien; sólo le brotó saliva de los labios.

El problema era que, incluso durante sus sofocados espasmos, seguía oyendo la misma respiración rítmica.

Sólo que ahora estaba seguro de que no era suyo.

Danny, con los ojos muy abiertos, buscando desesperadamente algo, cualquier cosa, en la absoluta oscuridad, se dio la vuelta, con la espalda apretada contra la puerta.

Entonces lo olió de nuevo: el inconfundible olor a podrido.

"Bienvenido al Séptimo Distrito, Danny. Te he estado esperando."


PARTE I - Otra carta, otro trabajo

Capítulo 1

Robert Watts se apartó del ordenador y se frotó los ojos. A pesar de llevar más de una década mirando números en la pantalla de un ordenador, ya no tenía aguante para ello.

Algo le había pasado después de dejar Audex; poco a poco había perdido la paciencia con los móviles y otros aparatos electrónicos. De hecho, en la finca Harlop ni siquiera había televisión, para disgusto de Cal.

A Shelly, en cambio, no parecía importarle nada.

Lo único de lo que Robert no podía prescindir era del Wi-Fi, y por eso una de las primeras cosas que hizo desde que se mudó fue dotar al lugar de una sólida conexión a Internet.

Robert parpadeó larga y lentamente, obligando a sus ojos a lagrimear un poco, tratando de aliviar la fatiga visual. Cuando recuperó la concentración, se encontró mirando fijamente la sencilla fotografía de Amy en el marco de su escritorio. Aunque no recordaba habérsela hecho -quizá Wendy se la había mandado hacer-, debía de tratarse de una fotografía extra para el pasaporte. Amy no sonreía en ella, ya que en esas fotos no estaba permitida ninguna forma de expresión, pero nada podía borrar la sonrisa y la alegría que llenaban sus ojos.

Una punzada de tristeza le golpeó en lo más profundo del estómago, pero antes de que se convirtiera en una auténtica depresión, apretó los dientes y se sacudió el sentimiento. Deseoso de distraerse, Robert se inclinó hacia delante en la silla y volvió a lo que hacía casi todos los días: buscar en Internet información sobre la Médula.

A pesar de estar inundado de más información inútil de la que creía posible, la información sobre la Médula era sumamente escasa. Había reunido más información de la que habían conseguido Cal y Shelly, pero no mucha más. Sin embargo, una cosa que había permanecido constante era la afirmación inicial de Shelly de que nadie había estado realmente allí y había vuelto para hablar de ello, lo que explicaría la escasez de información.

Excepto para él, claro, que era algo que Robert seguía guardándose para sí, y lo haría hasta que estuviera completamente convencido de que revelarlo no pondría en peligro a Cal o a Shelly.

Hacía aproximadamente una semana, Robert se había topado con algo interesante, algo sorprendentemente creíble. Un par de enlaces ocultos en una web sobre el más allá le habían conducido a un oscuro tablón de anuncios de pesca. Una de las primeras cosas que Robert había descubierto buscando en Internet era que no importaba tanto *lo*

que se buscaba, sino *dónde*. Había encontrado información sobre el escondite de la Médula en una guía online del videojuego Doom e incluso en los comentarios de un álbum de fotos de boda cualquiera. Así que, mientras otros podrían haberse desconectado del tablón de anuncios de pesca, él no lo hizo.

Y se alegró de haberse quedado, porque fue aquí donde descubrió por primera vez a una misteriosa identidad cibernética que se hacía llamar "LBlack". A medida que leía sus mensajes, se daba cuenta de que sabía de lo que hablaba.

Dicen que el diablo está en los detalles, y nada podía ser más cierto en este caso. El modo en que LBlack describió el espumoso mar de Marrow, la forma en que rompía sobre la suave arena, el sonido de las olas... era exactamente como Robert lo recordaba. Aunque otros relataron algo parecido, los detalles que LBlack describió eran tales que Robert estaba convencido de que aquel hombre había estado allí.

Y fue también cuando mencionó el trueno en el cielo, la inminente tormenta. Robert aún podía recordar cómo se sentía, cómo, al mirar hacia arriba, la serenidad que tanto había envuelto su quiddidad se había desvanecido de repente. Cómo los relámpagos que partían las nubes parecían dejar una fisura tras de sí, y en esa fisura, podía oír el más horrible...

Un grito procedente de algún lugar le hizo levantarse de golpe de la silla.

"¿Cal? ¿Shelly?", gritó.

Lo único que oía era la música rock de Shelly, y por un momento pensó que tal vez se había imaginado el grito, que formaba parte de su ensoñación de la Médula.

"¿Cal?", preguntó, elevando la voz unas octavas. Cuando la única respuesta fue el sonido de platillos chocando y riffs de bajo, Robert se levantó de la silla y se dirigió a la entrada de la oficina. Se asomó con la esperanza de ver a Cal y Shelly riendo mientras tomaban unas copas.

Pero no había nadie fuera de la habitación ni en el pasillo.

Robert no recordaba de quién había sido la idea de mudarse todos a la finca Harlop, pero en aquel momento había tenido sentido. Después de todo, Robert no tenía donde vivir, Cal era un nómada errante y Shelly, que irónicamente era de Montreal, de todos los lugares, estaba en proceso de mudarse y su casa ya estaba a la venta. Habían utilizado los ingresos de la venta de su casa para pagar lo que quedaba de las facturas de Robert -*las de* Wendy- y luego se habían mudado todos.

Una solución temporal, habían acordado, pero en los últimos meses se habían convertido en una extraña familia mixta.

Robert había instalado su oficina en el segundo piso, con la

esperanza de hacer algún trabajo de contabilidad por cuenta propia hasta que consiguiera algo más permanente en el condado de Hainsey. Al fin y al cabo, aunque no tuvieran hipoteca ni deudas, seguían necesitando dinero para vivir. Para empezar, tenían que mantener la luz encendida e Internet funcionando, no fuera a ser que se olvidaran de la comida y el entretenimiento. Y quienquiera que hubiera estado pagando a la compañía eléctrica antes de que ellos llegaran -tenía la ligera sospecha de que se trataba de un hombre de pelo rubio corto y traje negro- había dejado de hacerlo desde que se transfirió la escritura.

El problema era que no había mucho trabajo de contabilidad y, en los últimos meses, Robert había pasado más tiempo investigando sobre la Médula que trabajando como autónomo en páginas web de contabilidad. En cuanto a Cal y Shelly... bueno, pasaban la mayor parte del tiempo hablando de teorías conspirativas y bebiendo. Lo cual le parecía bien... por ahora. Pero pronto necesitarían una forma estable de ingresos. Si querían que esto funcionara en la finca Harlop, tenían que empezar a tener liquidez, y pronto.

Otro grito rebotó en los altos techos y Robert volvió al momento, con el corazón acelerado. Se inclinó sobre la barandilla y miró hacia abajo, intentando localizar a sus compañeros. De repente le vino a la memoria el grito que había pegado la pequeña Patricia cuando la empujaron desde el tejado.

"¡Cal! ¿Qué...?"

Pero entonces vio a Shelly salir del salón hacia la base de la enorme escalera.

"Shelly, ¿qué pasa?"

Pero Shelly no se volvió para mirarle. Siguió retrocediendo lentamente, con el dedo extendido y la otra mano tapándose la boca. Tenía la cara pálida como la muerte y los ojos muy abiertos.

"¡Shelly!", gritó. Se dio la vuelta, decidido a bajar corriendo las escaleras e ir hacia ella, cuando ella se quitó la mano de la boca y se la levantó, deteniendo su avance.

Robert tragó saliva.

"¿Qué... qué pasa?", preguntó con voz apenas susurrante. En algún lugar de su mente se dio cuenta de que la música había cesado.

Shelly retrocedió unos pasos, señalando algo que Robert no podía ver.

"Es... es...", tartamudeó.

Robert oyó un sonido nuevo: el sonido oxidado y chirriante del metal desgastado.

"-¡Es Ruth, ha vuelto!" Shelly terminó con un grito ahogado.

Robert sintió que se le entumecían las piernas. Aunque hubiera querido, si Shelly hubiera bajado la mano y le hubiera hecho señas

para que bajara hacia ella, no habría podido.

Se quedó helado de miedo.

Y cuando la rueda oxidada de la silla de ruedas de Ruth Harlop apareció a la vista con su mano nudosa y correosa agarrando la goma gastada, un grito se elevó en su garganta.

Capítulo 2

HACE CATORCE AÑOS

"**Doctor,** ha llegado **su nuevo paciente**", le informó la corpulenta enfermera con voz suave.

El Dr. George Mansfield se quitó las gafas de la nariz y las dejó caer hasta el cuello, donde se apoyaban en el cordón. Echó un rápido vistazo a la enfermera y sus ojos oscuros se clavaron primero en la etiqueta con su nombre, *Justine Sinclair*, antes de observar el resto de su cuerpo. Era una mujer pastosa y gruesa, sobre todo en la parte inferior. El médico no la reconoció, lo que significaba que era una de las nuevas enfermeras que le habían enviado en rotación a raíz de sus quejas por escrito sobre la escasez crónica de personal.

Una virgen más que se abría camino en el pabellón psiquiátrico de Pinedale o, como se decía más comúnmente, en el séptimo pabellón. Esperaba que, a diferencia de las demás, durara más de una semana.

"¿Doctor?" preguntó Justine despacio, apartando los ojos cuando la vergüenza por su observación se apoderó de ella.

Era una mujer muy poco atractiva: nariz respingona, labios finos, pelo corto hasta los hombros y seco hasta el punto de encresparse.

"Enfermera, si el que yo la mire va a hacer que se avergüence, probablemente debería buscar otro trabajo".

"Oh, lo... lo siento, Doctor, yo sólo..."

"En serio."

Justine volvió a levantar los ojos. Aunque sus mejillas seguían enrojecidas, sus ojos se volvieron claros, concentrados.

"Sí, señor."

El Dr. Mansfield cogió la carpeta de su mano extendida y la abrió.

"Esto no es la época medieval, Justine. No me llames 'señor'. Llámame 'Doctor'".

Esta vez, la enfermera no respondió, y el Dr. Mansfield volvió a ponerse las gafas y escaneó rápidamente el expediente.

Estudiante de medicina de 24 años sufrió un colapso mental. Posibles problemas psíquicos anteriores, sospecha de bipolaridad. Pasó dos semanas en el hospital tras el episodio más reciente, con diagnóstico de fatiga y malestar general. Durante la recuperación, empezó a expresar dos personalidades distintas: una, la estudiante de medicina cariñosa, tranquila, tímida, obediente hasta la exageración. Personalidad dos: enfadada, iracunda, irracional. Vengativa. Arrogante.

El Dr. Mansfield releyó la primera página del informe, despertando su interés.

¿Un estudiante de medicina con doble personalidad? Eso es nuevo.

Pasó a la página siguiente, consciente, pero sin importarle, de que Justine seguía mirándole.

En la parte superior de la página había una fotografía de un joven de pelo castaño desgreñado y ojos pequeños con ojeras. Tenía la nariz ligeramente torcida y las orejas demasiado grandes. Pero, en general, su aspecto era normal.

El Dr. Mansfield supuso que con unas cuantas horas más de sueño por noche, y tal vez un cambio de carrera, podría pasar a estar por encima de la media.

Debajo de la fotografía había una lista de incidentes específicos, un relato paso a paso de los acontecimientos que habían llevado al internista a enviar al paciente al pabellón séptimo. El Dr. Mansfield pasó por alto estos detalles; en sus muchos años de trabajo con pacientes psiquiátricos, a menudo descubrió que estos informes no sólo no eran útiles, sino que a menudo resultaban perjudiciales para su análisis. O bien le predisponían, o simplemente eran inexactos hasta el punto de distraerle. El caso más flagrante que recordaba era el de un corredor de bolsa de cuarenta años que una noche se había despertado gritando, uno de esos odiosos gritos agudos, cada pocos minutos y sin motivo aparente. El servicio de urgencias había derivado al hombre a la Séptima Sala después de que un examen rutinario no revelara ningún problema físico. Su diagnóstico oficial había sido "crisis mental clásica, probablemente debida al estrés".

Ya sabes, trabajo de alta presión y todo eso.

Pero el Dr. Mansfield no pensaba lo mismo. Y, efectivamente, un examen más minucioso reveló la presencia de un milpiés de dos centímetros en el conducto auditivo del hombre. Rellenando el oído con un poco de alcohol y aplicando un poco de suave persuasión con un par de pinzas, el insecto se había caído.

Los gritos habían cesado de inmediato y el hombre había vuelto a la normalidad, a pesar de su increíble gratitud.

El Dr. Mansfield cerró la carpeta y se la devolvió a Justine.

"¿Ya no quieres leer más?", preguntó.

Suspiró, volvió a quitarse las gafas y la miró fijamente. A medida que pasaban los segundos, la enfermera se sentía cada vez más incómoda, cambiando su considerable peso de un pie a otro.

Finalmente, el Dr. Mansfield rompió el silencio.

"Justine, tienes que mantenerte firme, segura. ¿Las otras enfermeras ya te dieron un recorrido?"

La mujer asintió, con la gruesa piel bajo la barbilla contoneándose.

"¿Y te han dicho lo peligrosos que pueden ser algunos de nuestros pacientes?".

Volvió a asentir, pero esta vez con menos seguridad.

El Dr. Mansfield volvió a suspirar.

"Voy a ser sincero contigo, Justine, porque eludir la verdad no sólo es deshonesto, sino que en este lugar..." Agitó los brazos, indicando las paredes gris pálido del Séptimo Pabellón. "-en este lugar, bajas la guardia un segundo, sólo uno, y no sólo puedes resultar gravemente herida o incluso morir, sino que tu cerebro puede infectarse".

Justine le miró fijamente, con los ojos muy abiertos. No sabría decir si era miedo o incredulidad lo que había en aquellos pozos oscuros, pero, por su bien, el doctor Mansfield esperaba que fuera lo primero.

"Mire, llevo diecisiete años tratando con pacientes psiquiátricos de todo tipo, desde los recatados y dóciles hasta los hiperviolentos. La mayoría de la gente de fuera piensa que estos pacientes son estúpidos, que sus inclinaciones mentales los convierten en idiotas. Pero eso no podría estar más lejos de la realidad. Estas personas... ¿cuál es la mejor manera de decirlo? Estos pacientes psiquiátricos están en cierto modo *libres de* las limitaciones de la sociedad. Debido a esto, se aferran a una idea, cualquier idea, y *se convierte en* ellos. Están *obsesionados en* el sentido más estricto de la palabra: son completamente intratables". Hace una pausa y sigue mirando a Justine a los ojos. "¿Lo entiendes?

Justine empezó a asentir de nuevo, pero el Dr. Mansfield la detuvo levantando la mano.

"Asentir no servirá esta vez", le informó. "Tienes que decirlo".

Justine tragó saliva.

"Sí, entiendo, doctor".

"Bien. Porque estas ideas que los pacientes de la Séptima Sala aprecian son muy poderosas. Si bajas la guardia aunque sea por un momento, tú también puedes infectarte. Lo he visto pasar antes, Justine. Tienes que tomarte esto en serio".

El Dr. Mansfield vio que los finos labios de la mujer se movían, pronunciando la palabra "infectada".

No hay forma de que pase la semana.

Aun así, les faltaba personal, y no tenía más remedio que utilizarla todo lo que pudiera mientras estuviera cerca.

"¿Lo entiendes?", repitió.

"Sí", respondió Justine, esta vez con más fuerza. "Entiendo, Dr. Mansfield".

"Bien, ahora por favor, llévame con mi paciente más reciente".

Justine asintió con la cabeza y se giró torpemente, guiándola por el pasillo hasta la sala con el gran cartel de *ADMITIDO* encima. Abrió de par en par las puertas batientes y mostró la tarjeta de identificación que llevaba colgada del cuello al alto guardia de seguridad negro que estaba de pie a un lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. El hombre asintió y les hizo pasar.

"Aquí está", le informó Justine, señalando con una mano regordeta al hombre atado a la camilla.

El Dr. Mansfield se acercó lentamente al hombre, tomando nota mental de que las cuatro correas, una en cada extremidad, estaban bien sujetas.

Bien. Al menos la enfermera entendió bien esa parte.

Un estudiante de medicina con doble personalidad no le hizo saltar inmediatamente las alarmas, pero había aprendido que estos pacientes podían ser tremendamente impredecibles.

Más vale prevenir que curar.

El Dr. Mansfield se quedó mirando la cara del hombre, que era tan inquietantemente parecida a la fotografía de la carpeta que parecía como si pudiera haber sido tomada hacía unos instantes.

"Hola", dijo en voz baja.

El hombre abrió los ojos y una fina sonrisa cruzó su pálido rostro.

"Hola..." El Dr. Mansfield se acercó y cogió la carpeta de la enfermera Justine y leyó la portada rápidamente. "Hola Andrew Shaw. Bienvenido a la Séptima Sala".

Capítulo 3

"**Eres un puto** gilipollas, ¿lo sabías?"

Cal intentó parar de reír, pero no pudo. Apretó los labios, lo que ahogó el sonido durante unos segundos, pero luego estalló en un chorro de saliva y lágrimas. Se llevó las manos al vientre y se desplomó.

A Robert, en cambio, no le hacía ninguna gracia.

"¿Qué te pasa?" Se acercó a la silla de ruedas, cogió la mano de goma y se la lanzó a Cal. Le dio en el hombro, pero en lugar de enfadarle, esto sólo sirvió para que se riera aún más.

Shelly, que estaba de pie junto a la entrada del salón, empezó a reírse también de repente y Robert se giró para mirarla. La razón por la que había sido capaz de llevar a cabo esta treta era en parte porque se había cubierto la cara con algún tipo de pintura blanca, o polvo, o algo así.

"¿Y a ti? ¿Tú también crees que esto es divertido?"

Shelly apartó los ojos y consiguió controlarse; seguía sonriendo, pero al menos ya no se reía.

"Es Halloween, Rob, y sólo era una broma. Relájate un poco".

A Robert le sorprendió que fuera Halloween. Aquí, en el condado de Hainsey, en la finca Harlop, el tiempo pasaba más despacio. No era como en el sótano, pero en lugar de segundos y minutos, los días parecían fundirse como la melaza en una pajita.

¿El 31 de octubre? ¿Hace casi tres meses que vivimos aquí?

No había parecido ni la mitad de largo.

Robert frunció el ceño y negó con la cabeza.

No importaba si era Halloween, Navidad o Yom Kippur.

"¿Quieres que me relaje?". Señaló a Shelly y luego a Cal, que seguía riendo. "Quizá vosotros dos deberíais poneros un poco más serios".

"Rob..." empezó Shelly, pero Robert la cortó.

"No, no empieces con eso de 'Rob'. ¿Quieres saber la verdad? Bueno, te diré la verdad. He estado haciendo números -sí, todavía sé hacer cuentas- y quizá podamos aguantar hasta final de año sin más ingresos. Eso es todo. Dos meses completos. ¿Y después qué? ¿Has pensado en eso? Tal vez, en lugar de bromas pesadas, ustedes dos podrían pensar en algo que hacer para ganar algo de dinero, ¿eh?"

Shelly apretó los labios rojos en señal de desafío. Sabía que sólo disponía de un momento antes de que ella volviera con una réplica mordaz, que daría lugar a una pelea que no acabaría bien. Probablemente peor para él. Pero seguía echando humo.

¿De verdad? ¿Una mujer muerta? ¿Fingiendo que la jodida mujer muerta que creía haber matado seguía rondando por ahí? ¿La que no

habíamos enviado su fantasma a la Médula? ¿Eso es gracioso*? ¿Qué pasa con Amy? ¿Vas a fingir que ella también sigue por aquí?*

Robert sintió un cosquilleo en los párpados inferiores y supo que las lágrimas no tardarían en aparecer. Apretó los dientes, tratando de ahuyentarlas.

"Oye, Robbo, lo siento, ¿vale?" dijo Cal, dejando por fin de reírse. "No queríamos decir nada con eso".

Robert resopló y se limpió la nariz. Cuando volvió a hablar, había perdido parte de su rabia.

"Sí, bueno, no fue jodidamente divertido".

Cal levantó las manos a la defensiva.

"Bien. Lo siento. Pensé que aligeraría un poco el ambiente. Has estado... muy serio últimamente". Cal se golpeó el pecho con un dedo índice regordete. "No es bueno para el viejo corazón".

Robert ignoró el comentario y se volvió hacia Shelly, esperando que ella también se disculpara. Cuando no lo hizo, se dio cuenta de que debería haberlo sabido. Shelly estaba de pie, con las manos en las caderas y los labios apretados, como diciendo: "¿Cómo te atreves a hablarme así?

Sacudió la cabeza y cerró los ojos. Si había una gracia salvadora en su obstinación intratable, era que ya no estaba a punto de echarse a llorar.

Cal se movió rápidamente entre ellos.

"¿Quieres un trago, Robbo?"

Robert echó un vistazo a su amigo.

Sus ojos, muy abiertos, eran suaves y cariñosos. Estaba claro que la mordaza no era cruel, sino una broma pesada que había salido mal.

Tal vez si no estuvieras tan metido en esto de la Médula...

Robert se sacudió el pensamiento.

No, bromear sobre los muertos nunca está bien, sea Halloween o no.

Cal fue a rodearle con el brazo, pero Robert se encogió de hombros.

"No, ahora mismo no quiero... Creo que voy a dar un paseo".

Cal volvió su atención hacia la ventana.

"Está completamente oscuro", afirma con naturalidad.

Robert siguió su mirada. Vivir en la finca de los Harlop no era como vivir en la ciudad; cuando oscurecía en Hainsey, oscurecía *mucho*. Y desde lo que había ocurrido con los Harlop, se había vuelto receloso de la oscuridad, pensando que podía oír cosas en ella, una rata correteando, clavos en la madera. Pero esta noche, sin embargo, sentía la necesidad de salir, de hacer un poco de ejercicio. Tenía que despejarse, y no sólo por la desagradable mordaza.

"No importa."

Robert se dirigió hacia las enormes puertas de madera y cogió su chaqueta del perchero que había junto a la entrada. Se sacó la bufanda

de la manga y se la enrolló al cuello antes de ponerse el abrigo.

"Voy a salir de todos modos. Vuelvo en una hora o así".

Quitó el pestillo de la puerta y la abrió de par en par.

"¿Oye, Robbo?"

Robert se giró y se sorprendió al ver que Cal volvía a sonreír.

"Sin embargo, fue una muy buena, ¿no?"

"Vete a la mierda", respondió Robert, antes de cerrar de un portazo la puerta de madera de la finca Harlop tras de sí.

***

Era Halloween, pero Robert no esperaba ver a nadie pidiendo dulces esa noche. No estando la casa tan aislada como estaba. Se volvió para mirar la finca de los Harlop y de repente se sintió triste... triste y solo. Una parte de él deseaba que *hubiera truco* o trato, algunas risas y gritos jóvenes para animar el lugar.

Para recordarle a Amy, por doloroso que fuera.

Y, además, la finca Harlop sería un infierno de casa encantada.

No daba tanto miedo como cuando él y Amy habían llegado, pero era impresionante, sobre todo de noche. Los tres habían limpiado las equis de los ojos del querubín de enfrente y habían llenado la pila de agua fresca. También había continuado haciendo algo de jardinería, recortando setos, arrancando malas hierbas de las piedras agrietadas, pero esto lo había hecho solo. Cal y Shelly se habían ofrecido a ayudarle, pero él se había negado. Era su tiempo a solas, una distracción para no pensar en sus finanzas o en la Médula, para recordar cómo solían hacerlo él y Amy, aunque entonces ella no hubiera estado realmente *allí*. ¿Pero el resto de la finca? Hacer algo con el exterior agrietado superaba con creces sus sueldos y niveles de experiencia, y era demasiado grande para pintarlo.

Así que, sí, habría asustado a cualquier niño que se acercara a la puerta. ¿Y la silla de ruedas y la mano falsa? Eso habría sido la guinda del pastel.

De repente, Robert se sintió mal por la forma en que había explotado contra Cal y Shelly, pero últimamente notaba cómo aumentaban sus niveles de estrés. A pesar de que la familia Harlop se había ido, él todavía no se sentía perfectamente normal en la casa.

¿Qué había dicho Cal? *¿Te sientes raro? ¿Te enfadas más rápido de lo normal?*

Algo así... la verdad es *que se le* iba la olla más de lo normal. Y con sólo ellos dos alrededor, a menudo eran víctimas de sus frustraciones.

Era sólo que había tantas preguntas rebotando en su cerebro, preguntas para las que no podía encontrar respuestas satisfactorias.

Robert se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta cuando le

golpeó una ráfaga de viento. Hacía un frío impropio de la época, se dio cuenta, y esperaba que la nieve se mantuviera a raya el mayor tiempo posible. Lo que había dicho sobre sus finanzas era cierto, pero si la nieve llegaba pronto, o era un otoño especialmente frío, calentar la enorme finca sólo serviría para acabar con sus escasos recursos.

Antes de darse cuenta, había llegado hasta la puerta principal. El portón había resultado ser otro punto de frustración para él, ya que por mucho aceite de oliva o grasa o WD-40 que aplicaran a las bisagras, el maldito trasto no se abría más de metro y medio. Robert se acercó y pulsó el botón de la parte interior de la verja, preparándose para el horrible chirrido que se avecinaba.

El chirrido cortó el aire nocturno, un extraño sucedáneo de los alegres y asustados gritos infantiles de Halloween, y Robert sacó las manos de los bolsillos y se tapó los oídos. Tras un minuto entero de aquel horrible ruido, la verja se detuvo por fin y él se deslizó por la abertura. Debatió si cerrarla, pero eso significaría oír el horrible ruido tres veces más, algo que no quería hacer.

La dejó abierta.

Cabizbajo, Robert empezó a caminar por la calle vacía, sumido en sus pensamientos. Como Cal había dicho, fuera estaba casi negro y su camino sólo estaba iluminado por la pálida luz de la luna.

Y la guinda incandescente de un cigarrillo encendido a veinte metros.

¿Qué...?

Un hombre salió de entre las sombras y Robert se quedó helado.

"¡Tú!"

Capítulo 4

HACE CATORCE AÑOS

La enfermera Justine superó la primera semana sin problemas, aunque un poco tímida. De hecho, ya había cumplido su segundo mes como enfermera a tiempo completo de la Séptima Sala. En este caso, y sólo en este caso, al Dr. Mansfield no le importaba equivocarse. Y la verdad era que, a pesar de todas las reservas que le había suscitado su encuentro inicial, la mujer era realmente útil, lo cual era mucho decir teniendo en cuenta lo hastiadas que habían llegado a estar algunas de las otras enfermeras más experimentadas. Pero ésa no era la única buena noticia que le alegraba el ánimo; de hecho, palidecía en comparación con las noticias que rodeaban a su paciente más reciente.

Aunque sus entrevistas iniciales habían revelado *que* Andrew Shaw tenía algo, algo oculto bajo la superficie, no estaba seguro de que se tratara de una segunda personalidad violenta. El tiempo y más entrevistas lo dirían, y sin duda había pruebas suficientes para comprometer a Andrew, pero no se trataba de un escenario de bichos en la oreja. Y, como Justine, el hombre era realmente inteligente y *servicial*. Obediente, dócil y más conocedor de los trastornos y síntomas psiquiátricos que cualquier estudiante de medicina de tercer curso que hubiera conocido antes.

A pesar de la escasez de personal, el Dr. Mansfield no tardó en invitar a Andrew a acompañarle en sus rondas diarias. Juntos entrevistaban a otros pacientes y, al principio, Andrew no hacía más que observar. El Dr. Mansfield estaba de acuerdo; de hecho, habría insistido en que Andrew tratara de interactuar con los pacientes. Se aseguró muy bien de dejar claro que Andrew también estaba ingresado, que era un paciente y no un médico. Era un enfoque poco tradicional, sin duda, y probablemente iba en contra de media docena de protocolos, pero el Dr. Mansfield era el psiquiatra jefe y necesitaba toda la ayuda posible. Y además, pensó que este tratamiento realmente ayudaría a la condición del hombre, aunque fuera clandestino.

Después de un caso especialmente difícil -una joven con al menos dieciséis personalidades documentadas-, el Dr. Mansfield se encontró en la sala de descanso del personal para tomar una taza de café que tanto necesitaba. Se acercaba al final de un turno de catorce horas y estaba especialmente agotado. Normalmente, después de atender a pacientes con Andrew, se aseguraba de enviarlo de vuelta a su habitación, lo que reforzaba la idea de que se trataba realmente de un paciente. Pero esta vez se le olvidó y se encontró sirviéndose dos tazas

de café: una para él y otra para Andrew Shaw.

"¿Y? ¿Qué piensas, Andrew?"

El hombre parecía tan sorprendido de que le llamaran que al principio sólo se quedó boquiabierto.

La pregunta del Dr. Mansfield tenía dos propósitos: uno, ver si podía encontrar más grietas en la chapa que había identificado por primera vez cuando Andrew había llegado; y, dos, estaba realmente interesado en lo que el hombre tenía que decir.

Realmente había mostrado cierta perspicacia en el último mes o así.

¿"Andrew"? ¿Qué piensas de Giselle Stall? ¿Alguna opinión sobre su trastorno de doble personalidad?"

Una vez más, Andrew no contestó. En cambio, se mordió el interior del labio durante tanto tiempo que la doctora Mansfield empezó a pensar que, después de todo, tal vez sería mejor enviarlo de vuelta a su habitación. Pero entonces habló y la doctora Mansfield le escuchó.

"Creo... creo que la mayoría de sus personalidades son falsas. Conté dieciocho personalidades diferentes, pero..."

El Dr. Mansfield enarcó una ceja.

"¿Dieciocho?"

Andrew asintió.

"Sí, dieciocho. La vieja bruja, la inocente de siete años, la curiosa de siete años, la mocosa..."

El Dr. Mansfield le detuvo levantando una mano.

"Vale, bien, conozco las personalidades. Por favor, sigue con tu diagnóstico".

Andrew suspiró.

"Como decía, creo que la mayoría son inventados. De hecho, creo que todos menos dos son invenciones suyas. Pero la cuestión es que creo que las dos personalidades reales -que, por cierto, son la niña curiosa de siete años y la madre cariñosa- *se inventaron* las otras. Necesito más tiempo para saber cuál se inventó a cuál, pero está claro que sus dos personalidades están conjurando a las otras como una especie de mecanismo de supervivencia".

El Dr. Mansfield frunció el ceño. Era habitual que los sucesos traumáticos provocaran la fragmentación del cerebro de una persona, cuyo resultado solía ser personalidades diferentes. Era algo que él había acuñado como "disidencia cognitiva extrema", una forma de enfrentarse a algo que resultaba difícil o imposible de comprender.

Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla y observó detenidamente a Andrew. El hombre, normalmente callado, con los ojos bajos, le miraba ahora con un aire de confianza que no había visto antes. Y el Dr. Mansfield lo encontró ligeramente desconcertante. Y el diagnóstico, aunque él no había llegado a la misma conclusión,

era cuanto menos interesante. Y avanzado, aunque un poco equivocado.

"Muy bien, Andrew, digamos que me creo tu diagnóstico. Y, para que conste, yo también creo que las dos personalidades principales son la madre y el niño de siete años. Pero ahora, la pregunta más importante". Hizo una pausa, y Andrew, como era de esperar, se inclinó hacia delante en su silla. "¿Cuál es la verdadera Giselle Stall?".

Los ojos de Andrew se entrecerraron de inmediato.

Era una pregunta capciosa, por supuesto. Stall era todas sus personalidades, ya fueran inventadas, como creía Andrew, o existieran en compartimentos individuales de su mente.

El hombre que estaba frente al Dr. Mansfield abrió la boca dos veces como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarla. Sorbió despacio su café mientras esperaba pacientemente.

Finalmente, Andrew respondió.

"Ambas... y ninguna, supongo. Giselle es ambas cosas".

El Dr. Mansfield asintió y se terminó el resto del café. Dejó el vaso de poliestireno sobre la mesa y estaba a punto de levantarse cuando Andrew volvió a hablar.

"¿Has visto la cicatriz que tiene en el pecho? Justo" -Andrew trazó con un dedo desde justo debajo del hueco de su garganta y dibujó una línea hasta parte de su esternón- "¿aquí?".

El Dr. Mansfield asintió.

"Sí, por supuesto".

"Es de un trasplante de pulmón. Cuando era más joven, muy joven, desarrolló una neumonía grave y su pulmón se colapsó."

El Dr. Mansfield frunció el ceño.

"Y recibió un trasplante de -atención- una niña de siete años".

Andrew enarcó una ceja al decir esto, como si fuera una revelación importante. Por desgracia, la doctora Mansfield no estaba haciendo la conexión.

"¿Y?"

"Y de ahí viene su segunda personalidad, Dr. Mansfield. Es del transplante, y es... es... es *otra persona*. Hay *alguien dentro de ella...*"

El Dr. Mansfield se puso inmediatamente en pie.

"Es suficiente por hoy, Andrew. Deberías volver a tu habitación ahora".

Andrew se levantó e inclinó de nuevo la cabeza, con el brillo orgulloso borrado de sus ojos.

"¿He hecho algo mal?", preguntó mansamente.

"No, claro que no. Pero no puedes 'adoptar' la personalidad de un trasplante de pulmón, Andrew. Creo que lo sabes".

El Dr. Mansfield mantuvo la puerta abierta para que Andrew saliera. Pero antes de salir, el hombre se volvió.

"¿No puedes?"

El Dr. Mansfield frunció el ceño.

"No, claro que no. A veces los acontecimientos traumáticos, como una enfermedad grave, pueden..." El Dr. Mansfield se detuvo antes de empezar a divagar. "¿Cómo se enteró del trasplante de pulmón de Giselle?", preguntó de repente.

Andrew hizo una mueca como si el Dr. Mansfield ya debiera saberlo. A pesar de llevarlo con él, George se empeñó en no enseñarle nunca los expedientes de los pacientes, entre otras cosas por razones de confidencialidad.

"Justine me los dio, por supuesto. ¿No te lo dijo?"

El Dr. Mansfield frunció el ceño y tomó nota de que hablaría con Justine cuando empezara su turno dentro de una hora. No era sólo que la enfermera le hubiera enseñado los expedientes, lo que sin duda iba en contra de las normas, sino también las palabras que Andrew había empleado lo que le inquietaba.

Por supuesto, *¿por qué?*

"No, Andrew, definitivamente no lo hizo. Ahora, por favor, vuelve a tu habitación".

Capítulo 5

Sean Sommers dio una última calada a su cigarrillo antes de tirarlo al suelo. Luego exhaló una espesa nube de humo y dio un paso adelante.

"Yo también me alegro de verte", dijo frunciendo el ceño.

Los ojos de Robert se entrecerraron.

"No puedo decir que sienta lo mismo".

Sean miró por encima del hombro de Robert, su mirada se dirigió a la finca Harlop.

"¿No? Tienes que agradecerme por esa casa que tienes ahí".

se burló Robert.

"Quieres decir que tengo que agradecérselo a Ruth Harlop".

Sean soltó una risita.

"¿Crees que te firmó la escritura? Vamos, Robert. Pensé que eras más inteligente que eso. De hecho, si eso es lo que realmente crees, probablemente debería llevarme esto conmigo e irme".

Sean tenía una mano dentro de su chaquetón azul marino y enseñó la esquina de un sobre antes de volver a meterlo dentro.

De repente, Robert cambió de opinión. Después de todo, tenía la sensación de que Sean sabía más sobre la Médula que todos los sitios de Internet que había frecuentado en los últimos dos meses juntos.

Probablemente incluso más que LBlack, quien demonios fuera.

Extendió la mano para agarrar el brazo de Sean, pero el hombre se echó hacia atrás.

"Espera, no te vayas. Tengo algunas preguntas..." Sus ojos estaban abatidos ahora. "...algunas cosas que esperaba que pudieras aclararme."

Sean empezó a sacar el sobre de nuevo.

"Esto no es Jeopardy, Robert. No estoy aquí para satisfacer tu deseo de *saber*. Tienes que aceptar el hecho de que hay cosas en este mundo y en el otro lado que nunca conocerás". Sean sacó el sobre del bolsillo y se lo tendió a Robert, igual que había hecho meses atrás en su casa embargada.

Justo después de que Wendy muriera.

Robert sintió una inesperada punzada de tristeza al pensar en su difunta esposa. Se había enfrascado tanto en su investigación que había tenido muy poco tiempo para pensar en Wendy. O en Amy.

Y tal vez ése era el objetivo.

Pero ahora, la reaparición de Sean Sommers le traía recuerdos que hubiera preferido olvidar.

Como recuerdos de Landon.

Maldito Landon.

"¿Quieres el trabajo o no, Robert? Porque..."
"¿Qué trabajo?"
"Toma el sobre".
Robert vaciló, pero su curiosidad se apoderó de él y aceptó el sobre de Sean. Era aprensivo, por supuesto, pero una repentina oleada de aventura lo recorrió. Y también estaba la idea de que Sean tenía respuestas... respuestas sobre la Médula, entre otras cosas.
La grieta en el cielo, los gritos y el dolor cayendo como granizo...
Robert utilizó la linterna de su teléfono móvil para iluminar el documento impreso que había dentro.

Robert,
El Hospital de Pinedale lleva casi una década cerrado y abandonado. Hasta ahora.
Hace unas noches, hubo una especie de despertar, y el Séptimo Distrito está ahora floreciendo, cuando debería permanecer en silencio. Cuando tiene que *permanecer en silencio.*
Necesitamos que vayas allí y te encargues de este desastre. A cambio de tus servicios, recibirás 100.000 dólares.

Sean

Robert leyó la carta por segunda y tercera vez. Era transaccional, sin duda, pero también notó algunas palabras extrañas.
Como si *te necesitáramos*, cuando el único nombre al pie era el de Sean.
"¿Qué?", preguntó, una sonrisa de satisfacción apareciendo en su rostro. "¿No hay tío Tom o tía May para ir a visitar?"
Sean no sonrió. En cambio, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.
"Esto no es un juego, Robert", dijo Sean después de una pitada. "Por mucho que tú, Cal o Shelly queráis que lo sea. Hay..." Sean dejó escapar la frase y Robert tuvo la impresión de que el hombre ya había dicho más de lo que quería.
"Vamos", le animó Robert.
Pero Sean permaneció en silencio.
Robert volvió a meter la carta en el sobre y luego la golpeó un momento contra la palma de la mano.
Luego se lo tendió a Sean.
"Gracias, pero no me interesa".
Esta vez, un destello de emoción cruzó el rostro de Sean. Intentó ocultarlo dando otra calada a su cigarrillo, pero permaneció el tiempo suficiente para que Robert lo recogiera.
Y en ese momento, Robert supo que tenía las de ganar.

"Esto no es negociable, Robert", dijo Sean rotundamente.

Robert se encogió de hombros.

"Mira, tú no estabas allí. No sabes lo horrible que fue ver a la pequeña Patricia masticando una maldita rata, y a ese psicópata de James Harlop con el puto agujero del cuello aleteando". Hizo un gesto despectivo con la mano. "No estoy interesado en ver eso nunca más, Sean. No, gracias. Encontraré otra forma de ganar dinero, de mantenerme a flote".

Sean lo miró con desconfianza y Robert pensó por un segundo que el hombre podría haberse dado cuenta de que estaban jugando con él. Después de todo, no había ninguna forma real de que ganaran dinero, al menos ninguna que él no hubiera considerado y descartado sumariamente. Aun así, Robert se mantuvo firme, mirando fijamente a los fríos ojos del hombre, haciendo todo lo posible por no flaquear.

El antiguo Robert Watts se habría echado atrás, se habría marchado. Pero ya no era el viejo Robert.

Sean suspiró.

"¿Qué quieres, Robert? ¿Cincuenta? Probablemente pueda subir el precio a uno-cincuenta".

Robert negó enérgicamente con la cabeza.

"No quiero más dinero, quiero respuestas".

Su última palabra flotaba en el aire como un olor nauseabundo. Sean pareció interiorizarlo mientras fumaba el resto del cigarrillo en silencio.

"Una pregunta", dijo por fin el hombre, tirando la colilla al suelo. "Envía a estos fantasmas de vuelta a donde pertenecen y responderé a una pregunta".

Robert era como un niño la mañana de Navidad. Apenas podía contenerse.

"Genial. Cien de los grandes y una pregunta. Trato hecho".

Robert le tendió la mano, pero Sean se limitó a mirarla.

"¿Cómo te aviso cuando hayamos terminado?"

Sean frunció el ceño.

"Yo sabré... tú sólo preocúpate del Séptimo Distrito".

La mirada provocó un escalofrío en Robert.

El Séptimo Distrito.

A diferencia de la última vez, se aseguraría de que Shelly lo buscara en Internet para hacerse una idea de a qué se enfrentaban antes de precipitarse como había hecho en la finca Harlop.

"Lo haré", dijo Robert. Después de otro silencio incómodo, tomó esto como su señal para irse y se volvió con la intención de hacer precisamente eso cuando la voz de Sean lo trajo de vuelta.

"¿Y Robert?"

"¿Sí?"

"Ni se te ocurra volver. Debes ocuparte de la quididad en el Séptimo Distrito, y eso es todo. ¿Entiendes?"

Atrás... no había necesidad de aclarar a *dónde se* refería Sean.

Un calor repentino y agradable invadió a Robert y sintió que sus mejillas se sonrojaban.

"Entendido, no volveré", mintió.

Luego se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso a la finca Harlop con un estado de ánimo muy distinto al que había tenido hacía tan sólo unos minutos.

Capítulo 6

HACE CATORCE AÑOS

La extraña conversación en el salón tomando café con Andrew Shaw señaló un cambio en la Séptima Sala y en el doctor Mansfield. Las palabras de aquel hombre le habían inquietado y, aunque nada de lo que Andrew había dicho o hecho era peligroso en sí mismo, decidió poner freno a su trato especial. Andrew se tomó la noticia sorprendentemente bien, y ni siquiera pareció molestarle cuando se corrió la voz de que Justine había sido suspendida durante una semana por compartir información de los pacientes. Al no ver más regresiones, el doctor Mansfield acabó por volver a confiar en Andrew.

El extraño comportamiento y los extraños comentarios de Andrew constituyeron una recaída momentánea desencadenada por el cuestionamiento directo de un diagnóstico similar al suyo, según escribió en sus expedientes. *Comentarios/acciones no indicativos de comportamiento futuro.*

Poco después de que Justine regresara de su suspensión, la Séptima Sala recibió seis pacientes en una sola semana, entre ellos la increíblemente difícil Sra. Dupuis, que venía con el delicioso bagaje de personalidad de ser ninfómana. Como mujer de 80 años, desnutrida y grosera, incomodaba a todo el mundo, incluido el Dr. Mansfield, cuando esta particular personalidad se apoderaba de ella.

¿Qué iba a hacer? ¿Dejar que la mujer gritara durante horas mientras él se ocupaba de Giselle y los demás pacientes? Entrevistar a esos pacientes, llegar a la raíz de sus problemas, requería tiempo. Tiempo que él no tenía. Por eso no había dejado marchar a Justine tras su atroz violación del protocolo, y por eso había vuelto a incorporar a Andrew a su equipo, a pesar de no sentirse del todo cómodo con la idea. Para mitigar el riesgo, esta vez Andrew recibió instrucciones específicas, en el raro caso de que estuviera con los pacientes y el Dr. Mansfield no estuviera presente:

1) De ninguna manera debía intentar tratar a los demás pacientes;

2) Las preguntas que debía formular se leerían directamente de un guión que el propio Mansfield había preparado;

3) En ningún caso debía desviarse del guión, independientemente de la respuesta del paciente;

4) Debía tomar notas detalladas de las respuestas de los pacientes en un cuaderno que le habían entregado.

Habían transcurrido tres días desde que, vacilante, le había dado a Andrew esta responsabilidad, y estaba yendo mejor de lo que podría haber esperado, tanto para él, en términos de reducción de su carga de

trabajo, como para Andrew. Casi de inmediato, el Dr. Mansfield observó un cambio en el hombre; estaba volviendo a ser más joven y vibrante, como era antes del incidente de la sala de estar.

Tampoco parecía molestar a los demás pacientes; en todo caso, el Dr. Mansfield tenía la impresión general de que les gustaba ser entrevistados por uno de los suyos. Como si ellos también pudieran ser algún día como Andrew, parte de una "sociedad" funcional, aunque muy estructurada. Algunos de ellos incluso habían empezado a llamar a Andrew "Dr. Shaw", cosa que, mientras no fuera Andrew quien lo iniciara, la Dra. Mansfield no veía ningún problema.

Tres días... durante tres días, este nuevo escenario funcionó bien.

Pero todo volvió a cambiar cuando el Dr. Mansfield perdió los estribos.

Normalmente ecuánime incluso en los momentos más estresantes, por alguna razón la cáustica combinación de falta de sueño y frustración acabó por sacar de quicio al Dr. Mansfield. Lo último que quería era gritarle a Andrew, sobre todo teniendo en cuenta su historial. Pero la señora Dupuis llevaba horas gritando y le estaba volviendo loco. La noche anterior le habían administrado una fuerte dosis de Ativan, y el Dr. Mansfield aún tenía que esperar unas horas antes de poder sedarla de nuevo.

Y por la razón que sea, se le fue la olla.

"¡Joder! Andrew, ve a ocuparte de esa mujer", siseó, lanzando a Justine el sobre de papel manila que llevaba en la mano. La mujer lo dejó caer, desparramando papeles por el suelo. Por un segundo, Andrew se quedó parado, mirando a Justine mientras ella se agachaba para recogerlos.

El Dr. Mansfield resistió el impulso de acercarse y sacudir al hombre.

"Andrew, ¿me has oído? ¡Ve a la puta habitación y ocúpate de ella! ¡Haz que se calle!"

El rostro de Andrew adquirió un color carmesí intenso y el Dr. Mansfield se arrepintió al instante de haber levantado la voz.

Ninguno de sus pacientes respondía bien a las amenazas ni a los gritos. En todo caso, solo empeoraba su estado.

El doctor Mansfield sacudió la cabeza y abrió la boca para disculparse, pero antes de que pudiera pronunciar las palabras, Andrew giró sobre sus talones y se dirigió rápidamente por el pasillo hacia la habitación de la señora Dupuis.

El andar del hombre había cambiado. Era más lento, más deliberado.

Tal vez no sea tan buena idea. Tal vez-

Justine distrajo sus pensamientos entregándole de nuevo la carpeta. El Dr. Mansfield la miró un momento y luego observó el rostro pastoso

de Justine.

"Lo siento", refunfuñó, volviéndose hacia Andrew.

El hombre ya se había ido.

El Dr. Mansfield entornó los ojos por el pasillo, preguntándose si tal vez se había imaginado el cambio de postura, la marcha más lenta.

Debería revisar las notas que ha estado tomando. Y quizá ya va siendo hora de que empiece a prestar un poco más de atención a sus necesidades, y no tanto a las mías.

El Dr. Mansfield abrió la boca para pedirle a Justine que recuperara el bloc de notas cuando una de sus otras enfermeras apareció de repente, con la cara sonrojada.

"¿Betsy? ¿Qué pasa?"

La mujer respiró hondo.

"Es Giselle. Deberías venir rápido, está teniendo otro ataque".

El Dr. Mansfield maldijo en voz baja y volvió a poner la carpeta en las manos abiertas de Justine.

Al final, si se hubiera tomado un momento para mirar antes el cuaderno de Andrew, las cosas habrían sido diferentes.

Muy diferente.

***

Los ataques de Giselle iban desde simples maldiciones hasta ataques extremadamente violentos, dependiendo de quién tuviera el control en ese momento.

Betsy había hecho bien en venir a buscar al Dr. Mansfield; éste era malo. Parecía como si hubiera surgido una nueva personalidad, una que era simplemente mala. Hablando en lenguas, Giselle había esperado a que uno de los celadores se acercara para atarla cuando le mordió. Y no fue un mordisco de amor, tampoco; un trozo de carne del tamaño de una manzana colgaba del brazo del hombre.

El celador, Vern, era un hombre con el que el Dr. Mansfield había trabajado durante muchos años, así que cuando afirmó que su mano se había disparado por accidente, por impulso, era propenso a creerle. Pero Vern era un hombre grande, un hombre que pasaba todo su tiempo fuera de la sala, en el gimnasio. Así que, cuando su mano había arremetido, había hecho callar a Giselle al instante.

El Dr. Mansfield no creía que la joven tuviera la mandíbula rota, pero aun así le iba a dejar un feo moratón. El pabellón séptimo no era popular para las visitas: la mayoría de los amigos y familiares de los ingresados acudían durante las primeras semanas, meses tal vez, pero con el tiempo la frecuencia entre ellas se hacía cada vez más larga, hasta que inevitablemente dejaban de hacerlo por completo. Sobre todo si parecía, al menos desde fuera, que su estado mejoraba poco.

Tuvo la suerte de que Giselle fuera una de las pocas pacientes que recibían visitas con regularidad. El padre de Giselle, socio de un bufete de abogados de tamaño medio, acudía a una visita supervisada todos los viernes exactamente a las once de la mañana. Sólo veinte minutos, pero aún así... hoy era jueves.

El Dr. Mansfield encargó a una de las enfermeras que atendiera el mordisco de Vern mientras él lo observaba, tratando de averiguar cómo iba a enfrentarse a esta situación. Con una financiación tan ajustada como la que tenía -que le obligaba a utilizar a un paciente para realizar las entrevistas-, molestar al padre de un paciente, un abogado, nada menos, no iba a ayudar a su cuenta de resultados.

Se frotó los ojos con los dedos, intentando, sin conseguirlo, alejar el cansancio que le envolvía hasta los huesos.

"Vete a casa, Vern", dijo con un suspiro.

"¿Por qué? Fue un accidente. Mierda, yo no golpearía a una chica, lo sabes, Doc."

El Dr. Mansfield, con los ojos aún cerrados, asintió.

"Lo sé, pero aún así deberías irte a casa. Tómate un largo fin de semana".

El hombre se mordió el interior del labio antes de contestar.

"¿Con paga? ¿Me pagan por esto?"

Las preguntas sobre el sueldo le recordaron a Andrew y Justine, y cómo la falta de financiación le había llevado a ampliar sus responsabilidades más de lo debido.

Responsabilidades... ¿un paciente viendo pacientes? ¿Tomar notas? ¿En qué estaba pensando?

Pero esa era la cuestión; *no estaba* pensando.

"Sí, de acuerdo. Vuelva el lunes", dijo, abriendo por fin los ojos. Con una inclinación de cabeza, el Dr. Mansfield se dio la vuelta y se marchó, dirigiéndose directamente a la habitación de Andrew Shaw.

Sus ojos, sombríos momentos antes, se abrieron de par en par con sorpresa cuando abrió la puerta y encontró a Justine sentada sola en el catre, de espaldas a él.

"¿Justine? ¿Qué haces aquí?", le preguntó. Después de su suspensión, él había hecho todo lo posible para mantener a los dos separados.

Al no obtener respuesta, el Dr. Mansfield entró en la pequeña habitación de dos por dos.

"¿Justine?", volvió a preguntar, alzando la voz.

Como ella seguía sin contestar, le puso una mano en el hombro.

"Estoy hablando de..."

Justine giró la cabeza lentamente, con una expresión extraña en su pálido rostro.

"Está en algo", dijo lentamente.

"¿Qué? Los ojos de la doctora Mansfield se desviaron hacia el cuaderno que yacía abierto en su regazo.

"Creo que el Dr. Shaw sabe cómo curar a esta gente".

El Dr. Mansfield hizo una mueca.

"¿De qué demonios estás hablando? Dame..." Alcanzó el bloc de notas, pero ella lo apartó de él.

"Él puede curar a la gente", siseó. "¡Él *lo sabe*!"

"¡Justine! ¡Despierta!"

El Dr. Mansfield rodeó agresivamente su grueso cuerpo y le arrancó el cuaderno de las manos.

"¿Qué te pasa?", espetó. "Tómate el resto del día libre, Justine. Piensa en..."

Sus ojos bajaron instintivamente a la página abierta del cuaderno, e inmediatamente perdió el hilo de sus pensamientos.

¿Qué demonios?

En la línea superior estaba escrito GISELLE STALL, en letras negras sólidas. Pero el resto de la página, de hecho, cada línea contenía la misma frase escrita una y otra vez en perfecta cursiva.

...hay alguien dentro de mí... hay alguien dentro de mí... hay alguien dentro de mí...

El Dr. Mansfield susurró una maldición y pasó a la página siguiente. Era la misma que la primera, sólo que con un nombre diferente en la parte superior: MARGARET DUPUIS.

...hay alguien dentro de mí...

Pasó rápidamente a la página siguiente, y luego a la siguiente. El cuaderno entero estaba lleno de la misma frase demencial, repetida cientos, si no miles de veces.

El Dr. Mansfield estaba a punto de cerrar el cuaderno, pero llegó a la última página y de repente le dio un vuelco el corazón.

El nombre en la parte superior era el suyo: DR. GEORGE MANSFIELD.

Las luces de la habitación de Andrew cambiaron repentinamente a rojo, y una alarma desgarradora llenó de pronto el Séptimo Distrito.

"Mierda", maldijo, tirando el bloc de notas en la cama junto a Justine.

La adrenalina inundó su organismo, desplazando momentáneamente la sensación de espanto y repulsión que le producía el cuaderno que acababa de leer. Ignorando a Justine, que seguía mirándolo fijamente, el Dr. Mansfield se precipitó hacia la puerta, casi chocando con un celador que entró a toda velocidad.

"¡Dr. Mansfield! ¡Dr. Mansfield!"

El hombre se dobló, intentando recuperar el aliento antes de continuar. Tenía los ojos muy abiertos y la cara pálida.

"¿Qué? ¿Qué pasa?", preguntó. "¿Qué está pasando?"

Cuando el hombre continuó con su respiración agitada y levantó una mano para pedir un momento, el Dr. Mansfield lo empujó y entró en el pasillo.

En toda la década que llevaba trabajando en el Distrito Séptimo, el Dr. Mansfield sólo había oído sonar la alarma tres veces. Una había sido una falsa alarma, mientras que las otras dos habían sido intentos de suicidio.

Sólo uno había tenido éxito.

El Dr. Mansfield se había prometido a sí mismo que no permitiría que volviera a ocurrir.

"Es la señora Dupuis", resopló el ordenanza desde detrás de él. "¡Por favor, Doctor, tiene que darse prisa!"

El Dr. Mansfield se puso inmediatamente a correr.

Por favor... otra vez no.

Capítulo 7

A Robert le sorprendió que fuera precisamente Shelly quien se opusiera.

"No... de ninguna puta manera". Robert intentó quitarle la carta, pero ella se la quitó y lo miró con sus ojos verdes. "La última vez fue la *última* vez, ¿recuerdas?"

"¿La única vez?" ofreció Cal.

Shelly le lanzó una mirada.

"No sé por qué estás tan excitado: casi te cagas en los pantalones cuando viste a Jacky. ¿Imagina que hubieras sido tú el que estuviera en el sótano tratando con James Harlop y no Robert? ¿Qué pasaría entonces? Ya estaríamos todos engullidos y transportados a su infierno personal".

Los pensamientos de Robert se dirigieron inmediatamente a la sensación que lo había envuelto mientras estaba de pie en la suave orilla del Marrow, mirando las olas ondulantes. El calor que había sentido, no calor, sino *plenitud.*

Si supieran...

"¿Robert? ¿Qué te pasa?" espetó Shelly, y Robert negó con la cabeza. Alargó la mano hacia la carta y, aunque ella volvió a tirar hacia atrás, él consiguió arrebatársela.

"Mira", empezó, consciente de que lo que iba a decir iba a resultar condescendiente, pero sin poder evitarlo. "Necesitamos el dinero, Shelly, son cien de los grandes. Mierda, con ese dinero podríamos vivir aquí un par de años... y sin preocupaciones por el dinero, Cal y tú podéis sentaros aquí a beber y discutir todo lo que queráis."

gruñó Shelly.

"¿Y qué hay de ti? Tú también te cagabas en los pantalones, asustado de la puta oscuridad, si tengo que recordártelo. Y ahora, ¿qué? ¿Te crees un puto cazafantasmas de buena fe?". Ella levantó las manos y le dio la espalda. "Todo esto del dinero está muy bien, es jodidamente fantástico, pero si te atrapa una de esas apariciones y te envían a la Médula... no puedes llevarte allí tus malditos billetes verdes, Robert".

Robert le puso una mano en el hombro y ella se dio la vuelta con los ojos clavados en él.

Dejó caer la mano.

"Vamos a ver la escena; si es demasiado, nos echamos atrás". Sacudió la carta. "Quemaremos esta carta y buscaremos otra forma de ganar dinero". Robert señaló a Cal con la barbilla. "Quizá Cal pueda empezar a hacer striptease".

Shelly sonrió con satisfacción y él supo que su determinación

flaqueaba. Cal también debió de darse cuenta, porque intervino.

"Joder, si tenemos que recurrir a que me desnude, beberemos vino de la cárcel y no whisky de hace décadas, milady", les informó, frotándose su redonda barriga.

Robert volvió a extender la mano, pero esta vez, cuando su mano cayó sobre el hombro de Shelly, ella bajó la mirada y no lo apartó.

"Te necesitamos, Shelly. Cal y yo no podemos hacer esto solos. Sabes más de estas cosas que nosotros dos juntos".

Robert esperó y, finalmente, Shelly levantó la vista hacia él. De pronto se sorprendió de lo guapa que era, sobre todo cuando se mostraba vulnerable, como ahora.

Apretó los labios.

"Bien", cedió al fin. "Vamos y lo comprobamos, pero eso es todo".

Cal aplaudió con alegría.

"¡Yupi! Voy a buscar a Slimer y a calentar la camioneta. ¡Ectoplasma fuera!"

***

Robert se rió. No pudo evitarlo.

"¿Qué? espetó Cal, con los ojos entrecerrados.

"¿Qué? ¿En serio? ¿Qué demonios llevas puesto? Pareces una especie de ninja fuera de forma".

Shelly se unió a sus risas.

"Como una especie de morcilla hinchada", añadió entre risas.

Cal bajó la mirada hacia su cuerpo, con el ceño fruncido. Mientras estaba distraído, Robert dio un paso adelante y agitó el cinturón negro que colgaba de su cintura.

"¿De dónde has sacado esto? ¿Es un albornoz o algo así?"

Cal se encogió de hombros y se apretó el lazo de la cintura. Llevaba un jersey negro de cuello alto, encima del cual llevaba un sedoso albornoz negro. También llevaba una gorra de béisbol baja y, con el jersey de cuello alto, sólo se le veía la cara. Para rematar el conjunto, llevaba un par de guantes de lana baratos.

"No sé lo que es... lo encontré en una caja en uno de los cuartos traseros. Hay montones de cajas que no se han tocado en años. Podría haber algunas gemas o joyas allí".

Robert negó con la cabeza.

"¿Gemas o joyas? ¿Como la recompensa de un pirata? ¿De qué demonios estás hablando?"

Cal enarcó una ceja.

"Nunca se sabe".

"Bien, lo que sea, pero ¿por qué coño llevas eso?" preguntó Shelly, con las manos en las caderas. "No creo que quiera que me vean

contigo... además, será mejor que estés sola cuando tengas tu gran oportunidad. Ya sabes, cuando salgas en *"Cómo atrapar a un depredador"*. Ya puedo ver el titular: Hombre rotundo en albornoz sedoso visto repartiendo caramelos en la escuela primaria".

¿"Rotund"? No me jodas. Sólo pensé... pensé..."

Robert consideró la posibilidad de salvar a su amigo, pero estaba disfrutando de que Cal fuera el avergonzado por una vez y no al revés.

"¿Sí?"

"Ya sabes, sobre no tocar y todo eso. Pensé que si me ponía esto, tal vez no podrían llegar a mi piel".

Robert se rió entre dientes.

"¿Qué? No lo sabemos. Tal vez sólo tienen que tocar tu piel".

Shelly hizo una mueca. El humor había abandonado la habitación de repente.

"Está bien, como quieras", añadió, ajustándose la mochila al hombro mientras se volvía hacia la puerta.

Robert se apresuró a seguirla.

"¿Qué hay en la bolsa, Shelly?"

"Tampones", dijo Cal rápidamente, tirando de la retaguardia.

"Vete a la mierda."

"Oh, sensible, ¿verdad?"

Shelly ignoró el comentario.

"¿Qué *hay* en la bolsa?" volvió a preguntar Robert, realmente curioso.

Se encogió de hombros.

"Algunas cosas que podríamos necesitar". Estaba claro que ella no pensaba extenderse más, así que Robert lo dejó pasar. Cal, por otro lado...

¿"Maxi almohadillas"?

Shelly se dio la vuelta y, por un instante, Robert pensó que iba a estirar la mano y golpearle.

Y él no la habría culpado.

En lugar de eso, se limitó a sonreír.

"Quítate el maldito albornoz, pervertido".

Robert sonrió, Cal frunció el ceño y, juntos, el trío abandonó la finca Harlop.

Capítulo 8

HACE CATORCE AÑOS

No fue un intento de **suicidio**.

Era algo mucho peor.

"Deja el bisturí, Andrew", ordenó con calma el Dr. Mansfield.

Apenas reconoció al hombre que tenía delante. Los ojos de Andrew Shaw eran pequeños y rojos. Su pelo, normalmente desgreñado, era ahora un completo desastre. Incluso su voz parecía diferente.

"Llámame Doctor Shaw, o le cortaré la garganta."

El Dr. Mansfield tragó saliva al ver cómo el hombre acercaba la cuchilla al cuello expuesto de la Sra. Dupuis. Andrew estaba agachado detrás de ella, tumbada en la camilla, completamente desnuda. Miraba por encima de su hombro derecho, con una mano agarrando la cuchilla que justo ahora rozaba la piel curtida bajo su barbilla, mientras la otra palma la presionaba firmemente contra la frente, inmovilizándola contra la camilla.

"Bien, bien, pero por favor, deja el bisturí. No quieres hacer esto".

"No va a hacerlo", espetó la Sra. Dupuis. "Es un maldito cobarde, no tiene las pelotas para matarme".

La Sra. Dupuis se había convertido en la yonqui iracunda, y el Dr. Mansfield hacía todo lo posible por ignorarla. Aun así, sabía que le quedaba poco tiempo antes de que ella sufriera un ataque. Personalidad fantasma o no, esta versión de la Sra. Dupuis seguía necesitando sus drogas. Y si no los conseguía, era propensa a sufrir convulsiones violentas.

Y con esa hoja...

"Andrew..."

"*¡Doctor!"*, gritó de repente el hombre. "*¡Llámame Doctor!"*

El Dr. Mansfield levantó las manos.

"Lo siento, lo siento. Doctor-Dr. Shaw-por favor déjela ir. Podemos hablar de esto".

Algo parpadeó en el rostro de Andrew, una representación del hombre que el Dr. Mansfield había conocido al entrar en la sala, aquel en quien había confiado lo suficiente como para entrevistar a los pacientes con él.

El hombre del que se había apiadado, seguramente por sus antecedentes médicos.

Y también porque mentiría si no viera mucho de sí mismo en Andrew Shaw.

Estúpido... ¿cómo puedes ser tan estúpido?

"¿Podemos hablar de ello?" dijo Andrew con sorna, recuperando el

control la nueva versión de sí mismo, aquella sobre la que la doctora Mansfield hasta ese momento sólo había leído. Se asomó por detrás de la camilla y soltó la frente de la señora Dupuis.

"¿Ves? Te dije que este coño no puede hacerlo."

Ambos hombres ignoraron a la mujer desnuda tendida en la camilla, y Andrew agarró el cuello de su camiseta y tiró de ella hacia abajo. "¿Quieres hablar de *esto?*"

Al principio, el Dr. Mansfield no supo a qué se refería Andrew, pero cuando se inclinó aún más, alcanzó a ver una gruesa cicatriz rosada que le salía del hueco de la garganta antes de desaparecer bajo la camisa.

Sus pensamientos se dirigieron inmediatamente al comentario que Andrew había hecho sobre el trasplante de Giselle y las palabras garabateadas en cada página del cuaderno como una especie de mantra demente.

Hay alguien dentro de mí... hay alguien dentro de mí... hay alguien dentro de mí...

"Sólo tenía doce años cuando me hicieron esto", dijo, con la voz seca y ronca. "Cuando metieron a otra persona aquí".

Retiró la hoja del cuello de la Sra. Dupuis un momento para hurgar en la cicatriz.

La mujer soltó una carcajada.

"¡Te lo dije! ¡Te lo dije! ¡Te lo *dije!*"

"Pero no fue hasta un par de años después cuando me di cuenta de que no sólo habían metido a otra persona aquí" -movió el bisturí hasta la línea del cabello y lo utilizó para acariciarse suavemente la sien- "sino que también habían metido a alguien *aquí*". Andrew bajó la voz hasta convertirla en un mero susurro. "Hay alguien *dentro de mí...*".

El Dr. Mansfield dio un pequeño paso adelante y Andrew volvió a poner inmediatamente la cuchilla en la garganta de la Sra. Dupuis. Sus ojos se abrieron de repente de par en par e inmediatamente se llenaron de lágrimas.

"Por favor, por favor, papá, ¿qué me está haciendo? No quiero que me haga esto", dijo entre sollozos.

La asustada niña de siete años. El Dr. Mansfield sacudió la cabeza, esforzándose por mantener la concentración a pesar de la locura que se extendía por la habitación.

"Dr. Shaw, sé que se siente agraviado de alguna manera, que sus padres deberían haberle preguntado si quería el trasplante, pero hacer *esto* no va a hacerle mejorar. Usted lo sabe", dijo, tratando desesperadamente de apelar al *otro* Andrew Shaw. "Tú lo *sabes*; y además, no puedes hacer daño a nadie. Después de todo, eres médico".

Una sonrisa empezó a cruzar el rostro de Andrew, y el Dr. Mansfield sintió que se le hundía el corazón. En aquella sonrisa

lasciva, supo que su enfoque había fracasado. Inmediatamente corrió hacia la camilla, pero a pesar de su reacción, fue demasiado lento.

"Oh, ahí es donde se equivoca, Dr. Mansfield. No soy un médico de *verdad*".

"Por favor, papi..."

Las palabras de la señora Dupuis se convirtieron en un gorgoteo cuando Andrew clavó el bisturí en la garganta de la mujer hasta el mango. La sangre brotó inmediatamente de la herida, casi alcanzando al doctor Mansfield, que aún estaba a metro y medio de distancia.

"¡No!", gritó, abalanzándose sobre la camilla.

El demente arrastró la hoja por su cuello, haciendo un fino corte rojo en su carne cobriza. La sangre dejó de brotar a borbotones, y en su lugar se limitó a fluir en gruesos riachuelos, empapando la parte delantera del cuello de la anciana, sus pechos caídos. La sábana que había bajo ella se tiñó inmediatamente de un carmesí intenso.

El Dr. Mansfield corrió hacia ella, dejándose llevar por sus instintos de médico y desvaneciéndose cualquier concepto de peligro para sí mismo. Andrew retrocedió al acercarse y el Dr. Mansfield puso las palmas de las manos en el cuello de la Sra. Dupuis, tratando de contener la sangre que manaba de ella. Ella empezó a agitarse, lo que sólo sirvió para que saliera más sangre. Ahora le brotaba de la boca y tenía los ojos en blanco.

"¡Socorro!" gritó el doctor Mansfield, preguntándose por qué los celadores y los de seguridad tardaban tanto con la luz y la alarma parpadeando como estaban. "¡Ayúdenme*! Necesito...*"

Pero entonces sintió que algo frío le oprimía la clavícula e inmediatamente dejó de hablar.

"Ahora no me cree, Dr. Mansfield, no cree *que haya alguien dentro de mí.* Pero lo hará. Para cuando termine contigo, te juro que lo harás. Juntos, vamos a hacer historia".

Capítulo 9

"**Las puertas del Hospital de Pinedale** cerraron **oficialmente** el 25 de febrero de 2006, pero el hospital había estado en constante declive desde el incidente ocurrido casi exactamente cinco años antes".

Shelly hizo una pausa y se lamió los labios.

"Vamos, ¿por qué te detienes?" preguntó Cal.

Robert mantuvo la vista fija en la carretera. Sólo escuchaba a medias lo que Shelly decía, a pesar de que comprendía perfectamente que lo que ella leía era muy importante; que el Hospital de Pinedale era importante, al igual que el Distrito Séptimo.

Pero no pudo evitar que su mente volviera a Sean y a la pregunta que le iba a hacer cuando todo esto terminara.

Y el Tuétano; el Tuétano siempre estaba en su mente.

"Esperaré al Capitán Cazafantasmas por aquí, asegúrate de que despierta de su sueño húmedo primero antes de continuar".

¿Debería preguntarle qué significaban los relámpagos en el cielo? ¿O qué era el agua? ¿La arena? ¿Si volveré a ver a Amy? ¿Si puedo volver, tal vez?

El último pensamiento le hizo estremecerse, pero no estaba seguro de si era una manifestación de excitación o de incomodidad.

O tal vez un poco de ambas cosas.

De repente, una mano le golpeó la nuca.

"¿Qué coño, Cal?"

Robert le lanzó una mirada por el retrovisor, pero Cal se limitó a devolverle la mirada, sacudiendo la cabeza con disgusto. Aunque su amistad se había deteriorado por la convivencia, como la de cualquiera, había algo diferente en él desde que habían purgado a los fantasmas de la finca Harlop. Estaba, en una palabra, distante. Robert también creyó detectar una pizca de envidia disfrazada en su mordaz sátira.

No había duda de que algo se estaba gestando entre Shelly y él, y Robert sabía que era natural que Cal, que la había traído a su redil, estuviera un poco celoso.

Robert miró a Shelly, que le devolvía la mirada. Tenía los ojos verdes muy abiertos, delineados con un grueso delineador que sobrepasaba los párpados y se convertía en una punta: ojos de gata. Ese delineador era el único maquillaje que llevaba, el único que usaba, y sin embargo sus labios eran siempre tan rojos y jugosos y...

"Te estamos esperando, vaquero", dijo Shelly en voz baja. Como si supiera lo que estaba pensando, sacó la lengua y se mojó el labio inferior. "¿En qué estás pensando? Sigues pensando en Wendy..."

"No, no", interrumpió, "nada de eso".

No lo entenderías.

"Lo siento, estoy cansado, eso es todo. Por favor, sigue leyendo. Te escucho".

Cal refunfuñó algo, pero Robert no logró entender las palabras. Un rápido vistazo reveló que el hombre había cruzado los brazos sobre el pecho y ahora miraba por la ventana, enfurruñado como un niño petulante.

Sí, definitivamente envidioso. Aunque ya no tan disimulada.

Shelly le miró como si no le creyera, pero continuó de todos modos.

"Vale, ¿entonces este puto hospital? ¿Pinedale? Cerró hace una década. Pero ya estaba en vías de cierre debido a un incidente..."

"Sí, hemos oído esta mierda", dijo Cal desde el asiento trasero, con los ojos todavía fijos en la ventana. "Ve a la parte buena."

Shelly se desplazó furiosamente en su teléfono móvil.

"Muy bien, allá vamos... *El 17 de febrero de 2001, casi exactamente cinco años después de que Pinedale cerrara oficialmente sus puertas, un paciente del Séptimo Pabellón -el pabellón psiquiátrico- secuestró al psiquiatra jefe, el Dr. George Mansfield. Los detalles exactos de lo que ocurrió aquel fatídico día nunca se dieron a conocer debido a las normas de confidencialidad de los pacientes, pero a lo largo de los años se ha ido filtrando cada vez más información. Lo que sí sabemos es que hubo una especie de altercado entre una enfermera de la Séptima Sala y dos pacientes. Cuando el polvo se disipó, uno de los pacientes había muerto y el Dr. Mansfield había sido secuestrado por el otro paciente. La enfermera también desapareció, aunque aún no está claro si fue cómplice o víctima. Se creía que había escapado a los bosques de Pinedale, y la policía la buscó durante días, pero no encontró nada. No había ni rastro de la enfermera desaparecida, ni del paciente, ni del Dr. Mansfield. Durante la investigación, que sigue abierta a día de hoy, se cerró temporalmente el Seventh Ward, pero nunca volvió a abrirse.*

"Pasaron dos años sin ningún progreso, luego tres. Empezaron a correr rumores en los otros pabellones de Pinedale, y algunos pacientes afirmaban que oían al Dr. Mansfield ladrar órdenes a altas horas de la noche cuando no había nadie. Fue entonces cuando se descubrió el primer cadáver: una pierna amputada, de la rodilla para abajo, en el baño del segundo pabellón, atascada en el retrete. A la semana siguiente, se encontró un brazo en el lavabo del cuarto de baño de mujeres. El ADN confirmó que ambos pertenecían al Dr. George Mansfield. Al difundirse la noticia del desmembramiento del hombre, la gente simplemente dejó de venir a Pinedale, y pronto todo el hospital estuvo casi tan vacío como la Séptima Sala. Por eso no fue ninguna sorpresa que el pasado mes de febrero el Consejo de Administración decidiera que lo mejor para sus accionistas y para la comunidad en general era que Pinedale cerrara definitivamente sus

puertas. Todos los pacientes fueron trasladados al Hospital North Halichuck, un centro mucho más nuevo situado a menos de cincuenta kilómetros al norte de Pinedale. Por el momento no hay planes para el centro después de que los últimos pacientes sean trasladados al NHH. Aunque nunca se encontró el cuerpo completo del Dr. George Mansfield, su familia y las autoridades lo han dado por muerto debido a los miembros desmembrados. La enfermera y el paciente aún se consideran oficialmente desaparecidos".

Se hizo el silencio en el coche cuando Shelly terminó de leer el último párrafo.

Entonces Cal dijo la palabra que se repetía en la cabeza de los tres.

"¿Desmembrado?"

Shelly se encogió de hombros, tratando de mantenerse firme, pero incluso con el rabillo del ojo, Robert pudo darse cuenta de que ella también estaba conmocionada.

"Lo que dice... déjame..." empezó a jugar con el teléfono otra vez. "Déjame ver qué más puedo averiguar".

En el minuto intermedio, Robert sintió de nuevo la mano de Cal en su cuello, sólo que ahora era un suave empujón para llamar su atención y no una bofetada. Evidentemente, su enfurruñamiento y sus miradas por la ventana habían terminado... por ahora.

Oír que descuartizan a un hombre sacaría a cualquiera de un apuro, supuso.

"¿Te dijo... cómo se llama, Steve? ¿Te dijo Steve algo más sobre el Distrito Séptimo?" Sus palabras goteaban miedo y aprensión.

Robert negó con la cabeza.

"Es Sean, y no. En realidad, él no dijo nada al respecto. Sólo sé lo que tú sabes, lo que decía la carta", mintió. Robert no les había dicho nada sobre el trato de una pregunta, pero eso no era para ellos de todos modos.

Sus pensamientos vagaron brevemente hacia sus últimos momentos con Amy, cuando ella le había rogado que lo abrazara pero él no se lo permitió. Había estado asustado entonces, asustado ante la idea de ser arrastrado a la Médula y no volver, pero ahora... sólo tal vez, si la oportunidad se presentara de nuevo...

"Oye, Robbo, ¿te estás espaciando otra vez? ¿Qué coño, tío?"

"Lo siento."

"Te pregunté dónde conociste a Sean."

Robert se encogió de hombros.

"Mira, ya te conté la historia. Vino a mi puerta con la carta de la tía Ruth. Luego lo volví a ver en mi paseo, fumando. Eso es todo, hombre, de verdad. No sé nada de él. Tal vez -enfocó la barbilla hacia Shelly, que seguía mirando el teléfono-, tal vez, cuando Shelly termine, pueda buscarlo en Google. Se llama Sean Sommers".

Shelly levantó la cabeza al oír su nombre y Robert se sorprendió momentáneamente de lo pálida que se había puesto de repente. Incluso sus labios habían adquirido un tono rosa apagado.

"Eh, chicos, creo que vais a querer ver esto..."

Capítulo 10

HACE CATORCE AÑOS

"**Si te acercas a mí,** lo mataré. Lo mataré igual que maté a la señora Dupuis", escupió Andrew. Apretó aún más el cuchillo contra la garganta del doctor Mansfield, dibujando una fina línea de sangre.

Tres guardias de seguridad y dos celadores le impiden salir de la habitación. Todas las enfermeras que habían acudido en un primer momento en ayuda de la Sra. Dupuis se habían retirado a su puesto o estaban acordonadas en la sala, como era el protocolo.

Todos estaban a salvo, excepto uno. El Dr. Mansfield captó un destello de la bata azul pálido de enfermera entre los tres grandes guardias de seguridad.

"Andrew", empezó Vern con severidad. Era evidente que el hombre había desoído las instrucciones del Dr. Mansfield de volver a casa, y él se lo agradeció al instante. Después de todo, Vern era un hombre grande. Muy grande y muy fuerte. "Piense en lo que está haciendo: ¿adónde va a ir? La policía está de camino y llegará en cualquier momento. No hay manera de que salgas de aquí".

Los ojos de Andrew se movieron nerviosos y el Dr. Mansfield sintió cómo el cuchillo le raspaba la carne mientras su mano se agitaba.

"¿Has oído eso, George? No creen que pueda salir de aquí. ¿Tú qué crees?"

El Dr. Mansfield tragó saliva. Había tratado antes con psicópatas, por supuesto, pero nunca se había encontrado en una situación como ésta... una que tuviera consecuencias tan extremas para él mismo. Su mente se agitó tratando de encontrar la mejor manera de salvar no sólo su propia vida, sino también la de Andrew. Después de todo, a pesar de lo que le había hecho a la Sra. Dupuis, merecía ayuda.

Estaba enfermo, y todos los enfermos merecen una oportunidad de volver a estar sanos.

"¿Eh, George? ¿Qué te parece?" Las manos de Andrew estaban cubiertas de sangre y, cuando habló, sus muñecas se pegaron incómodamente al cuello del Dr. Mansfield.

"Creo que puede acabar con esto, Dr. Shaw. Termínelo ahora".

"¿Oh? ¿Terminarlo?" Empujó la hoja un poco más fuerte, "¿Terminar así?"

"¡No!" gritó uno de los camilleros.

"Por favor", suplicó el doctor Mansfield, cambiando inmediatamente de táctica. Su esperanza era intentar que el Andrew que había conocido volviera a la palestra, pero con la cuchilla cortándole la piel, no podía concentrarse. "No tienes que hacer esto.

Puedo ayudarte, lo sé-"

Andrew se rió.

"¿Puedes *ayudarme*? Ves, ahí es donde lo tienes todo mal, George. No puedes ayudarme, yo puedo ayudarte. Sé cómo arreglar a esta gente. Tú, en cambio..."

Otra voz entró en la refriega, una que pertenecía a la mujer de la bata azul de enfermera.

"Tiene razón", dijo Justine en voz lo bastante alta para que se oyera por encima de la alarma que seguía sonando. "Él realmente puede ayudar a estas personas. ¿No quieres eso? ¿No lo quieren todos aquí?"

Los ojos del Dr. Mansfield se entrecerraron y sintió que la presión sobre su cuello se aliviaba un poco.

"¿Justine? ¿Qué demonios estás haciendo?", exigió.

La mujer levantó los ojos para mirarle fijamente.

"Estoy ayudando al buen doctor", respondió ella al instante. "¿No leíste el cuaderno?"

El Dr. Mansfield se mostró incrédulo, recordando la única frase repetida una y otra vez.

...hay *alguien dentro de mí*...

"Eran tonterías, Justine. Los garabatos de un hombre muy, muy enfermo. No puedes..."

Frunció el ceño y negó con la cabeza.

"Ven conmigo, Andrew. Conozco una salida... una salida hacia atrás y hacia las colinas, algún lugar donde puedas escabullirte".

El cuchillo estaba de nuevo contra su nuez de Adán.

Los ojos de Justine se abrieron de par en par por la emoción.

"Vamos, vamos", dijo, empujando a un lado a uno de los guardias de seguridad y haciendo señas a Andrew y a la doctora Mansfield para que se acercaran.

"Si intentas algo", susurró Andrew entre dientes apretados, "no dudaré en abrirle en canal".

Con la hoja clavándose en su piel, el doctor Mansfield no tuvo más remedio que dar un paso adelante cuando Andrew le dio un codazo en la espalda.

Al principio, todos permanecieron inmóviles, inseguros de cómo reaccionar. Pero entonces Andrew gritó, e instintivamente se abrieron paso.

"¿Oyes eso? ¡Quítate de *en medio*!"

Vern mantuvo contacto visual con el Dr. Mansfield, esperando una indicación, cualquier sugerencia -un asentimiento, un guiño, un maldito trago- para abalanzarse. Pero George Mansfield era un psiquiatra, no un héroe.

Bajó la mirada y volvió a avanzar arrastrando los pies.

Fue la última vez que volvió a ver a Vern, o a cualquiera de ellos.

***

"¿Adónde me llevan?" El Dr. Mansfield jadeó.

La hoja seguía apretada contra su garganta, y a cada paso desigual que daban por la ladera de la colina, se sacudía, raspando como la navaja recta de un barbero enfermo de Parkinson.

"Ya verás", dijo Andrew, empujando al médico hacia delante una vez más. "*Ya verás*".

Antes de salir del hospital, Justine había asegurado un trozo de cable y lo había enrollado alrededor de las manos del Dr. Mansfield delante de él. El terreno ya era bastante difícil, empinado y cubierto de maleza, pero sin sus manos para mantener el equilibrio, se tropezaba cada cuatro o cinco pasos.

Tenía las rodillas en carne viva y rozadas bajo los pantalones y la bata de laboratorio.

La policía tiene que venir pronto, ¿no?

Agudizó el oído, tratando de captar el sonido de las sirenas, pero lo único que pudo oír fue el sonido de la alarma procedente de la ventana destrozada en algún lugar detrás y debajo de ellos.

"Muévete", ordenó Andrew, y la doctora Mansfield aceleró el paso para evitar que la empujaran de nuevo.

¿Seguridad? ¿Vendrá la seguridad a por nosotros?

Justine, que tenía la cara roja y trataba desesperadamente de recuperar el aliento, apareció por fin en su periferia.

"Justine", suplicó el Dr. Mansfield. "No hagas esto. Eres una buena persona, lo sé. Lo que sea que pienses... lo que sea que pienses que Andrew va a hacer por..."

De repente, algo duro golpeó la base de su cráneo y las estrellas brillaron ante sus ojos. Gritó y cayó hacia delante, golpeándose la barbilla y los codos contra el terreno que tenía delante.

Gimiendo por el sordo latido que parecía envolverle toda la cabeza, se esforzó por darse la vuelta, pero no lo consiguió con las manos atadas. En lugar de eso, giró el cuello para intentar averiguar qué había ocurrido.

Andrew Shaw se cernía sobre él, con una mirada lasciva en el rostro y una mirada ardiente en los ojos. En aquel momento, el Dr. Mansfield supo que aquel hombre haría cualquier cosa por demostrar su descabellada teoría.

Sólo que aún no había descubierto qué papel tenía que desempeñar en todo esto.

...hay alguien dentro de mí...

Mientras la oscuridad empezaba a apoderarse de él, la mirada del Dr. Mansfield se desvió lentamente hacia la mano izquierda de

Andrew. En ella, sostenía una piedra del tamaño de un puño manchada de sangre.

Su sangre.

"Ya se lo he dicho", siseó Andrew. "Debes dirigirte a mí como Dr. Shaw. Después de todo, estoy a punto de hacer el mayor descubrimiento psiquiátrico de los últimos cincuenta años".

Los párpados del Dr. Mansfield bajaron y luego se cerraron por completo.

"Y tú, George Mansfield, vas a ayudarme".

Capítulo XI

Robert tragó saliva. Se le había endurecido el estómago y la constitución después de ver lo que tenía en la finca Harlop, incluida la herida abierta en el cuello de James Harlop.

Pero esto era diferente. Las imágenes del teléfono de Shelly no eran de fantasmas, apariciones o quiddity, sino de partes del cuerpo reales. Tocones sangrientos y andrajosos.

"Joder, guárdalo", refunfuñó, volviendo los ojos a la carretera.

"Enfermo", añadió Cal.

"¿Qué? ¿Ahora os estáis volviendo maricas? Cuando yo era el que decía que todo esto era una mala idea, vosotros os apresurabais a decirme lo contrario. Pero ahora que hay un poco de sangre de por medio, ¿de repente sois aprensivos?"

Shelly hizo una pausa, pero ni Robert ni Cal respondieron.

"Mirad, chicos, tenéis que espabilar. Puede que no lleve mucho tiempo en este juego, pero llevo más tiempo que vosotros dos juntos. ¿Y qué coño? ¿Cómo soy yo el que tiene que ser racional? Jesús, ustedes no buscaron la finca Harlop en la red, y ahora un hombre les ofrece algo de dinero..."

"Cien de los grandes..."

"-Joder, lo que sea, un tío os ofrece una mierda de dinero, ¿y pensáis que todo lo que vais a tener que hacer es agitar vuestros bonitos culos en el aire, lanzar una máscara de gas o un libro a un fantasma, y entonces puf, somos ricos? ¿Crees que esta es la nueva entrega de Paranormal Activity? Actividad Paranormal: Edición Propuesta Indecente?"

Robert miró a Cal en su bata de seda y sintió que una sonrisa se dibujaba en su rostro a pesar del tono de Shelly.

"No es una broma, Robert. Tuvimos suerte la última vez... mucha suerte. De hecho, apenas puedo creer que salieras del sótano. Esto... esto es diferente. Esta vez, estamos en un lugar extraño -un puto hospital, de todas las cosas- y no tenemos ni idea de lo que nos espera dentro. En serio, ¿crees que estos miembros son malos? He leído... he leído..."

"Shelly, no nos lo tomamos a broma", la interrumpió Cal, con tono suave, tranquilizador.

Shelly puso los ojos en blanco.

"No seas condescendiente. Esto va a ser jodido, Cal. Más jodido que la finca Harlop. Sólo espero que estés preparado para lo que viene".

Cal se encogió de hombros.

"No tengo ni idea de qué esperar, pero si hay una cosa..."

Cuando hizo una pausa, la mirada de Robert se desvió hacia el

retrovisor. Cal tenía la misma expresión en la cara, la que había visto por primera vez cuando su amigo le había hablado del accidente de tren en el que había visto morir a su amigo. Por aquel entonces, Robert había pensado que había algo más en la historia, pero en aquel momento no había insistido. Una punzada de culpabilidad le golpeó inesperadamente.

En los tres meses que llevaban viviendo juntos, ni siquiera se le había pasado por la cabeza preguntarle a Cal por el incidente. Había estado demasiado metido en su propia mierda. En la Médula.

Joder.

Shelly fue la siguiente en hablar, pero esta vez su tono, como el de Cal, se había atenuado. También había algo premonitorio en el ambiente, una sensación que había surgido por primera vez cuando Shelly había leído aquellas fatídicas palabras.

Desmembrados.

Robert se estremeció.

"Sólo quiero que se tomen esto en serio. Esto... esto no es una broma. Podemos entrar en este hospital, en esta *Séptima Sala*, y no volver a salir. Y el lugar al que la quiddidad podría llevarnos... bueno, no hay duendes y arco iris allí, déjenme decirles".

Cal se aclaró la garganta.

"Dijimos que echaríamos un vistazo. Si es demasiado jodido, nos vamos. Eso es todo".

Los tres asintieron y el coche se quedó en silencio.

"¿Chicos?" Robert dijo después de varios minutos.

"¿Sí?"

Robert acercó el coche a la descolorida verja levadiza y se detuvo.

"Estamos aquí. Contemplad el Hospital de Pinedale en todo su esplendor".

Nadie en el coche se rió.

Ni siquiera sonrieron.

***

El primer obstáculo era la verja, tan desgastada y débil que se derrumbó cuando Cal intentó levantarla. El segundo resultó más formidable.

"¿Seguro que tu novio no metió una llave en el sobre?". preguntó Shelly, recuperando poco a poco su característico humor.

"No, sólo la carta", respondió Robert encogiéndose de hombros.

Shelly levantó la mano y tiró ineficazmente del grueso candado metálico que mantenía la puerta principal firmemente cerrada. Había otro candado más cerca del picaporte, un trozo de metal más pequeño pero de aspecto más robusto, y también estaba cerrado.

Shelly se encogió de hombros.
"Eso es, entonces. Vamos a casa, entonces, chicos", dijo, sólo medio en serio.
Cal se adelantó y Robert sonrió satisfecho ante su repentino comportamiento caballeroso. Los sentimientos de aquel hombre por Shelly eran más profundos de lo que había pensado en un principio.
"Déjame intentarlo".
Shelly se hizo a un lado.
"Adelante, Sir Galahad."
Robert observaba divertido, dispuesto a dar un paso adelante y evitar que el hombre se hiciera daño. Hasta que Cal metió la mano en la parte trasera de su albornoz de seda y sacó una palanca de tamaño natural.
Los ojos de Robert se abrieron de par en par.
"¿Qué mierda? ¿De dónde coño has sacado eso?"
Cal se rió entre dientes mientras empezaba a encajar la palanca entre la cerradura y la puerta metálica.
"¿Crees que sólo sirvo para cavar tumbas, Robbo?", gruñó mientras aplicaba fuerza a la palanca. No se movió. "También soy..." Jadeó y aplicó más presión. "Excelente en..."
Robert pudo ver cómo una vena de su frente empezaba a palpitar. La cerradura, sin embargo, se mostró ambivalente ante su esfuerzo. De un violento empujón, la palanca resbaló y Cal se llevó la mano a la puerta.
"Mierda...", dijo, chupándose el pequeño corte del dedo y volviendo a poner la palanca en el lugar de donde la había sacado debajo de la bata. "No se mueve."
Shelly se rió.
"¿Qué? ¿Tienes algo en esa mochila de Hello Kitty con lo que crees que puedes hacerlo mejor?"
"Tengo un soplete aquí, pero no creo que le haga mucho a esa cerradura".
Robert se quedó boquiabierto.
"¿Tú *qué*? ¿Tienes un soplete? Jesucristo, ¿soy el único que no vino armado con un taller mecánico?".
"Dejad de discutir y busquemos otra forma de entrar", dijo Shelly.
Robert aún se sentía un poco desnudo, dado que lo único que había traído consigo era la carta que Sean le había entregado. Y por supuesto, la pequeña fotografía cuadrada de Amy.
Lo llevaba a todas partes, metido en la cartera o simplemente en el bolsillo.
"Bien, pero tú vas delante con tu palanca, Cal."
El hospital de Pinedale, situado en la parte trasera de una gran colina, recordaba mucho a la finca de Harlop. No tenía el mismo

pedigrí, por supuesto, ya que tenía menos de sesenta años, pero tenía peor aspecto. Había grafitis por todas partes; grafitis que cubrían grafitis más antiguos, convirtiendo todas las pintadas en manchas sin sentido. Era como si Jackson Pollack hubiera recibido el encargo de pintar sobre la Mona Lisa.

Pinedale no era un hospital especialmente grande, lo cual no era una gran sorpresa teniendo en cuenta que la ciudad de Corgin sólo contaba con setenta y cinco mil habitantes. Robert miró instintivamente hacia arriba y contó las ventanas cubiertas de malla metálica.

Siete pisos... el último debe ser el Séptimo Distrito.

Cal sugirió que se mantuvieran fuera de la vista, dado que aún era temprano por la tarde y no saldría bien parado si se enfrentaban a ellos armados con un soplete y una palanca.

No, oficial, no intentábamos entrar en el hospital abandonado. Estábamos montando un taller mecánico en el aparcamiento.

Robert tendría pocas probabilidades de salir de ésta hablando.

El trío serpenteó por el lateral del edificio y atravesó a toda prisa un aparcamiento abandonado.

"Creo que tenemos que ir por el otro lado", dijo Cal cuando llegaron a la esquina del edificio, que estaba pegado a la ladera de la colina. De cerca, la colina era mucho más empinada de lo que Robert había pensado en un principio. Aunque podía ver la cima, no tenía ni idea de lo que había más allá de la espesura de árboles que brotaba del vértice.

Robert pasó junto a Cal para ver mejor la esquina del hospital. Aunque había árboles en la cima de la colina, la vegetación de la ladera y de detrás del hospital era bastante escasa. También parecía abrirse un poco a pocos metros; había al menos treinta centímetros de separación entre el muro exterior y la colina.

"Pásame tu móvil, Cal", exigió. Aunque todavía hacía sol, la colina bloqueaba la mayor parte de la luz natural.

Cal le entregó su teléfono, con la linterna ya encendida. Robert lo cogió y se inclinó hacia la esquina del edificio para iluminarla. Durante un segundo, lo único que vio fueron más hierbajos crecidos.

"¿Ves algo?" preguntó Cal, con un tono repentinamente más apacible que el que había empleado cuando abordaba la puerta principal.

"No, creo que podemos pasar, pero..." Robert agitó el móvil de un lado a otro. "Espera un segundo. Creo que hay una ventana aquí detrás". Apagó el teléfono y miró a Cal. "Parece *que podemos* pasar".

Cal resopló.

"Vete a la mierda, voy a caber."

Robert fue primero, luego Shelly. Fiel a su palabra, con un poco de

torpe yoga y aspirando y expulsando rítmicamente la tripa, Cal consiguió apretujarse entre el muro y la ladera de la colina. El esfuerzo le enrojeció la cara y se le había formado sudor en la frente; Robert adivinó que era la segunda vez que más ejercicio había hecho el hombre en años.

La primera fue cavar las tumbas de la familia Harlop, por supuesto.

Como Robert había sospechado, se abrió unos metros por detrás del hospital y, al cabo de unos segundos, pudieron caminar cómodamente en fila india. Robert no tardó en desviar la mirada hacia el terraplén de la izquierda.

¿Es así como el paciente enloquecido escapó del hospital con el médico?

Desde este ángulo, los árboles de la cima parecían enormes, gigantescas agujas que se dirigían a la estratosfera. Aun así, no podía imaginarse cómo la policía no podría encontrarlos nunca.

"Robbo, presta atención", espetó Cal.

La luz de la celda se había desviado con su mirada, e inmediatamente enfocó el débil haz hacia la hierba que tenía delante.

Cuando se acercaron a la ventana, la luz empezó a dispersarse por algo que había entre la hierba crecida: fragmentos de cristal.

"Parece que no fuimos los primeros en volver aquí", refunfuñó Robert, alumbrando la ventana destrozada para que todos la vieran. La abertura medía al menos medio metro por medio metro, más que suficiente para que todos pudieran trepar por ella.

"Cabemos", confirmó Robert mientras inspeccionaba el umbral. Había algo oscuro en el borde, algo que instintivamente le recordó a la sangre. Pensó en pasar los dedos por la mancha, pero decidió no hacerlo.

Se lo guardó para sí, elevando la luz por encima de ella.

"Eh, ¿Cal?", preguntó, con los ojos fijos en el oscuro interior del hospital. La escasa luz iluminaba mal el aire polvoriento y proyectaba un inquietante resplandor azul sobre las anticuadas baldosas de linóleo blanco y negro.

"¿Qué?"

"Es tu última oportunidad".

"¿Para qué?"

"Para quitarme ese ridículo traje".

Shelly se rió.

Robert estaba a punto de girarse para ver la expresión del rostro de su amigo cuando le llamó la atención un movimiento procedente del interior del hospital.

"Vete a la mierda, Ro..."

"¡Espera!" Robert jadeó. "¡Hay algo aquí!"

Capítulo 12

HACE CATORCE AÑOS

El Dr. Mansfield empezó a recobrar lentamente el conocimiento. Le dolía la cabeza, los ojos y las muñecas.

Tenía el cuello irritado y en carne viva.

Al principio, no recordaba dónde estaba.

¿Salí después del trabajo? ¿Tomar unas copas de más con una de las enfermeras guapas?

Una imagen de Betsy, la enfermera interna más reciente, joven y rubia, pechos perfectos, con su uniforme azul brillante pasó por su mente. Pero al parpadear varias veces más, se dio cuenta de que el rostro que estaba viendo no era un recuerdo, sino que era real. Sin embargo, poco a poco, la piel lisa y color caramelo de Betsy empezó a palidecer y a ensancharse.

"No", murmuró mientras Justine se inclinaba aún más.

Intentó apartarse de ella, pero tenía los brazos y las piernas bloqueados y no podía moverse. Le vinieron a la mente retazos de lo que había ocurrido, del hallazgo del bloc de notas de Andrew Shaw, de la señora Dupuis desangrándose en la cama y de la subida a la colina de Pinedale con el bisturí pegado a la garganta.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

"¿Dónde estoy?", preguntó con la garganta seca y la voz ronca.

Mientras tenía los brazos y las piernas atados a una especie de mesa de madera, extendidos a los lados, era libre de levantar y mover el cuello. Parecía como si estuviera en una especie de cabaña con paredes de color marrón apagado y una única ventana a su derecha.

Afuera estaba completamente negro.

De noche... ¿cuánto tiempo estuve fuera? ¿Y dónde demonios está la policía?

"Se está despertando", dijo Justine en voz baja, pero el doctor Mansfield la ignoró. En lugar de eso, volvió a girar la cabeza, tratando de captar lo más posible de su entorno antes de que Andrew le hiciera algo más.

El olor de la vegetación, tal vez musgo u hojas húmedas, le llenó la nariz.

Sí, una cabaña en el bosque... Debo de estar en una especie de cabaña o pabellón de caza.

No encontró ni lavabo ni retrete en el estrecho espacio de dos por tres metros, sólo un cubo y una especie de pila de cerámica reutilizada.

Estancias cortas... ¿cabaña de pesca, tal vez?

"¿Dr. Shaw?" Dijo Justine, atrayendo su mirada hacia atrás.

La enfermera miraba directamente al frente, por encima de la cabeza del Dr. Mansfield. Al inclinar la garganta hacia el techo, apenas pudo distinguir la silueta de una figura que se cernía sobre él. *Detrás* de la figura había una lámpara o algún tipo de luz -sin *fregadero ni electricidad, probablemente- que cubría* sus rasgos con sombras. Pero cuando la luz se reflejó en la hoja de un bisturí, el Dr. Mansfield supo exactamente de quién se trataba.

"Sí", respondió Andrew Shaw en voz baja, "puedo verlo".

El hombre movió hacia un lado lo que el Dr. Mansfield vio ahora que era una lámpara, bañando el lado izquierdo de su cara con un extraño resplandor amarillo anaranjado.

"Bienvenido de nuevo, George."

El Dr. Mansfield tragó saliva.

"¿Qué... qué vas a hacerme?", preguntó con un temblor en la voz. Le dolía la cabeza y hablar sólo empeoraba el dolor.

Pero tenía que convencer a Andrew para que lo dejara ir. En el peor de los casos, tenía que demorarlo. Detenerlo lo suficiente para que la policía lo rescatara.

Andrew se mordió el labio mientras contemplaba una respuesta, durante la cual el Dr. Mansfield escuchó el sonido de las sirenas, o mejor aún, el sonido de la gente fuera de la cabaña. No era de la zona de Corgin donde se encontraba Pinedale -vivía más cerca de la mucho más grande North Halichuck-, pero como ávido caminante, pasaba muchas horas del almuerzo fuera, detrás del hospital, paseando por el mismo bosque en el que suponía que se encontraba ahora.

Había habido muchas ocasiones en las que había tenido que utilizar su reloj GPS para encontrar el camino de vuelta. El plan original, según se rumoreaba, era urbanizar la zona de detrás del hospital, convertir Corgin en una bulliciosa metrópolis. Hasta la fecha, sin embargo, esto se había convertido en una quimera. Los constructores alegaban que era demasiado caro, que talar los árboles y aplanar los afloramientos rocosos les supondría demasiado esfuerzo. El Dr. Mansfield sospechaba que la protesta verbal de los ecologistas era la principal razón de que nada se pusiera en marcha. Otros días, esto no le molestaba. En todo caso, hacía más agradables sus paseos diarios. Sin embargo, en aquel momento, desnudo, con las muñecas y los tobillos atados por lo que parecían alargadores, deseaba que hubieran cortado de una puta vez aquella maldita cosa.

Lo convirtió en un maldito aparcamiento.

"Voy a demostrarle, Dr. Mansfield, que *hay alguien dentro de mí*".

El hombre miró al Dr. Mansfield expectante.

No le daría a Andrew la satisfacción que tanto pedía.

"Andr..." Se contuvo. "-Dr. Shaw, lo que está diciendo -que tiene un

trastorno, otra persona atrapada en su cabeza debido a un trasplante que recibió cuando era joven- no tiene fundamento. No es... no es cierto. No puede ser verdad. Por favor, tienes que dejarme ir. Puedo ayudarle, Dr. Shaw. Pero no puedo..." Hizo fuerza contra sus muñequeras. "-No puedo ayudarle aquí. Así no. Por favor, tiene que dejarme ir".

El Dr. Shaw vaciló, su rostro empezaba a aflojarse. Por un momento, al doctor Mansfield le asaltó la idea de que la otra versión de Andrew, la que había llevado consigo a las entrevistas con los pacientes, estaba a punto de regresar.

Pero entonces los ojos de Andrew volvieron a oscurecerse.

"¿Cuánto tiempo lleva trabajando en el Séptimo Distrito, Dr. Mansfield?"

"Dieciséis años".

No le gustó la pregunta; algo le decía que todo le llevaba a una conclusión, de la que no quería formar parte.

Malditos policías, ¿dónde están?

"¿Y a cuántas personas has ayudado? ¿A cuántos has curado?"

El Dr. Mansfield se encogió de hombros lo mejor que pudo, dada su posición en la mesa.

"Cientos".

Andrew apretó los labios con fuerza y sacudió la cabeza. Volvió a ver el bisturí, pero esta vez no lo sostenía como una lanza, sino que le apuntaba directamente al pecho.

"Respuesta equivocada", dijo rotundamente. Luego se volvió hacia Justine. "Desnúdate", le ordenó.

Los ojos de Justine se abrieron de par en par y, por un segundo, el Dr. Mansfield pensó que Andrew la había presionado demasiado, que lo que estaba planeando era demasiado atrevido para ella. Pero, para su horror, la enfermera no vaciló; se bajó el uniforme por los hombros y dejó que se encharcara en el suelo.

Sus enormes pechos blancos caían casi hasta el ombligo, y los pezones eran grandes y redondos como manzanas.

El Dr. Mansfield apartó la mirada, con las lágrimas derramándose ahora por sus mejillas.

"Va a formar parte de algo... de algo realmente especial, Dr. Mansfield".

El bisturí bajó y el Dr. Mansfield gritó mientras luchaba contra sus ataduras.

"¡Justine, no le dejes hacer esto! ¡Por favor! ¡Esto es una locura! Tráelo..."

"Por fin va a ayudar a curar a la gente, doctor Mansfield", susurró el doctor Andrew Shaw mientras bajaba el bisturí hacia el pecho desnudo del médico. "Hay alguien dentro de mí, y pronto habrá

alguien dentro de usted".

Le hundió el bisturí en la piel y el Dr. Mansfield empezó a gritar.

***

"¿Qué me has hecho?" tartamudeó el Dr. Mansfield. Sus palabras le sonaban extrañas, chirriantes y manchadas, con una inflexión extraña.

Intentó mirar a su alrededor, pero uno de sus ojos estaba oscuro y la visión del otro se nublaba.

"¡Hola!", gritó. "¡Dr. Shaw! ¿Qué demonios me has hecho?"

De repente, un gemido procedente de su ojo izquierdo atrajo su atención. Instintivamente giró la cabeza hacia allí, pero tenía el ojo malo y no veía gran cosa. Con el ojo derecho podía distinguir que seguía en la cabaña y que todavía estaba oscuro, pero no mucho más.

De repente, se sintió mareado y estuvo a punto de desmayarse. Cerró los ojos e intentó respirar hondo varias veces para no sucumbir al pánico que le invadía. Pero a mitad de la primera respiración, sintió un chasquido antinatural en el pecho, seguido de lo que parecía líquido filtrándose en la cavidad de su cuerpo.

¿Qué carajo?

"Se está llenando de sangre", oyó decir a alguien. Era la voz del Dr. Shaw, o eso creía, pero también le pasaba algo en los oídos. Debajo de la voz, podía oír lo que sonaba como agua corriendo o sangre corriendo.

Un golpe en el pecho y su corazón empezó a agitarse.

Me estoy muriendo.

"¡Justine! ¡Trae el coagulante aquí! ¡Lo estamos perdiendo!"

El ojo bueno del doctor Mansfield revoloteó y se volvió hacia la dirección general de la voz. Fue entonces cuando vio el objeto grueso y alargado que yacía cerca de la jofaina de cerámica. Efervescía ligeramente, la superficie estaba cubierta por una capa de burbujas diminutas, y supo exactamente lo que era.

Era su pulmón.

De pronto sintió unas manos en el pecho, una presión sorda que le resultó extrañamente reconfortante. Su visión seguía parpadeando y su mente vacilaba. Pensó en Betsy y en algunas de las otras enfermeras que había llevado por la Séptima Sala en su época.

Pensamientos pacíficos, serenos; buenos pensamientos.

No pensó en la señora Dupuis ni en el doctor Shaw, ni siquiera cuando el hombre empezó a gritarle a Justine que le fallaba el corazón, que tenía convulsiones.

Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro del Dr. Mansfield cuando sintió que lo que quedaba de su visión se desvanecía en negro y el tiempo parecía ralentizarse.

"Lo hemos perdido", oyó murmurar al doctor Shaw, con la voz llena de consternación.

Hubo una larga pausa, y cuando Justine habló a continuación, sonaba como si estuviera hablando bajo el agua, y él apenas podía distinguir las palabras.

"¿Qué hacemos con él ahora?"

Un suspiro despectivo.

"Aún nos queda mucho de él... y alguien más vendrá. El Dr. Mansfield seguirá siendo parte de este descubrimiento. Sonríe, Justine, nuestro trabajo aún no ha terminado. Ni mucho menos".

Capítulo 13

"¿Seguro?" susurró Shelly. Se había acercado sigilosamente por detrás y ahora estaba pegada a su espalda, intentando ver mejor el interior del hospital.

"No lo sé", respondió Robert. Estaba *bastante* seguro de haber visto algún movimiento al final del pasillo, pero cuando volvió a mirar, sólo vio sombras.

Durante casi un minuto, se resignó a agitar lentamente la linterna del móvil de un lado a otro intentando identificar cualquier cosa que pudiera haberse movido.

"Espera un segundo", dijo Shelly, despegándose de Robert. Se puso en cuclillas y se quitó la mochila antes de meter la mano en el interior. Luego sacó dos enormes linternas de metal.

"¿Soplete y linternas? Estás lleno de sorpresas, ¿verdad?" dijo Cal. Shelly le ignoró, le dio una a Robert y se reservó otra para ella. "Ah, sí, me lo imaginaba. Iluminaré el camino con mi puta palanca".

Shelly le hizo callar y Robert le devolvió rápidamente el móvil a Cal. Luego dirigió su atención a la ventana rota, apuntando la linterna hacia el interior antes de encenderla.

"Joder", maldijo, retrocediendo inmediatamente y protegiéndose los ojos. "¿De dónde demonios has sacado esto?"

A diferencia del móvil, la linterna era increíblemente potente, parecía llenar todo el hospital de luz artificial.

"Excedentes del ejército", respondió Shelly, con la voz teñida de orgullo.

Entrecerrando los ojos con fuerza, Robert se volvió hacia el hospital. La ventana estaba cerca del centro de un largo pasillo, cuyo lado opuesto estaba salpicado por varias puertas lisas colocadas a intervalos regulares; habitaciones de pacientes, supuso. Todo el lugar estaba cubierto de polvo: el suelo, las paredes, el pequeño escritorio situado a la derecha de Robert.

Si había visto algo, debía de estar volando o planeando sobre el suelo, ya que ninguna de las gruesas capas de polvo parecía haberse alterado.

Tragó saliva.

La idea de algo deslizándose por el suelo podría haber sido recibida antes con una risita, pero la idea de alguien -Jacky *Harlop-deslizándose* por un suelo de barro*, con su cabello dorado perfecto, la lluvia cayendo a su alrededor,* ya no parecía graciosa.

En ambos extremos del pasillo había puertas idénticas de aspecto macizo.

Robert inclinó ligeramente la linterna hacia arriba y captó las letras

rojas de un cartel gris que colgaba del techo.

Primer pabellón, decía, y debajo, *ambulatorios*.

Se volvió hacia los demás.

"No se ve nada... no parece que nadie haya estado ahí desde hace años. Todo está cubierto de polvo".

Cal miró a su alrededor, observando la espesa vegetación de la ladera de la colina, y luego volvió la vista a la ventana rota.

"¿No hay huellas de ningún tipo? ¿De animales? ¿Incluso pájaros?"

Robert negó con la cabeza.

"Bueno, entonces", intervino Shelly, "¿a qué estamos esperando? Entremos".

A pesar de sus palabras, no se movió.

"¿Así que pasas de no querer ni venir aquí a estar deseando entrar?". preguntó Cal.

"Por cien putos de los grandes, al menos echaré un vistazo a un hospital abandonado, muchas gracias", replicó ella. "Además, he tenido que pasar dos horas en el coche con vosotros, cabrones apestosos, necesito un poco de aire fresco".

A pesar de las discusiones, ninguno de los dos se acercó a la ventana. Finalmente, Robert tomó la iniciativa, lo cual era lógico, dado que era él quien había recibido la carta de Sean.

Y también era él quien estaba desesperado por obtener respuesta a sus preguntas.

"Hagámoslo", dijo, intentando infundir confianza a su voz, pero sin conseguirlo.

Robert pasó cautelosamente una pierna por encima del alféizar, y luego la otra.

La caída fue más alta de lo que esperaba, aterrizó con un *brinco* y sus rodillas se bloquearon incómodamente. Una nube de polvo se arremolinó para saludarle, y tosió mientras intentaba apartarla ineficazmente.

"Está despejado", dijo, volviéndose hacia la ventana. Alargó la mano para ayudar a Shelly a atravesar la abertura, pero ella le espantó.

Su aterrizaje fue más grácil que el de él, pero aun así levantó casi tanto polvo como él. Ambos empezaron a toser.

"¿Tienes alguna máscara antigás ahí dentro?" preguntó Robert, parpadeando rápidamente, tratando de aclarar sus ojos.

"Sí", respondió Shelly, y al principio Robert pensó que estaba bromeando. Pero cuando ella sacó tres máscaras blancas de pintor, él se burló.

"¿De verdad? Jesús, ¿qué más tienes ahí?"

"Tampones", dijo con una sonrisa socarrona, antes de llevarse la máscara a la nariz y la boca. Robert también sonreía cuando se puso la

máscara.

Shelly tenía razón, por supuesto; nada de esto era una broma ni debía tomarse a la ligera. Pero, por alguna razón, Robert se sintió *vivo* por primera vez desde la muerte de Amy. Ya no estaba atado a su ordenador, y con el elemento añadido del peligro... todo hacía que su sangre bombeara de una forma que no lo había hecho en meses.

Y me sentí *muy* bien.

Cal fue el siguiente en entrar por la ventana y, al típico estilo de Cal, lo hizo a gritos. Un gruñido, un par de palabrotas y por fin estaba dentro. Se quitó el polvo de la camisa y miró la máscara que Shelly le tendía.

"¿En serio?"

Shelly asintió y Cal se puso la máscara.

Por un momento, todos se quedaron allí de pie en el centro del pasillo, Shelly y Robert apuntando con sus linternas en ambas direcciones, Cal con las manos en la cadera y el aspecto de un ninja sindicalizado tomándose el descanso de rigor. A pesar de todas las charlas en el coche y las advertencias de Shelly, en realidad no se les había ocurrido ningún plan.

En la finca Harlop, habían vinculado a la familia Harlop a los objetos que habían encontrado en la casa, basándose en lo que sabían de ellos. ¿Pero aquí? ¿En el Hospital Pinedale? No tenían ni idea de con quién se iban a encontrar, y mucho menos de lo que esa gente apreciaba. Robert supuso que aquí había un médico, uno que había sido asesinado, desmembrado incluso, pero era un hospital... quién sabía con cuántos muertos podrían encontrarse.

"¿Y?", preguntó tímidamente, tratando de contener sus pensamientos desbocados. La máscara amortiguaba su voz. "¿Adónde vamos ahora?"

Shelly se encogió de hombros.

"La carta decía el Séptimo Distrito, ¿verdad?"

Robert asintió y Shelly dirigió la linterna hacia la señal que había visto antes.

Primera Sala: Ambulatorios.

"Supongo que eso significa que subimos, entonces, ¿no?"

Fueron a la izquierda por el pasillo, sólo porque había una imagen de una escalera sobre la puerta del fondo. Mientras caminaban, despacio, haciendo lo posible por no levantar más polvo, Robert empezó a rumiar lo tontos que estaban siendo en realidad. Cal, evidentemente, estaba pensando lo mismo, ya que hizo la pregunta que Robert tenía en la lengua.

"Entonces, ¿qué hacemos cuando los encontremos? Quiero decir, tenemos que atarlos, ¿verdad? ¿Reenterrarlos, como los Harlops?"

Shelly, que iba en cabeza, se detuvo tan bruscamente que Robert

casi chocó contra su espalda. No se volvió cuando habló a continuación.

"¿Me lo preguntas ahora?"

Cal se encogió de hombros.

"Bueno... sí. Quiero decir, ¿qué coño vamos a hacer?"

Shelly hizo un ruido que Robert pensó que podría haber sido un suspiro, pero era difícil saberlo bajo la máscara. Luego volvió a ponerse en movimiento. Llegaron a la puerta y ella golpeó la barra con las dos manos, llenando toda la sala de un estruendo resonante.

"Jesús, Shel", dijo Robert.

Esta vez se giró.

"¿Qué, crees que vamos a despertar a los muertos? Siento decírtelo, Robert, pero ya están despiertos".

A continuación, entró en la escalera y Robert y Cal la siguieron.

Al igual que el ambulatorio, la escalera estaba igual de polvorienta e intacta.

Robert iluminó con su linterna la sinuosa escalera metálica de arriba. Pudo ver la puerta del segundo pabellón, y la del tercero, distinguibles únicamente por los grandes números pintados en rojo sobre su superficie gris mate.

Shelly no lo dudó; inmediatamente empezó a subir.

"Yo digo que observemos primero", ofreció Robert. "Esperamos y observamos. Si vemos al doctor... ¿cómo se llamaba? ¿Gainsfield?"

"Mansfield", le corrigió Shelly.

"Si vemos al Dr. Mansfield, podemos intentar hablar con él primero. ¿Recuerdan lo que dijeron sobre Jacky y Amy? ¿Sobre cómo estaban confundidos? Tal vez el quiddity será el mismo aquí. Tal vez el doctor sólo quiera ser liberado y seguir su camino. Incluso podríamos preguntarle dónde está su cuerpo".

Cal, resoplando ahora dentro de su máscara, habló a continuación.

"¿Te refieres a las partes de su cuerpo?"

"¿Qué?"

"Fue desmembrado, ¿recuerdas?"

Joder.

Robert lo había olvidado. Y toda su charla sobre el médico evitaba deliberadamente mencionar al paciente que había hecho el desmembramiento.

¿Qué se suponía que iban a hacer con él? ¿Tener una agradable charla? ¿Un té, quizás?

Robert sacudió la cabeza, tratando de despejar la omnipresente negatividad que cubría sus pensamientos.

"Shel, ¿crees que tenemos que enterrar todas las partes del cuerpo? O sólo..."

"En su lugar, me preocuparía más por el paciente", dijo

rotundamente.

"¿El paciente?" preguntó Cal, con voz vacilante.

Robert tragó saliva con fuerza, y ni siquiera sus mejores esfuerzos pudieron evitar la enervante sensación que le invadió.

Shelly se detuvo de repente y se volvió, mirando más allá de Robert hacia Cal, que tenía los ojos enrojecidos y llorosos por el polvo.

"Sí, ¿sabes? El que hizo el dism-"

Pero otra voz, esta vez ni la de Robert, ni la de Cal, ni la de Shelly, llenó el hueco de la escalera, y los tres se detuvieron en seco.

"¿Adónde vais?"

Era la voz de una mujer, y venía de algún lugar por debajo de ellos.

Robert, con los ojos muy abiertos, se volvió hacia Shelly, pero ella no le ofreció ningún apoyo. Su mirada se clavó en un punto por debajo de ellos, intentando ver quién había hablado.

"¿Hola?", volvió a preguntar la voz.

Por alguna razón, esta pregunta sacó a Cal de su estupor y respondió.

"¿H-h-hola? ¿Hay alguien ahí?"

Robert frunce el ceño.

Demasiado para esperar y observar.

El rostro pálido y redondo de una mujer asomó de pronto por el nivel inferior de la escalera.

"Hola", dijo, sonriendo ampliamente. "Estás aquí para ver al doctor, ¿verdad?"

Robert sintió que asentía a su pesar, y su mano se dirigió instintivamente a la foto de Amy que llevaba en el bolsillo delantero. Le reconfortaba saber que ella estaba aquí con él, aunque solo fuera en forma de foto de pasaporte.

"Bueno, el Dr. Shaw te está esperando. Está aquí abajo, en el Distrito Séptimo".

Robert tragó saliva y Shelly, inesperadamente, le agarró del brazo. Robert estuvo a punto de dar un respingo, pero eso no alivió su agarre.

Sus dedos le mordieron la piel y el dolor le recorrió el antebrazo.

¿Dr. Shaw? ¿Quién coño *es el Dr. Shaw?*

La cabeza rubia de la mujer se perdió de vista y ellos escucharon cómo se alejaba escaleras abajo.

Robert pensó inmediatamente en el polvo que cubría el suelo de la Primera Sala. O bien hacía tiempo que esta mujer no subía allí, ¿cuánto tiempo? ¿Años, quizá? -o había encontrado otra forma de entrar.

O...

"¿Y bien? ¿Vienes? El doctor te ha estado esperando".

Los dedos de Shelly se clavaron aún más en el antebrazo de Robert,

que sintió una repentina sensación de terror.

...o esta mujer que nos está atrayendo al sótano no está viva.

PARTE II - Intervención quirúrgica

Capítulo 14

HACE NUEVE AÑOS

La mujer observaba desde los árboles, con sus ojos oscuros asomando entre los enjutos troncos. Se acercaba la medianoche y la luna proyectaba sobre el hospital finos chorros de luz azulada.

Sólo había un coche en el aparcamiento, una berlina color champán con óxido en las ruedas. Lo observó en silencio, esperando. Al cabo de cinco minutos, la puerta del hospital chirrió y se abrió. Un hombre rechoncho vestido con caqui y polo salió, con la luz de la luna reflejándose en su calva. Mantuvo la puerta abierta durante unos segundos, mirando hacia el pasillo casi con nostalgia. Luego cerró la puerta, que quedó sellada con un ruido metálico.

El hombre sacó un candado del bolsillo, giró el soporte metálico sobre la puerta y lo cerró en su sitio. Incluso desde su posición elevada, la mujer pudo ver que el candado era fuerte y sólido. Y aun así, cuando colocó un segundo candado más pequeño más abajo, cerca del picaporte, se le dibujó una sonrisa en la cara.

Después de comprobar que la puerta no se movía, el hombre levantó la mano y se rascó la calva. Con las manos metidas en los bolsillos, se dio la vuelta y se dirigió hacia su coche. Aunque abrió la puerta inmediatamente, dudó antes de entrar, con la mirada perdida.

La mujer no se movió, pero durante una fracción de segundo creyó que sus miradas se cruzaban. Pero entonces el hombre apartó la mirada y entró en su coche.

Ella lo vio alejarse, la sonrisa en su rostro pasó de una mueca a una de proporciones de Cheshire.

El hombre no la había visto.

Nadie lo había hecho.

Habían pasado cinco años, y en ese tiempo, se habían olvidado por completo de ella. Ella y *él*.

Pero pronto lo recordarían.

El tiempo de observar y esperar había pasado. Había vuelto la hora de la acción.

La mujer se levantó y se quitó las hojas del cuerpo sin dejar de mirar al hospital de Pinedale.

Es hora de despertar al doctor, pensó mientras se adentraba de nuevo en el bosque. *Es hora de despertar al doctor y volver al trabajo.*

Ha pasado demasiado tiempo.

Capítulo 15

Robert siguió con aprensión a la extraña mujer de pelo rubio hasta los hombros vestida de enfermera, dispuesto a darse la vuelta y salir corriendo si hacía algún movimiento brusco. Oía la respiración agitada de Cal justo detrás de él y, detrás de Cal, creía oír también a Shelly.

Naturalmente, lo primero que pensó fue que se trataba de una aparición, de una quididad atrapada. Pero después de haberla seguido durante más de un minuto, ya no estaba tan seguro. Por un lado, su uniforme era azul... descolorido, claro, pero definitivamente azul, mientras que todo lo que habían llevado James y Patty Harlop era de un gris desvaído. Incluso su piel tenía una palidez enfermiza.

Pero Amy... Amy parecía tan real, su camisa tan rosa.

La cabeza de Robert empezó a palpitar y se encontró a sí mismo retrocediendo hacia el oscuro lugar del que tan desesperadamente había salido tan sólo unos meses antes. Un lugar de confusión, donde las cosas no tenían sentido pero sí consecuencias claras y graves.

"Por favor", dijo la mujer por encima del hombro. "Por aquí."

La enfermera, que ya había llegado al sótano, utilizó una tarjeta para activar el lector magnético situado a la derecha de una pesada puerta metálica.

El pitido resultante atravesó la niebla que envolvía la mente de Robert y, de repente, dos cosas quedaron claras: una, que de alguna manera necesitaba hacerse con esa tarjeta; y dos, que había una mancha de sangre en la tarjeta de identificación, que por lo demás era de un blanco reluciente.

Cuando la mujer abrió la puerta de par en par, Robert se detuvo en el tercer peldaño de la escalera. Se esforzó por observar a la mujer, entrecerrando los ojos, inclinando la cabeza, buscando algo, cualquier cosa, que le ayudara a determinar si era una persona real o un fantasma.

El problema era que no tenía un método infalible para determinar si era real.

Excepto uno, pero *eso estaba descartado*.

Intentó inclinar la linterna, tratando de ver *a través de* la rolliza mujer, pero había demasiado polvo en el aire y le nublaba la vista.

Además, tanto Ruth como Amy habían parecido tan *sólidas*.

Hizo una nota mental para buscar una solución a este problema en Internet cuando volvieran a la finca.

Tal vez para preguntarle a LBlack o Sean al respecto.

La enfermera frunció los labios con una fina sonrisa.

"Oh, vamos. Te está esperando".

Shelly se aclaró la garganta, y fue todo lo que Robert pudo hacer para no girarse y mirarla; no iba a apartar los ojos de la misteriosa enfermera.

"Dijiste-uh, dijiste un Doctor... *¿Shaw*?"

La mujer asintió enérgicamente.

"Sí, así es. Dr. Shaw. Ha estado esperando".

"¿Seguro que no se refiere al Dr. Mansfield?"

Algo oscuro pasó por su rostro y, durante un breve segundo, Robert creyó ver que sus ojos se oscurecían, amenazando con convertirse en fosas oscuras. Pero cuando parpadeó, habían vuelto a la normalidad.

"Oh, el Dr. Mansfield está aquí en alguna parte, también. Pero ya no está a cargo. Es el Dr. Shaw. Ahora es el jefe".

Se inclinó repentinamente hacia delante y Robert retrocedió, acción que no hizo sino aumentar la sonrisa de la enfermera.

"¿Quieres un consejo? Sólo le gusta que le llamen Doctor", soltó una risita. "Cometí el error de llamarle Andrew una vez; no volveré a hacerlo, déjame decirte".

La enfermera agitó una mano sobre el umbral.

"Vamos. Entra. No quiero enfadar al doctor. Normalmente tenemos este registro de pacientes..." Bajó la voz. "Una pérdida de tiempo, si me preguntas, pero uno de los otros pacientes ha estado actuando, últimamente, y ha estado manteniendo ocupado al Dr. Shaw por un tiempo. Así que, por favor..."

¿Pacientes? ¿Cree que somos pacientes?

Robert lanzó una rápida mirada a Cal y luego a Shelly. Las expresiones de sus rostros coincidían con las suyas: confusión, desconfianza y, por supuesto, miedo.

Se encogió de hombros y tomó la iniciativa.

Habían llegado hasta aquí y, además, aunque la mujer era extraña, no parecía tan peligrosa.

"De acuerdo", dijo en voz baja. Las últimas escaleras le parecieron increíblemente empinadas y recordó su caída en el sótano de Harlop.

Esta vez, sin embargo, llevaba una linterna y llegó al rellano sin caerse. Sus ojos se dirigieron al lector de tarjetas y observó una pequeña luz verde en la esquina superior derecha.

¿Hay energía aquí? ¿O funciona con algún tipo de pilas de larga duración?

Algo a tener en cuenta, en caso de que la linterna donked.

Robert tragó saliva mientras se acercaba a la mujer y su corazón empezaba a acelerarse. Como último esfuerzo para determinar si era real, la iluminó directamente con la luz y sus pupilas se dilataron.

La enfermera se protegió la cara con el brazo.

"Lo siento", refunfuñó, bajando la viga.

Desde luego, *parecía* bastante real. Sin embargo, antes de estar a un

brazo de ella, Robert hizo un gesto con la palma abierta hacia la puerta.

"Después de ti", dijo con una débil sonrisa.

"Oh, un caballero, ¿verdad? Vaya, qué bonito".

Cruzó el umbral y Robert esperó a que pasara antes de asir la puerta. Era pesada, y tuvo que plantar los pies para impedir que se cerrara.

"Y después de ti", refunfuñó, indicando a Cal y Shelly que le siguieran. Cal se tomó su tiempo, su impulso hacia delante se vio obstaculizado por el hecho de que tenía la mano derecha escondida detrás de él. Aunque se colaba por debajo de la ridícula túnica, Robert habría apostado cien de los grandes a que su carnosa mano empuñaba la palanca.

De mucho servirá si es un fantasma.

Shelly fue la siguiente, sus ojos se clavaron en los de Robert al pasar.

Robert no pudo sostenerle la mirada. Era una mirada acusadora, una mirada que decía, *tú nos metiste en este lío.* ¿Una que decía, *si parece jodido, nos vamos? ¿No es eso lo que acordamos? ¿Qué, esto no es lo suficientemente jodido?*

Respirando hondo, Robert entró en el largo pasillo, que no se distinguía del primer pabellón.

Dio dos pasos y la puerta se cerró tras él con un sonoro chasquido.

Robert dio un respingo. Giró la cabeza y se le cortó la respiración al ver el gran siete rojo pintado en la parte trasera de la puerta.

Entonces la enfermera volvió a hablar, y él se volvió bruscamente hacia delante.

Ahora caminaba hacia atrás, con las manos extendidas a los lados, como en una celebración.

"Bienvenidos, mis nuevos pacientes del Séptimo Distrito", exclamó con un deje de alegría en la voz.

Capítulo 16

HACE NUEVE AÑOS

El Dr. Andrew Shaw respiró hondo y cerró los ojos, intentando concentrarse. Cuando volvió a abrirlos, el bisturí de su mano derecha había dejado de temblar. Hacía mucho tiempo que no operaba, mucho tiempo que no volvía a su hospital.

"Enfermera, límpieme la frente, por favor", le indicó. La enfermera utilizó una gasa para absorber parte de su sudor.

"Gracias.

El Dr. Shaw volvió a centrar su atención en el hombre de la camilla.

No importaba cuánto tiempo hubiera estado fuera. Este descubrimiento era demasiado importante como para que se lo impidiera su inquietud.

El hombre estaba completamente desnudo; sólo sus genitales estaban cubiertos con una tela azul. Llevaba una mascarilla de oxígeno atada a la cara, que ocultaba sus rasgos, y un tensiómetro en el dedo. A la izquierda estaba la máquina O_2 y el trazado digital de su ritmo cardíaco en la pantalla. Era lenta, uniforme: 120/83.

Perfecto.

"Bien, Justine, recuerdas el plan, ¿verdad? ¿El plan quirúrgico que repasamos?"

La mujer, una criatura pastosa tan baja como ancha, asintió con la cabeza, la suave piel bajo su barbilla temblando enloquecida.

"Sí".

"Repítemelo".

La mujer abrió mucho los ojos y pareció asustada.

"Oh, oh, vale. Primero, vas a hacer una incisión justo sobre la espinilla izquierda..."

"Los músculos mediales, y luego la tibia", la corrigió el Dr. Shaw.

"Ah, sí, los músculos mediales y la tibia, y luego vas a..."

El hombre de la camilla se agitó. Su cabeza se movió un poco, no más de uno o dos centímetros, pero fue suficiente para que el Dr. Shaw se diera cuenta.

"Vale, no te preocupes por eso. Voy a quitarle la pierna y entregártela, ¿de acuerdo? Después de atravesar el tejido blando, necesito que pases la sierra para huesos. Entonces será un lío, pero tienes que mantener la calma. Debería..." El Dr. Shaw consultó rápidamente su reloj. Eran las tres y media. "-Debería estar fuera otras dos horas. Debería ser tiempo suficiente. Voy a pasarle la pierna y la pondrá en hielo inmediatamente, ¿de acuerdo? Luego vamos a llevarlo

a la otra habitación mientras se recupera. Entonces es el momento de buscar a su hermano, ¿de acuerdo?"

La enfermera asintió con entusiasmo y el doctor Shaw suspiró.

"Justine, no puedes *joder* esto".

Justine dejó de sonreír.

"No, Doctor. Lo recordaré".

La expresión del Dr. Shaw se suavizó.

"Bien. Ahora empecemos".

***

Llevó más de las dos horas que el Dr. Shaw había planeado.

El problema era la sierra para huesos. Era vieja y no estaba tan afilada como esperaba. A mitad de camino a través de la tibia del hombre, se enganchó y se detuvo. Cuando intentó arrancarla de nuevo, se atascó y no pudo soltarla.

El hombre de la camilla gimió dentro de su máscara, que se empañó.

"Mierda", maldijo el Dr. Shaw. "¡Justine, tenemos que darnos prisa! Coge la otra sierra".

Justine, con una cara mezcla de miedo y ansiedad, se quedó mirándole.

"¡Joder! ¡Justine, trae la maldita sierra!"

El Dr. Shaw intentó volver a encender la sierra para huesos, pero la hoja estaba completamente atascada en el hueso y se negaba a moverse. El motor empezó a echar humo.

"¡Allí! La del mango de madera", gritó, señalando con un dedo la sierra de arco que había sobre la mesa metálica con el resto de herramientas.

Finalmente, Justine volvió en sí y se precipitó por la habitación, chocando con sus anchas caderas contra el pulsómetro y haciéndolo rodar. Como en respuesta al empujón, el trazo del hombre aumentó repentinamente de tono.

"¡Date prisa, Justine! ¡Se está despertando! *¡Muévete,* joder!"

Justine aumentó su velocidad de contoneo. Cogió la sierra y se la acercó al doctor Shaw, que seguía con los ojos clavados en el hombre de la camilla. Tenía las mejillas pellizcadas y se le formaban arrugas en las comisuras exteriores de los ojos; se le estaba pasando el efecto de las drogas, pero no podía darle más. Eran un bien preciado, y tenía que guardar lo poco que le quedaba para el hermano del hombre.

El Dr. Shaw arrebató la sierra de las manos pastosas de Justine y le indicó que se pusiera a su lado.

"Voy a intentar encajar esta hoja entre la sierra eléctrica y el hueso, y cuando diga, darle un tirón a la sierra de hueso. Una vez fuera,

empujaré esta y luego la cortaré manualmente".

Justine volvió a asentir, la extraña sonrisa regresó a su rostro.

"Tenemos que darnos prisa, sin embargo... esto no va a ser agradable, especialmente con él despertando".

El Dr. Shaw, con una mueca, comprobó las ligaduras quirúrgicas a ambos lados de la rodilla del hombre. Aún estaban apretadas, lo cual era bueno. Un descuido y el hombre se desangraría, y sólo les quedaban tres unidades de sangre fresca. Miró rápidamente a Justine, evaluándola mientras miraba al hombre en la camilla. Su mirada se desvió hacia los gordos brazos que parecían rezumar de su bata.

Cinco años en el bosque, viviendo de bayas y escasa carne de caza -ardillas, ratas, algún conejo ocasional- y no parecía haber perdido ni un kilo.

Eso es bueno... Justine tiene una constitución fuerte. Ella también es un donante universal O-; si viene a empujar a empujar, y necesito sangre ...

El Dr. Shaw sacudió la cabeza y se inclinó sobre la camilla. Apretó la sierra para metales junto a la otra hoja, haciendo una mueca de dolor por el sonido que hacía al saltar sobre el hueso expuesto.

"¿Listo? ¿Estás listo?", preguntó, retorciendo la hoja ligeramente.

Justine asintió con entusiasmo.

"A la de tres: uno... dos... ¡tres!"

A la de tres, Justine tiró. Al principio, no pasó nada; la hoja estaba demasiado enterrada.

"¡Justine! ¡Tira! *¡Joder, tira y levanta!*"

Justine obedeció, tirando con toda su corpulencia.

Se oyó un desgarro terriblemente grueso y la hoja se deslizó finalmente. Justine se tambaleó hacia atrás cuando se soltó, volcando el monitor por completo y cayendo de culo. Gritó, pero el Dr. Shaw la ignoró.

Actuando de inmediato, forzó la sierra para metales en la ranura existente, y luego empezó a moverla hacia adelante y hacia atrás, lentamente al principio, intentando coger ritmo.

Pero entonces el hombre de la camilla gimió y sus ojos se agitaron.

"Mierda", maldijo el Dr. Shaw. No había tiempo para precisiones.

Con un movimiento suave, se subió a la camilla y se colocó a horcajadas sobre las piernas del hombre. Y entonces, más como un leñador que como un médico, Andrew se inclinó hacia el movimiento de aserrado, recorriendo toda la longitud de la hoja hacia delante y hacia atrás sobre la tibia del hombre con todo el vigor que pudo reunir.

Gruñendo por el esfuerzo, con el sudor cayéndole por la frente, el Dr. Shaw no se dio cuenta de que el hombre abría los ojos de golpe. Ni siquiera se dio cuenta cuando la otra pierna del hombre, la que no estaba siendo amputada, empezó a temblar. Lo que atrajo su atención

fue la mano del hombre que se golpeaba torpemente contra el dorso de su brazo mientras bombeaba furiosamente la sierra de un lado a otro.

Lo primero que pensó fue que se trataba de Justine, pero un rápido vistazo por encima del hombro le reveló que la gorda enfermera seguía luchando por ponerse en pie como una especie de tortuga obesa y volcada.

Entonces se fijó en la mano del hombre.

"¡Mierda! ¡Enfermera! *¡Enfermera!* ¡Sujetadle!"

Justine por fin se puso en pie y se apresuró a acercarse. Con ambas manos, agarró el brazo del hombre y presionó todo su peso sobre él. Ejerció tanta presión que el hombre se despertó del todo y empezó a gritar por la máscara de oxígeno.

Aunque las palabras eran confusas, amortiguadas, el Dr. Shaw sabía de qué se trataba.

"¿Qué me están haciendo?", gritó el hombre. Luego soltó un grito espantoso y desgarrador.

Afortunadamente, a pesar de estar ya plenamente consciente, los sedantes seguían haciendo mella en parte de su cuerpo.

Un hombre tan grande y musculoso como éste habría arrojado al Dr. Shaw de él como un muñeco de trapo si hubiera recuperado el pleno control de sus facultades.

Sólo una más... sólo una más...

Pero hizo falta más de una; fueron necesarias siete pasadas más antes de que la sierra de arco atravesara de golpe la tibia. El Dr. Shaw, con los brazos y los hombros doloridos, dio unos cuantos golpes más para cortar el peroné, mucho más pequeño, y luego sacó rápidamente la pierna del hombre de su cuerpo y la sostuvo en alto por encima de su cabeza como una especie de grotesco trofeo orgánico.

Luego se secó el sudor de la cara con el hombro y saltó de la camilla.

Cuando el hombre vio lo que tenía en las manos el Dr. Shaw, sus gritos alcanzaron el punto álgido. Y entonces, increíblemente, empezó a incorporarse.

El Dr. Shaw metió el miembro en la cubitera y corrió hacia la puerta del quirófano. La enfermera Justine trató de seguirle, pero el hombre había recuperado el uso de la mano lo suficiente como para agarrarle el pelo rubio y seco. Sus ojos se desorbitaron y gritó algo, pero con la adrenalina bombeando en sus oídos, el Dr. Shaw no pudo distinguir las palabras.

Utilizó la tarjeta que llevaba en la cadera para abrir la puerta, la abrió de par en par y se volvió por última vez.

Justine intentaba apartar las manos del hombre, pero era demasiado fuerte. No había manera de que ella fuera capaz de luchar

contra él, especialmente con la forma en que sus gruesos dedos estaban envueltos y retorcidos en su cabello.

Fue una lástima; el Dr. Shaw necesitaba ayuda.

Pero Justine le sorprendió tirando del cuello, y una gran mata de pelo y parte del cuero cabelludo se desprendieron. Un momento después, estaba de nuevo a su lado y juntos salieron de la habitación, dejando que la puerta se cerrara rápidamente tras ellos, emitiendo un pitido al cerrarse.

Justine se llevó una mano a la nuca mientras observaba al hombre. Cuando la retiró, tenía los dedos enrojecidos por la sangre, pero eso no le quitó la sonrisa de la cara.

"Vamos", ordenó el Dr. Shaw. "Hay más trabajo que hacer esta noche. Mucho más trabajo".

Capítulo 17

Caminaron de tres en tres por el pasillo, separándose unos dos o tres metros de la mujer que se había presentado como la enfermera Justine.

"Escucha... ¿Justine?" preguntó Cal vacilante. Seguía con la mano sujeta a la palanca escondida bajo el albornoz.

"¿Sí?", respondió ella sin girarse.

A cada paso, su pelo se movía un poco y Robert se dio cuenta de que le faltaba un mechón en la parte de atrás. Una zona que ella había intentado, sin conseguirlo, cubrir completamente con el cepillo.

"Creo que nos confunde con otra persona. No somos pacientes del Séptimo Distrito".

Justine se detuvo y el trío la siguió inmediatamente. Luego se volvió lentamente hacia ellos.

"¿Están seguros de eso? Quiero decir, si no sois pacientes, ¿qué estáis haciendo aquí exactamente?".

Robert miró rápidamente a Shelly, pero ella se limitó a encogerse de hombros. Abrió la boca para decir algo, pero se tomó su tiempo, esperando que Cal interviniera. Al fin y al cabo, había sido él quien había iniciado el diálogo.

"Ah, sólo te estoy tomando el pelo. Sé por qué estás aquí", dijo con una sonrisa.

Viva o muerta, había algo muy malo en esta mujer.

"¿En serio?" preguntó Robert, enarcando las cejas.

"Sí, claro". Entrecerró un ojo y apuntó con un dedo a Cal. "Tú eres... Cal". Luego señaló a Shelly. "Tú eres Shelly". Se detuvo en Robert, con una sonrisa creciente. "Y, por supuesto, tú eres Robert Watts".

Robert se quedó boquiabierto.

Fue una trampa; ese bastardo de Sean nos tendió una trampa para que estuviéramos atrapados aquí con este psicópata.

Justine se rió.

"Como te dije, el doc..."

"¿Quién te ha dicho nuestros nombres?" preguntó Robert, con la garganta increíblemente seca. Cuando ella no contestó, sino que giró sobre sus talones y empezó a alejarse, se mantuvieron firmes.

"¡Eh!" Shelly gritó de repente. "¿Cómo sabes nuestros nombres? ¿Te lo dijo Sean?"

Justine se detuvo, pero esta vez no se giró.

¿"Sean"? No conozco a ningún Sean. Fue Leland quien me lo dijo".

"¿Leland?" preguntó Cal, su voz no era más que un susurro. "¿Quién coño es Leland?"

Justine suspiró.

"Leland Black..." Cuando ninguno respondió al nombre, Justine suspiró. "Aunque puede que le conozcáis mejor como la Cabra".

De repente, la sangre de Robert se convirtió en hielo en sus venas.

Un flash de James Harlop, con el atizador incrustado en el cráneo, agachándose y agarrándole las manos pasó por su mente.

Tu esposa está aquí... también la Cabra. Y viene...

"¿Cabra?" preguntó Cal, sacudiendo la cabeza. Miró a su alrededor. "La última vez que lo comprobé, esto no es la granja del puto viejo Donald. ¿De qué *coño* estás hablando?"

Cal se volvió hacia Robert en busca de apoyo.

"¡Mierda! ¿Robert? ¿Estás bien?"

Robert seguía sin poder moverse, atormentado por las palabras que James Harlop había dicho primero y Justine había repetido.

Es una trampa. Tiene que serlo.

Justine tomó la palabra.

"Deberías preguntarle a Robert sobre la Cabra, él te lo dirá."

Ahora le tocaba a Shelly interrumpir.

"¿De qué demonios está hablando, Robert?"

Cuando Robert se quedó boquiabierto, con el miedo recorriéndole todos los capilares, ella le dio un fuerte codazo en el costado y por fin se espabiló.

"¿Robbo? ¿De qué coño está hablando?"

"Es que..." Le costó sacar las palabras. "Es sólo... no sé, es sólo algo que James Harlop me dijo antes..."

Se agarró antes de decir, *antes* de *llevarme a la Médula.*

"antes de atarlo al atizador de la chimenea."

Shelly entornó los ojos, señal inequívoca de que no se tragaba su historia. Pero antes de que pudiera presionarle, la enfermera silbó.

"Vamos. Puedes compartir historias en otro momento, no queremos llegar tarde. Como dije, el doctor tiene un temperamento del demonio".

Robert intercambió una mirada con Shelly, que negó con la cabeza.

"No iremos a ninguna parte. Dile a este doctor... a este Dr. Shaw, que si quiere vernos, tendrá que venir aquí".

La expresión de Justine no vaciló mientras se giraba y se acercaba a una de las varias puertas idénticas que bordeaban el pasillo interior. Usó su tarjeta para abrirla y la mantuvo abierta, expectante.

"Como he dicho, el Dr. Shaw está ocupado con otro de los pacientes. Pero pronto estará listo para usted. Por favor, pase a su habitación".

Justine tenía una sonrisa inquietante en la cara, una mirada que hizo que Robert se retorciera.

Algo está muy, muy mal con esta mujer.

"Creo... que estás como una puta cabra si crees que vamos a entrar

en esa celda", dijo Cal. En su periferia, Robert vio que la mano a su espalda empezaba a moverse, amenazando con sacar la palanca. Robert le agarró del hombro, reteniéndole.

Lo último que quería era ver a esa enfermera corpulenta apaleada hasta la muerte en la Séptima Sala, por muy rara que fuera. Eso sólo les daría otro fantasma que purgar.

Si estaba viva, claro, y Robert aún no estaba seguro de ello.

Un aullido, un sonido seco y doloroso, sólo remotamente humano, llenó de repente todo el pasillo. Robert se encogió instintivamente y apretó con fuerza el hombro de Cal. Shelly se deslizó a su lado.

"¿Qué demonios fue eso?" susurró Robert sin aliento.

"Te lo advertí, el Dr. Shaw está con un paciente ahora. Pero terminará pronto. Y no estará contento si no estás en tu celda".

Robert, aún tembloroso por el estruendo, respondió rápidamente: "Y ya te he dicho que no vamos a entrar ahí".

Shelly volvió a reír.

"No es para *vosotros, los* tres, es sólo para *ti*, Robert".

"A la mierda con esto", susurró Cal. "Ninguna cantidad de dinero vale toda esta locura. Larguémonos de aquí".

Shelly hizo una mueca como diciendo, *joder, te dije que esto iba a ser un lío. Que no era una broma ni un juego.*

"Yo no..."

Por fin, la sonrisa de Justine se desvanece. Fue reemplazada por algo parecido a la tristeza.

"Por favor, hay alguien ahí que quiere verte. Dice que te ha echado de menos".

El corazón de Robert volvió a acelerarse.

"¿Quién?" Dio un paso inconsciente hacia delante, metió la mano en el bolsillo delantero y tocó la foto que contenía.

Sin embargo, incluso antes de que Justine respondiera, Robert ya sabía la respuesta.

"Tu hija, tonto. Amy está ahí".

Robert se dirigió inmediatamente hacia la puerta. En el fondo de su mente, sabía que se trataba de un error, probablemente de un truco, pero no pudo evitarlo.

Había visto a Amy después de muerta, y con lo poco que sabían de la Médula, tal vez era posible que *pudiera* volver.

Y lo que daría por volver a verla.

Por improbable que fuera, la posibilidad era suficiente para impulsarle.

Cal le agarró del brazo, pero él se encogió de hombros.

"Es un truco, Robbo. ¡Quédate aquí!"

Pero la mente racional de Robert le había abandonado.

Manteniendo la distancia con Justine, se asomó a la habitación.

Pero al extender el haz de luz en la habitación, la linterna parpadeó de repente y se apagó.

Al igual que las luces habían hecho en la casa Harlop todos esos meses atrás.

El corazón le dio un vuelco al recordar lo que Shelly había dicho sobre la extraña relación entre el quiddity y las luces.

Quizá esté *aquí*.

"¡Robert! ¡Robert, vuelve aquí!"

Robert se volvió, pero el tiempo se había ralentizado y de repente se sintió mareado.

Shelly y Cal corrían hacia él, pero a pesar de su alarma, algo en el fondo de su mente le decía que debía entrar en la habitación.

Que *tenía* que entrar en la habitación, por el bien de Amy.

"Entra, el médico está casi listo para ti", dijo Justine suavemente.

Ya en el umbral de la habitación, Robert dio la espalda a sus amigos. La linterna volvió a parpadear, sólo un segundo, iluminando las paredes beige. Entrecerrando los ojos contra la luz brillante, vio un pequeño conejito rosa y morado apoyado en una silla de madera en un rincón.

"¡Sr. Gregorius!", gritó.

Corrió hacia él, pero cuando apretó su blando estómago, se dio cuenta de algo.

No era el Sr. Gregorius; era un simple conejo de peluche de una tienda de dólar.

Robert se volvió hacia la puerta justo a tiempo para oír cómo se abría la cerradura. Sonó un pitido y el rostro de Justine llenó la pequeña ventana rectangular de cristal.

Volvía a sonreír y, como en el sótano de la finca Harlop, Robert estaba de nuevo solo.

Capítulo 18

HACE NUEVE AÑOS

Un fuerte golpe procedente de otra de las habitaciones distrajo al Dr. Andrew Shaw y su mano resbaló, clavando la sutura demasiado profundamente en la pierna del hombre.

"Joder", murmuró entre dientes apretados. Usó el hombro para secarse una gota de sudor antes de que le cayera en el ojo, y luego sacó la gruesa sutura de la piel del hombre y la volvió a colocar. Estaba a punto de volver a ponerla en bucle cuando el golpe golpeó de nuevo la pared.

"Joder, Justine, ¿quieres hacer algo al respecto?" Torció el cuello para mirar a la mujer pastosa, que se cernía previsiblemente sobre su hombro. "¿Justine?"

"¿Eh, qué?", preguntó ella, convirtiendo su sonrisa en una expresión de sorpresa.

El Dr. Shaw apretó los labios con fuerza, tratando de contener sus emociones. No le serviría de nada perder los estribos, sobre todo cuando Justine aún tenía algún valor.

"El ruido. Ve a hacer que el hombre deje de golpear la pared".

Justine se le quedó mirando un momento, como si intentara descifrar sus palabras. No era la primera vez que actuaba así; a veces su mente parecía bloquearse incluso con las instrucciones más sencillas.

Ató la sutura, dejó la aguja en la camilla y examinó su trabajo. No era perfecto, ni mucho menos, y el hecho de que el gemelo del hombre se hubiera despertado durante la amputación no había ayudado en absoluto. Así las cosas, Andrew pensó que esta pierna era un poco más corta que la otra, pero tendría que bastar.

Con un fuerte suspiro, se volvió hacia Justine, que seguía de pie, expectante.

"Sólo ve allí. Haz que pare para que pueda concentrarme. No me importa cómo lo hagas. *Sólo haz que se detenga*".

La enfermera pareció comprender por fin, giró sobre sus talones, con un movimiento descuidado y descoordinado, y se dirigió a la puerta. Sin embargo, antes de que la abriera, el doctor Shaw volvió a hablar.

"Cállalo. Estaré allí pronto... casi termino aquí".

Justine asintió y salió de la habitación, dejando al Dr. Shaw a solas con su paciente.

¿Para las herramientas que tengo? No está mal. No está nada mal.

El tono de piel no coincidía del todo: la mitad inferior era un poco

más oscura que la superior, lo que resultaba extraño teniendo en cuenta que el donante era su gemelo. ¿Quizá uno acababa de volver de vacaciones?

El Dr. Shaw negó con la cabeza.

La estética no importaba. Lo que importaba era probar su teoría. Demostrar que el Dr. Mansfield estaba equivocado.

De repente le empezó a picar el pecho y se rascó con la mano enguantada la gruesa cicatriz rosada que le iba desde la garganta hasta casi el ombligo.

Hay alguien aquí conmigo.

Habían sido las palabras de Andrew, no las del doctor Shaw, pero tenían tanto significado, tanto poder.

Una sonrisa cruzó los labios del Dr. Shaw al recordar la última vez que Andrew había aparecido, hacía casi cinco años.

Aquel había sido un día productivo, ya que no sólo habían enterrado a Andrew, sino que también era la primera vez que mataba.

Sus ojos se nublaron al recordar...

"¡Joder! ¡Andrew, ve a ocuparte de esa mujer!" Gritó el Dr. Mansfield.

Algo en su interior hizo clic, igual que después del trasplante y de que su ayudante le gritara. Sintió que la otra persona que llevaba dentro empezaba a surgir, a burbujear en la superficie.

Andrew caminaba despacio, intentando mantener al otro a raya, conservar el control. Era una lucha constante porque él estaba allí; el Dr. Shaw siempre estaba allí... observando... esperando el momento justo para alzarse.

Las luces de la habitación de la Sra. Dupius estaban apagadas, lo cual era extraño, ya que los pacientes nunca controlaban sus propias luces. La mano de Andrew encontró el interruptor, pero cuando lo accionó arriba y abajo, la habitación permaneció a oscuras.

¿Qué carajo?

Entrecerrando los ojos, apenas pudo distinguir la silueta de la Sra. Dupuis en la cama. Tenía las sábanas hechas un ovillo y tiradas por el suelo, y las manos a los lados, lo que parecía indicar que estaba dormida.

¿No estaba gritando? ¿Era *ella? ¿Podría haber sido otra persona?*

Andrew se preguntó si tal vez el cansancio de sus ataques casi constantes de los últimos días se había apoderado de ella. Con esta idea en mente, se acercó a la cama, al tiempo que observaba la habitación mientras sus ojos se adaptaban lentamente a la oscuridad.

Estaba casi al lado de la sencilla cama de madera cuando se dio cuenta de que la señora Dupuis estaba completamente desnuda.

Santo-

Avergonzado, Andrew apartó la mirada y su rostro enrojeció de inmediato. Estaba a punto de darse la vuelta y salir de la habitación, para avisar a una de las enfermeras de que la señora Dupuis necesitaba que la vistieran, cuando ella se movió, atrayendo sus ojos hacia atrás.

La anciana le miraba fijamente, con los ojos muy abiertos y brillantes a pesar de la escasa iluminación.

"Jesús", jadeó, sobresaltado por el repentino movimiento. Estaba a punto de apartarse cuando la mano de ella salió disparada a una velocidad que no correspondía a su edad. Antes de que pudiera reaccionar, sus dedos se aferraron a sus huevos y los apretaron.

Él gritó, pero ella apretó aún más fuerte, deteniendo el sonido antes de que pudiera salir de su garganta.

"Quiero que me folles", exigió, su voz casi siniestra. "Quiero que me folles *duro*".

Andrew tragó saliva y sus ojos recorrieron su cuerpo desnudo de ochenta años, con las palabras del Dr. Mansfield resonando en su cabeza.

¡Ve a la puta habitación y ocúpate de ella!

La confusión empezó a invadirle en oleadas.

El Dr. Mansfield no pudo haber querido decir eso, *¿verdad?*

La lengua de la Sra. Dupuis salió de su boca y aleteó rápidamente, sus ojos parecían agrandarse aún más.

Los ojos de Andrew se movían por la habitación, intentando encontrar inspiración o respuestas en algo, cualquier cosa. Pero cuando su mirada pasó por la ventana cuadrada sobre la puerta, divisó el carrito de la enfermera. Encima había un objeto reflectante que sobresalía por la mitad de una cuña azul.

¡Cuídala!

Las palabras del Dr. Mansfield resonaron en su cabeza.

La nudosa mano de la Sra. Dupuis apretó aún más fuerte, y él empezó a sentir náuseas.

Y entonces fue cuando el *otro, el Dr.* Shaw, hizo su jugada.

"No", graznó Andrew, pero ya era demasiado tarde.

"Sí", respondió la Sra. Dupuis. "Oh, sí."

El hombre de la bata hizo un *tsk, tsk, tsk con la* comisura de los labios, con los ojos fijos en el carrito de la enfermera.

Parece que alguien se dejó un bisturí. Eso es un no-no. ¿No saben las enfermeras que estos pacientes son peligrosos?

Sus ojos volvieron a la forma arrugada de la Sra. Dupuis.

"Oh, te voy a follar bien", dijo el Dr. Shaw, sus ojos brillando. "Y te va a encantar".

El hombre de la camilla gimió suavemente, sacando al Dr. Shaw de

su ensueño. Sacudió la cabeza y se secó más sudor de la frente.

Estoy cerca, pensó, mirando el miembro injertado del hombre. *Esta vez funcionará. Esta vez lo verá. Esta vez empezará a actuar de forma diferente, adoptará la personalidad de su hermano. Ya lo verás. No siempre fui así.*

La cicatriz empezó a picarle de nuevo, pero esta vez resistió el impulso de rascarse.

Hay alguien aquí conmigo… pero no tomará el control pronto.

Capítulo 19

"**Abre la puta puerta.** Se lo advierto, señora, no querrá joder conmigo".

Cal sostenía la palanca frente a él con agresividad, pero era evidente que le temblaban las manos.

Justine no se movió, ni siquiera acusó recibo de su orden.

"¿Me has oído? He dicho que le dejes salir de ahí. *Ahora.*"

Shelly se había movido a su lado, y él podía sentir los latidos de su corazón a pesar de que todavía estaban a varios centímetros de distancia. Su cuerpo se balanceaba de un lado a otro.

Seguía sin haber respuesta; desde que la enfermera con sobrepeso se había apartado de la ventana de la habitación de Robert, no había dicho nada. Y, sin embargo, seguía sonriendo.

Cal dio un paso adelante, levantando aún más la palanca, asegurándose de que aunque la perra fuera miope, ahora lo vería.

"Voy a darte..."

Un horrible rugido, el mismo gruñido gutural y gutural, le interrumpió.

Cal se encogió e instintivamente acercó la palanca a su cuerpo. Shelly estaba justo detrás de él, rodeándolo con los brazos. Intentó mostrarse valiente, fuerte, pero las manos le temblaban tan violentamente que la palanca se había convertido en un borrón.

¿Qué carajo fue eso? Y en nombre de Dios, ¿qué estamos haciendo aquí?

Pero sabía lo que hacían aquí... o, más concretamente, lo que *él* hacía aquí.

Durante años, Cal había hecho todo lo posible por olvidar esa sensación... la sensación que le había recorrido mientras sostenía a su amigo de siete años mientras moría, con la sangre del niño empapándole los brazos y las piernas. ¿Cómo podía explicar la sensación de euforia absoluta cuando la emoción de su mejor amigo le abandonó? Mejor aún, ¿cómo podía explicar la búsqueda de esa misma sensación durante más de una década? ¿Una sensación que nunca pudo reproducir?

Una que casi había olvidado antes de que Robert le rogara que fuera a la finca Harlop. Ese día, todo había vuelto a su memoria. Que era la *verdadera* razón por la que estaba aquí, en este lugar, el Séptimo Pabellón, con una enfermera demente, Robert encerrado en una celda y la promesa de encontrarse con un sin duda alegre Dr. Shaw.

Otro gruñido atravesó el pasillo.

Y eso... también había eso, lo que coño fuera.

Cal se estremeció.

"Ese es George", dijo Justine, como si leyera sus pensamientos.

"¿Quién coño es George?" Shelly escupió.

La puerta del fondo del pasillo, detrás de Justine, se abrió de repente, golpeando con fuerza contra la pared opuesta. La enfermera se hizo inmediatamente a un lado cuando una bestia corpulenta atravesó la abertura.

"J-j-joder", gimió Cal.

Shelly seguía aferrada a él, pero tropezó hacia atrás de todos modos, casi derribándola en el proceso.

El hombre era gigantesco, medía casi dos metros y era grueso de pecho y brazos. Pero a pesar de su impresionante musculatura, había algo raro en él. Era como si Cal estuviera viendo su reflejo en un espejo hecho añicos: su cara no estaba del todo bien alineada, una pierna parecía más larga que la otra y un antebrazo sólo medía la mitad que el otro. Y habría jurado que el hombre tenía un solo pecho grande colgando del centro del pecho.

Shelly también maldijo, pero la sangre sonaba tan fuerte en los oídos de Cal que no pudo oír exactamente lo que decía.

"George, ¿por qué no llevas a nuestros invitados a sus habitaciones?"

El hombre no dudó, simplemente corrió hacia ellos. Shelly permaneció inmóvil, pero Cal se sintió repentinamente imbuido de valor. Mientras el hombre avanzaba hacia ellos, con paso torpe y la pierna derecha rezagada, volvió a guiar a Shelly detrás de él y dio un paso adelante.

Cuando el hombre estuvo a corta distancia, Cal blandió la palanca con una trayectoria ascendente. Pero cuando estuvo a menos de medio metro, vio por primera vez al hombre y de repente se quedó sin fuerzas.

El hombre estaba cosido como un rompecabezas, con trozos de carne putrefacta cosidos en la cara, el pecho y los brazos con gruesas suturas en forma de encaje.

Era el monstruo de Frankenstein en carne y hueso.

La palanca golpeó a la cosa que Justine había llamado George, pero rebotó inofensivamente en su duro estómago. Las vibraciones subieron por los antebrazos de Cal y la palanca se le cayó de las manos.

El monstruo se detuvo, volvió la cara cosida hacia el techo y volvió a gruñir.

Cal se dio la vuelta y echó a correr.

En algún lugar de su mente, sabía que Shelly también estaba huyendo, pero su visión de túnel era tan severa, su miedo tan palpable, que ni siquiera podía ver adónde había ido.

Cuando corrió hacia la puerta del Séptimo Pabellón por la que habían entrado, encontró a Shelly ya de pie allí, con las palmas de las

manos golpeando la barra de empuje una y otra vez.

"¡Abre la puerta!", gritó. "¡Abre la maldita puerta, Shelly!"

No se giró; simplemente siguió golpeando la barra con ambas manos.

"It. Won't. Abrir", jadeó.

Cal no dejó de correr; en el último segundo, Shelly se hizo a un lado y Cal embistió la puerta con las manos por delante.

El dolor le subió por las muñecas mientras sus manos se arrugaban hacia atrás.

Gritó mientras se dejaba caer inmediatamente al suelo.

"¡Joder!" gritó Shelly. Empezó a quitarse la mochila, pero una voz hizo que se quedara inmóvil.

"¡No los mates, George!" El tono de Justine era desesperado. "¡No los mates!"

Cal, que seguía gimiendo por las muñecas destrozadas, se dio la vuelta sobre el culo.

George estaba a menos de medio metro de él. Cuando la enorme bestia se inclinó hasta quedar a escasos centímetros de su cara, Cal se quedó helado de miedo. El olor a podredumbre y putrefacción era tan penetrante que le hacía llorar, lo que afortunadamente le impedía ver los gruesos puntos de sutura, los tonos de piel desiguales que no se alineaban bien y el horrible corte que le llegaba desde la comisura de los labios hasta casi la oreja.

El olor se intensificó cuando la bestia llamada George habló.

"Bienvenido al Séptimo Distrito, Cal", respiró el monstruo.

Shelly dijo algo a su izquierda, pero Cal ya estaba girando hacia un mundo de oscuridad.

Capítulo 20

HACE NUEVE AÑOS

"Despierta, George."

El doctor Shaw se inclinó sobre el cadáver, con cuidado de no acercarse demasiado por si el hombre de la camilla reaccionaba como lo había hecho su hermano.

"George, es hora de despertar".

El hombre no se movió, lo que provocó que el Dr. Shaw frunciera el ceño.

¿Qué le pasa? Ya debería estar despierto... ha estado bajo el agua tantas veces que ya debería haber adquirido tolerancia. A menos que...

"Enfermera, ¿cuánto nitroso le diste?"

Justine se volvió para mirarle, con la cara amoratada. No sabía cómo se las había arreglado para callar al gemelo de George, pero no había sido fácil. Tenía la nariz rota en lo alto del puente, un ojo morado bajo el izquierdo y los labios, normalmente finos y casi inexistentes, hinchados y partidos.

Y sin embargo, la sangre de sus manos no parecía ser suya.

El Dr. Shaw debería haber sido más específico; debería haberle dicho a Justine que callara al hombre sin matarlo, lo cual era una clara posibilidad dado el completo y absoluto silencio en el resto de la sala.

Aun así, podría ocuparse de eso más tarde. Su preocupación más apremiante ahora era el hombre en la mesa delante de él.

Al que había llamado George en honor a su difunto mentor.

"Le di lo mismo que la última vez", respondió Justine encogiéndose de hombros.

De su fosa nasal derecha brotó un fino reguero de sangre, que olfateó antes de limpiarse con el dorso de la mano.

El Dr. Shaw se volvió hacia su paciente.

El hombre, al igual que su hermano, estaba completamente desnudo, pero a diferencia de éste, su pierna no era lo único que había sido alterado.

George era un desajuste de casi una docena de individuos que él y Justine habían atraído al Séptimo Distrito en los últimos meses.

Su oreja izquierda pertenecía a un conductor de autobús cuyo teléfono había muerto -gracias a Dios por las baterías de teléfono de mierda e insustituibles-. Justine había conseguido convencer al hombre para que se acercara al lado del hospital con el pretexto de usar su móvil.

El brazo derecho de George era de un vagabundo que habían

encontrado durmiendo fuera del hospital. Atraerlo al interior había sido incluso más fácil que al conductor del autobús; todo lo que habían tenido que hacer era dejar la puerta entreabierta y, en una noche especialmente fría, el hombre había acudido a ellos. Habían intentado coser la mejilla de una prostituta a la cara de George, pero no funcionó; hicieran lo que hicieran, aplicaran el pegamento o los puntos que aplicaran, no se mantenía. Ahora George tenía una horrible cicatriz que el Dr. Shaw había hecho todo lo posible por suturar. El problema era que, cada vez que el hombre abría la boca, la herida volvía a abrirse.

No importaba; al fin y al cabo, George no iba a ganar un concurso de belleza en un futuro próximo, no era ése su papel. En su lugar, habían optado por suturar uno de los pechos de la prostituta a su pecho. Esa parte había sido la favorita de Justine, y él habría jurado que la mujer se había excitado, su gorda cara enrojecida, su respiración entrecortada.

Y, por supuesto, estaba la incorporación más reciente: la pierna de su hermano gemelo. El Dr. Shaw esperaba que el hecho de que fuera de su gemelo ayudara a facilitar el proceso de curación.

Con cada nueva incorporación, George empezaba a cambiar, y no era sólo por el hedor cada vez más penetrante a podredumbre. Su personalidad se volvió menos cohesiva, más reactiva, incluso bestial.

Hay alguien dentro de mí.

El Dr. Shaw cogió uno de los muchos paños húmedos que se habían utilizado para la operación y se acercó de nuevo a la cabecera de la camilla. Apretó el paño contra la frente caliente del hombre y sus ojos se agitaron. Una fina sonrisa cruzó sus labios.

Sin previo aviso, George balbuceó y luego tosió. Un lodo marrón salió de su boca, y el Dr. Shaw inclinó la cabeza del hombre hacia un lado para asegurarse de que no se ahogaba con él.

"Ah, ya veo que estás entrando en razón", dijo el Dr. Shaw. No pudo evitar la enorme sonrisa que se le formó en la cara. George podía estar horrible, febril y débil, pero estaba vivo. Lo cual era un progreso, teniendo en cuenta lo que había pasado con los demás. A diferencia del conductor de autobús, el vagabundo y la prostituta, había sido un riesgo increíble atraer a George y a su hermano al Distrito Séptimo. Pero los gemelos eran exactamente lo que buscaba el Dr. Shaw: hombres fuertes, musculosos, capaces de soportar múltiples operaciones y recuperarse de ellas.

Al final, había merecido la pena.

Estamos cerca.

Los ojos de George se abrieron y se movieron tan rápidamente que el Dr. Shaw temió que estuviera sufriendo un ataque. Pero al cabo de unos segundos se centraron y el Dr. Shaw oyó exactamente las mismas

palabras que el hermano del hombre había pronunciado hacía más de una hora.

"¿Qué me has hecho?" George susurró.

El Dr. Shaw pasó un dedo por la malla de sutura de la mejilla del hombre como una suave caricia. Podía ver los molares del hombre en el corte cuando hablaba, lo cual era extraño pero al mismo tiempo muy fascinante.

"Sólo intento que vuelvas a estar completo, George. Sólo intento que estés completo".

La cara de George se contorsionó de dolor y varios de los puntos que marcaban su afeitado cuero cabelludo y recorrían su oreja de parche se partieron. La sangre empezó a brotar lentamente de la herida.

"¿George? ¿Quién...?" Volvió a toser, sacando más lodo marrón. "¿Quién coño es George? Te lo he dicho cientos de veces, ese no es mi nombre".

El Dr. Shaw le hizo callar.

"Necesitas relajarte... necesitas curarte para que pueda mostrarte al mundo. Así podré demostrarles que tenía razón, demostrarle al Dr. Mansfield que siempre la tuve".

Mientras miraba al hombre en la camilla, le pareció ver cómo empezaban a formarse lágrimas en los ojos marrones y grandes de George. Mirando fijamente aquellos ojos, el Dr. Shaw se preguntó cómo sería trasplantar uno de los ojos azules de su hermano.

"¿Qué me has hecho?" George susurró de nuevo, con la humedad derramándose por sus mejillas.

El Dr. Shaw sonrió.

Capítulo 21

Robert golpeó el grueso cristal, pero lo único que consiguió fue que le doliera el puño. Pudo ver una *cosa, un* hombre gigantesco, que corría hacia Cal y Shelly, y vio que Cal le golpeaba en el pecho con la palanca. La bestia rugió, y entonces sus amigos se dieron la vuelta y echaron a correr. Robert apretó la cara contra la pequeña ventana, tratando desesperadamente de no perderlos de vista, de ver qué les hacía aquella *cosa*, pero al final desaparecieron y sólo le quedó ver a Justine, allí de pie, con aquella maldita sonrisa pegada a la cara.

"¡Eh!", gritó. "¡Oye! ¡Déjalos en paz!"

Robert gritó hasta que se le irritó la garganta, pero fue inútil; o Justine no le oía o simplemente prefirió ignorarle. Llorando ahora, Robert se dio la vuelta, extendiendo la linterna por la habitación, buscando algo -cualquier cosa- que pudiera utilizar para arrancar la gruesa puerta metálica de sus goznes.

No había nada.

La camilla estaba cubierta de sábanas empapadas de lo que supuso que era sangre secada hacía tiempo, y había una silla en un rincón sobre la que había arrojado el conejito de peluche barato. El resto de la habitación estaba completamente vacía.

Robert cayó de rodillas, abrumado por la culpa y la vergüenza.

Él era la razón por la que Shelly y Cal estaban aquí; él era la razón por la que estaban a punto de ser destrozados por aquel monstruo... o algo peor.

Podría llevarles hasta los tuétanos con ella.

Y en el fondo de su mente le rondaba la sensación de que su experiencia no sería la euforia que había sentido al contemplar las suaves y ondulantes olas.

Usted ha sido elegido, Sean había dicho una vez.

Robert no tenía ni idea de por qué, pero tenía la ligera sospecha de que ésa era una de las razones por las que se había ido y había conseguido volver. Tal vez fuera porque había pasado mucho tiempo con la quididad de Amy. O tal vez era algo totalmente distinto.

No lo sabía.

No tenía ni idea de cómo o por qué había vuelto del único lugar del que estaba universalmente acordado que *nunca se* podía volver.

No sabía *nada*.

"Maldita sea", susurró, golpeándose los muslos con los puños. "Maldita sea."

Su linterna parpadeó e instintivamente la apagó, tratando de ahorrar la menguante batería para cuando pudiera necesitarla, *si* es que la necesitaba.

A Robert no se le escapaba la ironía de estar encerrado en una celda para trastornados mentales mientras la confusión se apoderaba de él.

Y tal vez estaba loco. Quizá la muerte de su mujer y su hija le había sumido en una espiral de locura, su forma de afrontar la pérdida. Tal vez todo esto -todo lo que había sucedido desde entonces- era simplemente producto de su imaginación.

Pero entonces recordó a Cal y Shelly. Real o no, no podía quedarse de brazos cruzados mientras los destrozaban. Tenía que hacer algo... cualquier cosa.

Robert se puso en pie, retrocedió lentamente hasta la puerta y se asomó.

Justine seguía allí, pero ya no miraba al frente. En cambio, parecía distraída con algo detrás de ella.

Eran Cal y Shelly.

Caminaban uno al lado del otro, con la cabeza gacha y arrastrando los pies.

¿Qué están haciendo? ¿Por qué vuelven por aquí? ¿Por qué no huyeron?

Sus amigos se dirigían hacia lo que él sospechaba que era una puerta al otro lado del pasillo, una que estaba justo fuera de su campo de visión.

Las lágrimas corrían ahora por sus mejillas.

¿Por qué...?

Pero entonces Robert volvió a *verlo* y se le cortó la respiración.

En efecto, era un hombre, o al menos lo había sido en algún momento. La repulsión golpeó a Robert como un puñetazo en el plexo solar al observar su piel hecha de parches, el pecho en el centro del tórax, la cabeza y la oreja ladeadas. Era como si lo hubiera cosido un médico demente.

El Dr. Shaw le está esperando.

Robert tragó saliva.

"¡Eh!", gritó, golpeando de nuevo el cristal, esta vez con ambos puños. "¡Oye! Déjalos..."

Pero un susurro detrás de él le interrumpió.

"No pueden oírte". La voz femenina era ligera y ronca, como la de Ruth Harlop.

Toda la sangre se drenó de su cara.

"Este lugar... este lugar está hecho para mantener a la gente dentro. Golpear la ventana no te ayudará".

Robert giró sobre sus talones, al tiempo que jugueteaba con la linterna, intentando encenderla. El sencillo botón, sin embargo, pareció de pronto superar su destreza.

Era como si tuviera las manos cubiertas por gruesas manoplas.

"¡No! No, por favor, papá, no enciendas la luz".

De nuevo, Robert se quedó helado. La voz procedía del mismo lugar, pero era diferente: la voz de un niño.

La imagen de Amy, de cómo era en la fotografía que llevaba en el bolsillo, le vino entonces, y tragó saliva.

No puede ser.

Pero cuando la voz volvió a hablar, se había transformado de nuevo en otra cosa.

"¡Quiero que me folles!"

Robert apoyó la espalda contra la puerta y olvidó por un momento a sus amigos. No podía estar seguro de si ahora había una mujer en la habitación con él, o tres.

Robert consiguió por fin encender la luz. Al principio, el haz de luz era tan brillante que le cegó momentáneamente, y sólo oyó a alguien -o a *algunos- gritar* para apartarse. Cuando sus ojos se adaptaron, vio una figura agachada junto a la esquina de la habitación, frente a la silla. Se sintió aliviado cuando se dio cuenta de que se trataba de una sola persona y no de tres, pero la forma en que estaba agachada y acurrucada, la piel fina y curtida, la médula espinal sobresaliendo, le hicieron pensar en Ruth Harlop.

"¿Ruth?", graznó.

No hubo respuesta.

Dio un pequeño paso hacia delante, pero la espalda de la anciana empezó a encogerse y se dio cuenta de que estaba sollozando.

Detuvo su avance.

No se trataba de Ruth Harlop, sospecha confirmada por su siguiente frase.

"Por favor", gimoteó, "no dejes que papá me haga daño".

Robert sacudió la cabeza, intentando pensar con claridad.

Al contrario que con Justine, estaba seguro de que se trataba de una aparición, una quiddity, tenía que serlo. No había nadie en la habitación con él hace unos momentos.

Pero ella tenía... ¿qué? ¿Una doble personalidad?

Las palabras de Shelly en el coche de camino a Pinedale resonaron en su mente.

El Dr. Mansfield fue secuestrado por alguien con un trastorno de doble personalidad.

Sujeta con fuerza la pesada linterna.

¿Podría ser ella? ¿Podría ser esta anciana la que mató al Dr. Mansfield?

"¿Quién... quién es usted?", consiguió decir al fin.

La mujer dejó de sollozar y empezó a levantar la cabeza lentamente. Tenía los ojos oscuros y negros, y el cuello abierto de oreja a oreja.

Robert intentó forzar la puerta tras él, en vano.

Se llevó un dedo a los labios.

"Shh, ya viene. El doctor está dentro."

Todo el cuerpo de Robert se puso rígido.

"¿Qué...?"

Pero entonces un golpe en la puerta lo sacó de su estupor y, a pesar del peligro inminente que suponía aquella mujer, se dio la vuelta. Lo primero que pensó fue que sería Justine, o peor aún, esa *cosa*, mirando fijamente a la habitación, pero no era ninguna de las dos cosas.

En su lugar, le recibió el rostro de un hombre joven, probablemente de unos veintitantos años, con el pelo castaño desgreñado y ojeras. Tenía los labios apretados en una fina línea.

Robert saltó hacia atrás.

"El Dr. Shaw está aquí", oyó susurrar a la vieja bruja mientras se desvanecía. "Está aquí... está aquí... está aquí..."

Capítulo 22

HACE NUEVE AÑOS

"Eso es", el Dr. Shaw aplaudió. "¡Eso es! Ponga la mayor parte de su peso en su... su pierna buena. ¡Sí, sí, eso es! *¡Eso es!*"

No podía creer lo que veían sus ojos. George consiguió deslizarse hasta el borde de la camilla y, colocando el brazo sobre los anchos hombros de la enfermera Justine, quedó parcialmente de pie. Shaw pudo ver que la pierna del hombre se había desplazado alrededor de la herida, la mitad superior deslizándose un poco de la mitad inferior -la pierna de su hermano-, pero parecía aguantar.

El Dr. Shaw volvió a aplaudir.

"¡Sí! Esto es..."

Pero no se le ocurrió ningún adjetivo apropiado para describir lo que estaba viendo. En lugar de eso, se deleitó observando su creación.

Justine gruñó al cargar con el peso del enorme hombre y su rostro redondo adquirió un tono carmesí poco natural, pero juntos dieron el primer paso.

Es incluso más duro de lo que pensaba, de lo que jamás podría haber esperado.

De repente le llegó un soplo de podredumbre y el Dr. Shaw hizo una mueca. El olor era malo hoy, el peor de todos los tiempos, quizá, pero la herida de la pierna parecía estar limpia.

"¿Dr. Shaw? ¿Y ahora qué?" preguntó Justine con voz tensa.

El Dr. Shaw se lo pensó un momento. Se había preparado para la posibilidad de que George se desplomara y la pierna trasplantada se desgarrara, dejándole desangrándose. Incluso con Justine como donante, el hombre había sufrido tanto que las perspectivas de supervivencia eran casi nulas. En su mente, el Dr. Shaw había llegado a imaginarse tener que meter a George en el congelador con los demás, una larga fila de donantes desprevenidos que habían contribuido con sus vidas a este proyecto.

Pero ahora que realmente había *funcionado*, se apresuró a pensar cómo demostraría finalmente su teoría.

"Yo, uhh, quiero ver si puedes guiarlo alrededor de la camilla. Tal vez..." Miró a su alrededor, su mirada finalmente se posó en la pared a unos tres metros de donde estaban George y Justine. "Tal vez llevarlo a dar un paseo hasta la pared. A ver si puede tocarla y luego volver".

Justine gruñó afirmativamente y giraron juntos. Los ojos del Dr. Shaw se clavaron en la pierna trasplantada de George cuando empezaron a moverse. De nuevo, las dos mitades parecían deslizarse desincronizadas, lo cual era de esperar, ya que el hueso no podía

haberse curado del todo tan rápido.

Pero aguantó. Aguantó, *joder*.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del médico.

La extraña pareja dio otro paso arrastrando los pies, luego otro, la pierna trasplantada de George deslizándose más que caminando activamente.

Con los ojos muy abiertos, el Dr. Shaw vio cómo el dúo llegaba hasta la pared. Ambos respiraban agitadamente por el esfuerzo, tensos, exhaustos, pero lo habían conseguido.

El Dr. Mansfield había afirmado que no era posible, que aunque consiguieran unir las partes del cuerpo y el paciente sobreviviera, no había pruebas que sugirieran que la persona adquiriría las personalidades desdobladas de los donantes.

Tonto, le había dicho el Dr. Mansfield. *Has leído demasiados libros de ciencia ficción, Andrew. ¿Y esta idea? ¿La idea de que los trastornos de personalidad múltiple son el resultado de dos personas atrapadas en un cuerpo? Bueno, eso también es una tontería. Es un problema mental, una discapacidad de mentes fragmentadas. Una enfermedad que puede ser tratada, si no curada. En tu caso, sin embargo-*

¿Y la memoria celular? Memoria orgánica

-no probada, pseudociencia de mierda, Andrew. Consigue tu...

La imagen se desvaneció cuando Justine y George empezaron a girarse y algo ocurrió.

Al principio, el Dr. Shaw no estaba seguro de si la pierna del hombre había cedido o si Justine simplemente se había desplomado bajo el peso de George. En cualquier caso, ambos cayeron desplomados, y Justine y George profirieron gritos inquietantemente similares.

Para consternación del Dr. Shaw, Justine fue arrastrada encima de George, y no viceversa. Su codo golpeó una bandeja metálica durante la caída, lanzando al aire como confeti metálico un plato de plástico con forma de riñón lleno de instrumentos quirúrgicos.

"¡No!" gritó el Dr. Shaw, esperando que la pierna del hombre no se hubiera lesionado -o peor, arrancado- en la caída. "¡No! ¡Justine, suéltalo!"

La enfermera se sobresaltó y se detuvo antes de intentar girar sobre su espalda y ponerse de pie.

Era demasiado lenta.

George, a pesar de su evidente discapacidad, fue más rápido. El hombre consiguió sentarse en un movimiento fluido y su enorme mano, la suya y no la del trasplante más pequeño y marchito, alargó el brazo y agarró la bata azul pálido de la enfermera Justine. Ella gritó y trató de zafarse a cuatro patas, pero el agarre de George era fuerte y, cuando tiró, ella volvió a caer sobre él. La rodilla de Justine cayó

sobre la pierna trasplantada de George y el Dr. Shaw oyó un claro sonido de desgarro.

"¡No!", gritó. Estaba a medio metro de los dos antes de que la lucha terminara. Durante el forcejeo, George había cogido un bisturí y lo sujetó sobre la suave piel blanca de la barbilla de Justine.

"La mataré", siseó George. El sonido silbó a través del agujero en el costado de su cara, donde los puntos se habían vuelto a desgarrar.

El Dr. Shaw examinó detenidamente la situación antes de actuar. El brazo bueno de George rodeaba el pecho de Justine, sujetándola con firmeza, mientras que el que sujetaba el cuchillo había pertenecido al conductor del autobús. Era gris y de aspecto débil en comparación con el otro, pero el agarre de George del bisturí parecía lo bastante fuerte, al menos como para clavar la hoja en el cuello de Justine.

Las palabras del Dr. Mansfield resonaron de repente en su cabeza.

Aunque los trasplantes funcionen, no hay pruebas de que el paciente adopte la personalidad de los donantes. Eso es una tontería.

Andrew sintió que la sonrisa de su cara empezaba a crecer.

¿En serio?

Sus ojos se desviaron hacia la expresión de puro odio en el rostro destrozado y lleno de puntos de George. El hombre y su hermano habían sido orientadores en el instituto, entre otras cosas, antes de que Justine y él los atrajeran al Distrito Séptimo.

Individuos buenos y respetuosos con la ley que habían tenido ilustres carreras en el fútbol universitario. Hombres que miraban por los demás, que intentaban guiarlos por el buen camino en la vida.

La profesión adecuada, la iluminación personal.

El Dr. Shaw empezó a sonreír.

"Sí", dijo, su voz apenas un susurro. "Sí, George, mátala... mátala... mátala..."

Capítulo 23

Robert oyó un pitido **sordo** procedente de algún lugar al otro lado de la puerta, e instintivamente dio otro paso atrás. Giró la linterna para cerciorarse de que la anciana demente se había ido y, tras confirmar que así era, se alejó aún más del hombre del pelo desgreñado.

Su espalda chocó contra la camilla justo cuando se abrió la puerta.

El hombre era más bajo de lo que Robert había pensado, sólo le llegaba a la barbilla. Y en lugar de algún tipo de arma, como había esperado en parte, el médico sostenía una carpeta en las manos. Robert lo examinó rápidamente y luego miró a su alrededor. Para su consternación, ya no podía ver a Cal ni a Shelly, pero la bestia también había desaparecido.

No sabía si esto era bueno o malo.

Justine, sin embargo, estaba de pie detrás del Dr. Shaw, la sonrisa espeluznante todavía pegada en su rostro pálido.

Puedo empujarle, puedo pasar por encima de él y salir corriendo.

Los ojos de Robert se dirigieron a la tarjeta que colgaba de su cadera.

Pero no llegaré a ninguna parte sin uno de esos...

Se dio cuenta entonces de que la razón por la que Shelly y Cal se habían visto obligados a volver por este camino, por la que no habían subido corriendo al primer piso y salido por donde habían entrado, era que estaba cerrado con llave.

Y no tenían la llave.

¿Cómo de jodidamente estúpidos somos para seguir a Justine aquí? ¿Cómo de retrasados somos?

Pero en aquel momento se habían sorprendido tanto al ver a alguien en el hospital abandonado que sus facultades racionales se habían apagado.

¿Se comporta de forma extraña? ¿Se enfada más de lo habitual?

"¿Robert Watts?", preguntó el médico, levantando la mirada.

Robert observó que el hombre tenía rayas rojas y moratones oscuros que casi le rodeaban todo el cuello y la garganta.

"¿Qué coño quieres de mí?" Robert escupió. "¿Dónde están mis amigos?"

El médico, que llevaba una bata blanca sobre un uniforme idéntico al de Justine, frunció el ceño y miró su expediente un momento antes de cerrarlo.

"Robert Watts, mi nombre es Dr. Andrew Shaw. Soy el psiquiatra en jefe aquí en el Distrito Séptimo".

Robert parpadeó y apretó con fuerza la linterna.

"¿Qué? ¿De qué coño estás hablando? El lugar ha estado cerrado por..."

"Tsk, tsk, Robert. Te aseguro que esta sala funciona a pleno rendimiento desde hace tiempo. No dejes que la falta de electricidad te engañe. Ya sabes, el creciente coste de mantener el agua corriente y todo eso".

Él soltó una risita y Justine se unió a ella.

¿Qué carajo?

El Dr. Shaw dejó de reír.

"Por favor, Robert, siéntate en la cama."

Robert miró rápidamente a su espalda y una mueca se dibujó en sus labios al ver la sábana marrón oscuro que cubría la cama.

"¿Robert?" Se volvió para ver al Dr. Shaw mirándole con una ceja levantada. "La camilla, por favor".

"De ninguna manera", respondió Robert sin rodeos. "No voy a subir. Quiero ver a Cal y Shelly".

El Dr. Shaw suspiró.

"Tus amigos están bien, te lo aseguro. Los veré después de ti... eres una... cómo decirlo... una *prioridad*. Usted tiene amigos en lugares altos" Se rió de nuevo. "-o lugares bajos, Sr. Watts."

¿De qué está hablando? ¿Está hablando de Sean? ¿Conoce a Sean?

Como Robert seguía sin moverse, la expresión del doctor Shaw cambió, bajó las cejas y sus labios se curvaron hacia abajo.

"Sube a la puta camilla, Robert. Sube o llamo a George", siseó. "Si quieres volver a ver a tus amigos, será mejor que te subas a esa puta cama".

Robert meditó rápidamente sus opciones, con la visión del monstruo de las puntadas -*George*- centelleando en su mente.

Joder.

Retrocedió y deslizó su trasero sobre el extremo de la camilla, con cuidado de no subir demasiado y entrar en contacto con la sucia mitad superior de la sábana.

¿Es la sangre de la anciana? ¿Murió en esta habitación? ¿Se cortó la garganta, tal vez?

Dirigió la mirada al Dr. Shaw, que se acercó con cautela, acompañado por la enfermera Justine.

¿O fue el buen doctor? ¿Justine, tal vez? ¿Por eso le falta un mechón de pelo en la nuca? ¿Por una pelea con una anciana demente?

"Bien". El Dr. Shaw se volvió hacia Justine. "Justine, átale las piernas, por favor".

"¿Qué?" balbuceó Robert. Pero antes de que pudiera comprender del todo lo que estaba pasando, Justine había empujado al médico y estaba sobre él, con sus dos manos carnosas presionándole el muslo derecho.

La linterna se le resbaló de la mano y se agarró.

Después de lo cuidadoso que había sido en el pasillo -asegurándose de que Justine estuviera lo suficientemente lejos como para que si ella se sentía inclinada a tocarlo, él hubiera podido alejarse-, todo se redujo a esto.

Previsible, esperado, pero totalmente inevitable.

Robert aspiró y cerró los ojos, esperando ser transportado instantáneamente a la Médula. Estaba preparado para ver las olas, las ondulantes olas rompiendo en la orilla, y la fisura en el cielo... el cielo oscuro y premonitorio lleno de gritos...

Pero nada de esto ocurrió.

Robert abrió los ojos y se dio cuenta de que Justine ya le había atado el tobillo izquierdo a la camilla.

"No", gimió él, pero cuando ella fue a su otra pierna, él permaneció inerte.

Le invadió la confusión.

¿Por qué no he ido a la Médula? ¿Qué significa esto? ¿Significa... significa que Justine es real?

¿Algo de esto es real?

"Es un buen paciente. Ojalá todos mis pacientes fueran tan obedientes como usted, Sr. Watts. Haría mi vida mucho más fácil".

Capítulo 24

HACE NUEVE AÑOS

"**Sé que está** ahí, Dr. Mansfield. Mata a esta mujer, mátala ahora. Entonces sabrás que hay alguien dentro de *ti*".

Los ojos de George se abrieron de par en par y la mano que sostenía el cuchillo empezó a temblar.

"No soy el Dr. Mansfield", dijo, su voz, como su mano, temblando. "No sé... no sé quién es".

El doctor Shaw hizo un chasquido con la lengua y cruzó los brazos delante del pecho.

"Por supuesto que lo sois. Como tú eres Frank el conductor de autobús, Julia la puta yonqui y Vincent el vagabundo. También eres tu hermano. Y, por último, pero no menos importante, eres el Dr. George Mansfield. Eres todo eso".

"¿Qué... qué me hiciste? Me convertiste en una especie de bicho raro. ¡Un *monstruo* podrido y asqueroso!"

El doctor Shaw sacudió violentamente la cabeza.

"No, no, no, no un bicho raro. Eres un experimento médico. Verdad y testigo de que las personalidades divididas no son el resultado de algo en la mente, sino de un trasplante de órganos. ¿Crees que es una coincidencia que estés usando el brazo del Dr. Mansfield para sostener el bisturí? ¿Hmm?"

George echó un vistazo al brazo que sostenía la espada y su rostro se desencajó como si lo viera por primera vez.

"¿Qué me ha pasado?" susurró, la saliva goteando ahora de su boca y del agujero de su mejilla. "Creo... creo que me estoy volviendo loco... o tal vez esto es un sueño y la única manera de despertar es...".

La sonrisa de Andrew se desvaneció, mientras anticipaba lo que iba a ocurrir a continuación.

"¡No!", rugió y se dirigió hacia el hombre, que aún tenía a Justine sujeta con fuerza en el regazo. La mano que sostenía el bisturí se apartó de la garganta de Justine e inmediatamente se dirigió a la suya. George soltó a Justine y, con los ojos muy abiertos, ella se puso en pie.

"¡Fuera de mi camino!" gritó la Dra. Shaw mientras corría hacia él. Era tan gruesa que tuvo que esquivarla, y para entonces ya era demasiado tarde.

"Esto es sólo un sueño", susurró George, y luego le clavó el bisturí profundamente en el cuello, justo debajo de la oreja. Sus ojos se desorbitaron y Andrew se abalanzó sobre él. Agarró la mano del hombre, tratando desesperadamente de no permitir más daños. Por suerte, era la mano débil de George, la transplantada, y Andrew

consiguió apartarla del cuello del hombre. Arrojando la hoja al suelo, colocó ambas manos sobre la herida, que ya le había salpicado la cara y el cuello con sangre caliente.

Se volvió hacia Justine.

"¡Trae las gasas! Trae las gasas y los puntos", le gritó. Por un segundo, su cara pastosa se le quedó mirando. "¡Ahora! Coge las..."

Pero una mano se levantó de repente y le agarró la garganta, y esta vez no era la mano débil de George.

Era su fuerte.

Jadeando, Andrew se volvió hacia el hombre, mirándole fijamente a la cara llena de puntos. Sus ojos ardían, su odio era palpable.

En ese momento, se le plantearon dos opciones: apartar las manos de la herida del hombre y dejar que se desangrara y desgarrara la mano de George que le aplastaba el esófago, o mantenerlo como estaba y cumplir su sueño.

George nunca mataría. Esto tenía que ser algo más, alguien más.

¿Vincent tal vez? ¿O Julia? Julia se volvía mala cuando no tenía su dosis.

Cuando su visión empezó a estrecharse, una sonrisa se dibujó en el rostro del Dr. Andrew Shaw.

Hay alguien dentro de mí.

Capítulo 25

"**¿Has escuchado alguna vez** pensamientos que no eran tuyos? ¿Has pensado alguna vez que había alguien más dentro de tu cabeza?".

Robert hizo una mueca con los dientes apretados. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en la cuchilla que el Dr. Shaw acercaba cada vez más a su pantorrilla desnuda. El torniquete que tenía justo debajo de la rodilla le había anestesiado la mitad inferior de la pierna, pero la mera visión de aquel bisturí reluciente le aceleraba el corazón. Apenas oía las palabras que el médico le decía; estaba bloqueado tanto por el miedo como por intentar darle sentido a todo.

"Prometiste que dejarías marchar a mis amigos", consiguió susurrar. "Haz lo que quieras conmigo, pero tienes que dejarlos ir. No merecen morir aquí".

El Dr. Shaw soltó una risita.

"Prepara la gasa, Justine". Luego, a Robert, le dijo: "Ves, ése es el problema con la gente como tú: no sabéis lo que significa realmente dejar ir para ser realmente libres. Ver el..."

De repente, una mirada lejana recorrió los ojos del Dr. Shaw y su bisturí quedó suspendido en el aire. Robert reconoció al instante la expresión.

"-¿La médula?", dijo en voz baja, terminando la frase del médico por él.

La expresión de felicidad del Dr. Shaw se transformó en una expresión de asombro antes de transformarse en una sonrisa.

"Oh, eres un entendido, ¿verdad? Me avisaron de ti... la Cabra me avisó de ti".

Robert tragó saliva. Las múltiples menciones a la Cabra la estaban haciendo de algún modo más real. Cuando James Harlop había amenazado por primera vez con que se acercaba, pensó que no eran más que las divagaciones de un loco a punto de morir por segunda vez.

Pero ahora...

¿Qué demonios es la Cabra?

Sin embargo, por alguna razón, Robert sabía que tenía algo que ver con la grieta en el cielo... la abertura y los gritos que resonaban en la Médula.

"¿Qué es... la *Cabra*?", susurró.

El Dr. Shaw sacudió la cabeza y su expresión se endureció. Estaba claro que él también tenía miedo de la Cabra.

"Sujétalo, Justine."

Las manos de la mujer apretaron su cabeza, inmovilizándola.

Aunque tenía los brazos y los pies atados, estaba claro que no querían arriesgarse a que mordiera a ninguno de los dos. Las manos de Justine estaban frías y húmedas sobre su piel, pero no se sentían como las de James Harlop.

Estaba viva, estaba seguro. En cuanto al Dr. Shaw, sin embargo...

"Mis amigos", susurró Robert.

El Dr. Shaw bajó la cuchilla hasta que quedó a un palmo de su pantorrilla.

"Te he hecho una pregunta, Robert Watts."

Robert, con los dientes todavía apretados y la frente empapada de sudor bajo las manos de Justine, no recordaba qué le había preguntado exactamente aquel hombre. No dejaba de mirar hacia la puerta, esperando que la cara de Cal llenara la ventana, o la de Shelly.

La guapa Shelly de boca sucia que le había salvado cuando estaba seguro de que Patricia Harlop le iba a poner las manos encima.

Pero allí no había nadie, nadie iba a rescatarlo esta vez. Sólo había oscuridad.

Si quería salir de allí con vida, iba a tener que ayudarse a sí mismo.

"¿Te he preguntado si alguna vez has sentido que hay alguien más dentro de tu cabeza? ¿Diciéndote qué pensar? ¿Qué decir?"

Robert pensó un momento en ello, en que no se había comportado como él mismo. Se había enojado rápidamente, como Cal había señalado. Y toda la situación con Jacky... no era propia de él.

Pero incluso cuando había estado bajo las garras de la Hacienda Harlop y de la familia Harlop, había sido él quien había realizado esas acciones.

El Dr. Shaw se impacientó y no esperó respuesta.

"Pues yo sí, Robert. Desde que tengo memoria, hay otra persona en mi cabeza. Y no puedo sacarlo, porque también está" -con la mano que no sujetaba el bisturí, el Dr. Shaw se bajó la parte delantera de la camisa, dejando al descubierto la parte superior de una gruesa cicatriz rosada- "aquí dentro".

Y con eso, el médico bajó el bisturí hasta la parte posterior de la pantorrilla de Robert. Sintió un dolor punzante, pero con las manos que le apretaban la frente, no podía ver exactamente lo que ocurría.

Pero lo sintió.

Un grito burbujeó en su garganta y luego resonó en la pequeña habitación, amenazando con ensordecerlos a todos. Robert intentó retorcerse, intentó cualquier cosa para liberarse, pero las manos de Justine y las correas de cuero eran demasiado fuertes.

Un líquido caliente le empapó la pierna y supo que el hombre estaba en proceso de quitarle la pantorrilla.

"¡Por favor!", gritó entre lágrimas. "¡Por favor, Dios mío, déjame salir de aquí!"

El Dr. Shaw no respondió; siguió concentrado en su tarea.

Robert apretó los ojos con fuerza, mordiéndose el interior del labio con tanta fuerza que le supo a sangre. La oscuridad amenazaba con invadirlo, pero se obligó a apartarla.

Shelly y Cal estaban aquí, en alguna parte, y él tenía que salvarlos.

Tenía que encontrar una salida.

Robert se obligó a hiperventilar, intentándolo todo para mantenerse consciente mientras el Dr. Shaw realizaba la infernal operación que fuera que estaba haciendo allí abajo.

El tiempo pasaba, el tiempo se alargaba, como había pasado en la finca Harlop. Robert, desorientado, no sabía si había pasado una hora o diez minutos.

Finalmente, sin embargo, sintió que la parte posterior de la pierna se liberaba de la presión, como si se hubiera quitado una pesada carga de encima. A continuación, sintió una increíble tirantez que se extendía por toda la espinilla.

Me está cosiendo ahora. Ya casi es la hora.

La bonita cara de Shelly, con sus labios rojos en un mohín, acercándose para besarla, pasó por su mente.

Esto no puede ser. No lo permitiré.

Un plan trillado comenzó a formarse en su mente. Un plan tan peligroso como estúpido.

Y loco; probablemente era un poco loco.

Pero con las correas de cuero y las gruesas manos de Justine sobre su cabeza, no se le ocurría ninguna forma de salir de aquí... al menos no en el mundo físico.

Pasó más tiempo y, finalmente, Justine le soltó la cabeza y empezó a juguetear con una jeringuilla.

"Siento el dolor, Robert. De verdad, lo siento. Pero no quedan muchas drogas, y a veces..." Dejó escapar la frase.

Los párpados de Robert empezaron a agitarse y, como era de esperar, el doctor Shaw se acercó a él. Llevaba algo en la mano, algo que parecía una paleta de cerdo, directamente de la carnicería. Sólo que era más pequeño y muy familiar.

Robert apartó la cabeza de la espantosa visión.

"Robert", dijo el Dr. Shaw, acercándose aún más. "Necesito que veas esto. Deberías estar orgulloso; vas a formar parte de algo..."

Robert esperó hasta que el hombre estuvo tan cerca que pudo oler el sudor que emanaba de debajo de su bata de laboratorio. Y entonces se volvió rápidamente, con los ojos desorbitados hacia delante.

Aunque tenía las muñecas atadas, aún podía mover bastante las manos. Robert estiró los dedos todo lo que le permitía la correa y luego sujetó con la mano la muñeca del Dr. Shaw.

Los ojos del hombre se abrieron de inmediato y empezaron a

ennegrecerse. Intentó zafarse, pero Robert lo tenía agarrado como si fuera de hierro.

"¡Justine! Justine!", gritó el médico, pero era demasiado tarde. Su mirada bajó hasta Robert. "¿Qué has hecho?"

Robert lo agarró con fuerza y, mientras miraba fijamente a los ojos negros del hombre, empezó a ver pequeñas manchas blancas.

Pequeñas olas blancas.

Voy a volver…

PARTE III - Una imagen de Amy

Capítulo 26

"**¿Qué crees que** le están haciendo?" preguntó Cal en voz baja. Hubo una larga pausa y, por un segundo, pensó que tal vez Shelly se había quedado dormida. Extendió la mano hacia ella en la oscuridad. Le rozó el pelo y la apartó instintivamente.

"¿Eres tú?", preguntó.

"Sí, sólo comprobaba que seguías despierto. Te pregunté si sabías lo que le estaban haciendo".

Shelly suspiró, con expresión de dolor.

"Joder si lo sé".

Cal sintió que se le saltaban las lágrimas, pero las apartó.

Esa *cosa, esa* abominación, los había llevado a su propia celda y les había ordenado que entraran. No habían tenido más remedio que abandonar sus linternas, ya que era todo lo que podían hacer para evitar ser tocados por la criatura putrefacta que Justine llamaba George, de todas las cosas.

El nombre, aunque inadecuado, me resultaba extrañamente familiar.

Después, el monstruo los había dejado solos en la oscuridad. Para esperar... Cal ni siquiera podía imaginar a qué.

"¿Tienes tu móvil?"

"No. Creo que se me cayó".

Cal se mordió el labio y esperó. Tenía la ligera sospecha de que Shelly se había rendido, de que iba a darse la vuelta y morir. Sus respuestas eran cortas, abreviadas, seguidas inmediatamente de fuertes exhalaciones.

Le recordó, extrañamente, a cuando su amigo Mike había muerto.

Cal no deseaba otra cosa que tener alguna fuente de luz para poder mirarla a los ojos. Para ver lo que había allí... en *lo más profundo*.

Tragó saliva y apartó los pensamientos morbosos.

Shelly era su amiga, y recuperar ese sentimiento de hace tantos años no valía el precio que tendría que pagar... ¿o sí?

"¿Recuerdas el nombre del doctor? ¿El que fue, uhh, asesinado?"

"Mansfield o algo así".

"¿Su nombre de pila? ¿Era George?"

Hubo otra pausa y Cal esperó pacientemente. Aparte de sus respiraciones, el resto de la habitación estaba afortunadamente en silencio. Si no oían nada durante unos minutos más, Cal se había convencido de que buscaría en la oscuridad con las manos, tratando de encontrar alguna salida. O algo que pudiera servirles *para* salir.

Incluso con cosas como George merodeando por el Séptimo Distrito.

"Sí", dijo Shelly al fin. "Creo que fue... no crees... espera, crees que esa *cosa* es..."

"No lo sé", admitió Cal encogiéndose de hombros. "Pero viste su cara... era... joder, no sé, eran varias personas unidas".

Sólo pensar en la visión de las horribles suturas que cruzaban las mejillas y la boca del hombre era suficiente para provocar un estremecimiento involuntario.

"Tal vez... ¿pero qué importa, Cal? Estamos atrapados aquí, mientras torturan a Robert. Mientras estamos aquí sentados en la oscuridad esperando a morir... a que nos lleven a la Médula. Para pudrirnos por la eternidad".

¿"Morir"? No voy a morir, Shelly. Voy a enviar a esta abominación a..."

"Os dije que os lo tomarais en serio, os lo dije, *joder*", intervino Shelly.

Cal alargó la mano con la intención de abrazarla, pero falló y acabó golpeándola en el hombro. Para su sorpresa, ella se inclinó hacia él. Olía a sudor, pero a Cal no le importó. La abrazó con fuerza durante un momento, disfrutando del contacto humano. La espalda de ella se encogió un poco, pero luego pareció ponerse rígida y se separó de él.

"Tienes razón, Cal. No me voy a rendir. A la mierda."

Cal sonrió en la oscuridad.

"Vamos a buscar a Robert, entonces", dijo.

"Joder, se me había olvidado por completo", dijo Shelly emocionada. Su cambio de actitud fue tan repentino que Cal sintió que la cara se le enrojecía de calor.

¿Fue abrazarme lo que hizo eso? ¿Fue eso?

"¿Qué? ¿Qué es?"

Oyó que rebuscaban, luego que abrían una cremallera, pero Shelly seguía sin contestar.

"¿Qué?", volvió a preguntar, con el pulso acelerado.

Entonces oyó algo más: un extraño chasquido que no reconoció.

"Shelly, ¿qué estás...?"

Pero sus palabras se interrumpieron cuando la celda se inundó de repente de una luz brillante. Instintivamente, Cal levantó un antebrazo para protegerse la cara y se acobardó ante el fuego.

Parpadeando rápidamente, sus ojos se ajustaron lo suficiente como para distinguir la cara sonriente de Shelly.

"Me había olvidado del soplete", dijo, con una sonrisa creciente. "Explosionemos nuestro..."

"Espera", interrumpió Cal, "se llevaron nuestra linterna y la palanca, ¿pero no se llevaron tu mochila?".

"Malditos genios no son", contestó Shelly, aún sonriendo. "Probablemente ni siquiera..."

Pero una vocecita detrás de ellos borró la expresión al instante.

"¿Lo has visto?", preguntó la voz.

Shelly giró el soplete tan deprisa que hizo estelas en la visión de Cal.

Aunque el soplete era increíblemente brillante, no se extendía bien, y aunque pudieron distinguir una anticuada cama de madera cubierta con una sábana a unos metros de ellos, no pudieron ver quién había hablado.

Entonces la voz volvió a hablar y Cal se quedó helado.

"¿Has visto mi oreja?"

Shelly volvió a mover el soplete hacia la voz del hombre, inclinándose vacilante hacia delante. Un hombre salió de entre las sombras y a Cal se le quedó un grito en la garganta.

Capítulo 27

Olas... surfeando suavemente...

Los ojos de Robert Watts se abrieron lentamente, y se encontró de nuevo en el lugar al que tan desesperadamente había deseado volver.

Esta vez no era un mero observador, como cuando James Harlop lo había atrapado en el sótano de la finca Harlop. Ahora, después de rodear con sus dedos el brazo del Dr. Andrew Shaw, estaba realmente *aquí*.

Robert estaba de pie con los pies hundiéndose lentamente en la cálida y suave arena. Se miró los dedos de los pies y luego los levantó todos a la vez, deleitándose con lo increíble que se sentía la arena al derramarse entre y sobre la parte superior de su pie. Sentía como si bolas de terciopelo en miniatura cayeran en cascada sobre su piel.

Un suspiro escapó de su boca, un sonido que parecía tener viscosidad, derramándose desde el orificio abierto y moviéndose lentamente por el aire. Levantó la mirada y observó cómo el sonido se alejaba de él, pero finalmente se desvaneció, dejándole mirando el increíble oleaje. Las olas, suaves pero poderosas, golpeaban la orilla de color café con leche a dos metros de donde él estaba.

Debería haber sentido miedo; basándose en todo lo que había leído, en todo lo que Shelly le había contado, debería haber sentido mucho miedo, incluso terror, ante la perspectiva de no volver nunca a casa. Pero sólo sintió una emoción omnipresente: satisfacción pura y dura. Era como si alguien hubiera guiado sin dolor un catéter hasta su corazón y lo hubiera llenado de amor.

Las olas le hipnotizaban, y se quedó mirándolas mientras rompían en la orilla, todas aparentemente idénticas. Observó si cambiaban, alguna sutil diferencia basada en corrientes de aire o agua invisibles, o en el movimiento de los peces o la vegetación que se ocultaban justo fuera de la vista bajo las aguas azules cristalinas. Era imposible, lo sabía; las olas tenían que ser diferentes. Pero no importaba cuánto tiempo las observara -que podían ser desde unos pocos segundos hasta horas-, todas eran idénticas, rompían exactamente al mismo tiempo, espumeaban exactamente a la misma distancia sobre la arena aterciopelada.

Por alguna razón, Robert se sintió obligado a moverse, y levantó el pie derecho de la arena, casi mareado por la sensación de los diminutos gránulos pegados a su piel desnuda. Una vez rota la tensión superficial, sus pies parecieron deslizarse, y en cuestión de segundos se encontró en la orilla. Se puso en cuclillas y extendió las manos, con la intención de ahuecar el Mar de Tuétano entre las suyas, para ver si podía romper la hipnótica simetría de todo aquello, pero antes de que

tocaran el agua, una voz le llamó y se quedó inmóvil.

Era una voz que no oía desde hacía unos meses, pero que conocía bien.

Era la voz de su difunta hija de nueve años, Amy.

¿"Papi"? ¿Eres tú, papá? Está oscuro aquí, papá". Su voz estaba tensa y totalmente fuera de lugar en este sagrado mar de serenidad. Robert retiró sus manos y su corazón comenzó a acelerarse. "¿Papi? Me prometiste que sería hermoso aquí, que sería..."

"¡Amy!", graznó, incapaz de controlarse. Sus ojos escudriñaron desesperadamente el oleaje, tratando de encontrar a Amy en alguna parte. Pero no vio nada diferente de lo que había visto hacía unos momentos. Las lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas. "¿Amy?", volvió a preguntar, ahora con voz más desesperada.

"Papá, por favor..."

Entonces ocurrió algo que ya había ocurrido antes.

Algo no iba bien en la Médula.

El cielo, lleno de nubes suaves y esponjosas y de una luz solar suave y cálida, parpadeó de repente. Y entonces un relámpago partió la atmósfera, su aparición sorprendió en lo que él consideraba el perfecto día de verano. Era como si el lugar estuviera alimentado por una iluminación incandescente barata, que parpadeaba encendiéndose y apagándose, volviéndose menos luminoso con cada parpadeo.

"¡Amy!", gritó, poniéndose en pie.

Pero antes de que pudiera terminar de pronunciar la palabra, el sol se apagó de repente. En su lugar, las nubes se convirtieron en llamas, un extraño caldero de fuego burbujeante justo encima de su cabeza. Robert, jadeante, trató de retroceder, pero no pudo: sus pies parecían estar atascados. Sus ojos se dirigieron hacia abajo y gritó.

La arena, hace unos momentos tan suave y acogedora, se había convertido en un espeso alquitrán negro que le atenazaba los pies y los tobillos. Incluso parecía moverse, no sólo burbujear y hervir, sino que le pareció ver *manos* en el barro. Cosas nudosas y horribles que se formaban y luego estallaban, algunas de ellas cerrando los puños, otras alcanzándole, estallando y desplomándose sólo unos centímetros antes de hacer contacto.

"¡Qué coño!", gritó, tratando de liberar sus pies. Con un tirón increíble, su pie derecho se soltó y dio un gran paso, pero antes de que lo volviera a apoyar en el suelo, una mano se formó, se levantó y le agarró el talón, tirando de él hacia el suelo embarrado.

"¡No!"

Un relámpago iluminó el cielo, una increíble ráfaga que atrajo su mirada hacia arriba. Las llamas seguían allí, pero ahora podía distinguir sus contornos.

Caras... está lleno de caras.

Mientras miraba horrorizado, los rostros aumentaban de tamaño y sus contornos llameantes enmascaraban su propia expresión: bocas abiertas, fosas nasales dilatadas, ojos saltones. Los rostros se desenfocaban, salían a la superficie y volvían a desaparecer. Robert, incapaz de creer lo que estaba viendo, parpadeó rápidamente, tratando de aclarar su visión. Pero cada vez que volvía a abrir los ojos, habría jurado que aparecían y desaparecían más y más caras, la nariz de una persona se convertía en el ojo de otra, la boca de una en la oreja de otra.

Hasta que pudo ver millones de esas expresiones torturadas extendiéndose por la infinita extensión del mar.

"Bienvenido, Robert", dijo de repente una voz grave y ronca detrás de él. "Te estaba esperando".

Con el sudor cayéndole por todo el cuerpo, Robert se dio la vuelta y arrancó los pies del barro. Las manos que lo sujetaban se soltaron inesperadamente, y él giró sobre sí mismo, cayendo en espiral sobre manos y rodillas.

Robert levantó lentamente la mirada, con la respiración entrecortada.

Había un hombre con una chaqueta vaquera desteñida a sólo unos metros de él. Llevaba un sombrero negro de ala ancha calado, que le hacía sombra en la cara, y estaba sentado en lo alto de un peñasco que reconoció de inmediato.

No necesitó ver las letras grabadas en la roca para saber que era la lápida de Patricia Beatrice Harlop.

"¿Quién... quién eres?" Robert susurró.

Capítulo 28

"No te acerques", le advirtió Shelly, agitando el soplete a un brazo de distancia. Cal se encogió detrás de ella, mirando por encima de su hombro izquierdo, con los ojos muy abiertos. "Si *te acercas más,* te prendo fuego, te lo juro".

Era difícil calibrar la reacción del hombre, en parte porque parecía confuso, pero sobre todo porque le faltaba la mitad izquierda de la cara.

"Yo... yo...", empezó el hombre, empezando a acercarse a ellos de nuevo.

Shelly extendió aún más el soplete.

"¡Alto!", gritó, y el avance del hombre cesó de inmediato. Durante casi un minuto, ninguno de ellos se movió. De hecho, era difícil saber si alguno de ellos siquiera respiraba; el único sonido en la habitación era el siseo del soplete.

Cal aprovechó la momentánea pausa para observar su entorno.

La habitación era pequeña, cuadrada, con las paredes cubiertas de pintura beige desconchada. Había una cama en el centro y lo que podría haber sido una ventana al fondo, ahora cubierta con un grueso trozo de madera contrachapada. Y luego estaba el hombre. Era joven, de unos treinta años, vestido con un chándal gris. Tenía el pelo corto y castaño y una barba bien recortada. Pero su cara era horrible, rivalizando incluso con la abominación que era George. Le habían extirpado completamente el lado izquierdo, dejando al descubierto una repugnante y reluciente red de tejido fibroso. Le faltaba el ojo de ese lado, en su lugar había un pozo negro dentro del cual solía estar alojado.

Cal sintió entonces un ataque de náuseas, pero luchó contra las ganas de vomitar, sabiendo que si se rompía el fino barniz de calma que envolvía aquella quididad, el soplete en la mano de Shelly, por muy amenazador que fuera con su llama blanquiazul, no los salvaría.

Así las cosas, tragó saliva con fuerza, un simple acto que pareció reanimar al hombre. El lado de su cara que aún tenía piel, el lado que aún era *humano*, cayó.

Cal pensó que tal vez fruncía el ceño, o hacía muecas, pero era imposible saberlo con certeza.

"Lo siento", dijo en voz baja, bajando el ojo bueno.

Cal sintió que Shelly se tensaba ante él y pensó que tal vez estaba perdiendo los nervios. Le apretó suavemente los costados, animándola en silencio.

"¿Quién eres?", tartamudeó.

El ojo volvió a alzarse y se dirigió a Shelly y Cal.

"Me llamo Danny Dekeyser", respondió simplemente.

"¿Qué haces aquí?"

El hombre se encogió de hombros y pareció que iba a adelantarse de nuevo, pero Shelly empujó la antorcha y se detuvo.

"Estaba limpiando... estaba limpiando y entonces..." Su voz se entrecorta. Su mano se dirigió lentamente a su cara, palpando suavemente la piel que le faltaba, la cuenca vacía. "Entonces me agarró".

Cal se estremeció.

No necesitaba explicaciones sobre lo *que* era.

George.

El soplete parpadeó de repente y Shelly lanzó un grito ahogado. Levantó la mano y jugueteó con el botón del gas, que afortunadamente volvió a rugir antes de apagarse.

Cal sabía que se estaba acabando el tiempo. No estaba seguro de cuánta gasolina o propano, o lo que coño fuera, le quedaba a la antorcha, pero no podía imaginar que mucha.

Y aún tenían que usarla para arrancar las bisagras de la puerta, para salir de aquí, para agarrar a Robert y llevarse al carajo tan lejos del Hospital de Pinedale -el Séptimo Pabellón- como se lo permitieran sus piernas regordetas.

Decidió tomar cartas en el asunto.

"¿Qué quieres?", preguntó, intentando, pero sin conseguirlo, sonar firme.

Esto pareció confundir a Danny por un momento, y se quedó allí de pie, con el labio inferior tembloroso.

"Sólo quiero irme a casa", dijo al fin, y Cal sintió una repentina punzada de tristeza por el joven. Al instante recordó a Patricia Harlop, que había sido tan delgada que, como este hombre, sus pómulos parecían carecer de piel. Y lo confundida que había estado, atrapada en este lado cuando era tan evidente que pertenecía al otro.

Que pertenecía a la Médula.

Cal no sabía qué decir a continuación. Evidentemente, Shelly tampoco, pues también permaneció callada.

Después de un momento, Danny repitió la frase, sólo que esta vez su voz tenía una cualidad desesperada que no había estado allí antes.

"A casa... Sólo quiero ir a casa".

Shelly se aclaró la garganta.

"Podemos ayudarte", susurró. "Podemos ayudarte, pero primero tenemos que salir de esta habitación, fuera de la Séptima Sala".

La sola mención del "Séptimo Distrito" pareció hacer retroceder al hombre.

Cal recordó la horrible visión y el olor de la criatura a la que Justine había llamado George, y ahora le tocó a él estremecerse.

"¿Puedes ayudarme a volver a casa?", preguntó en voz tan baja que Cal tuvo que esforzarse para oírle por encima del ruido del soplete.

Shelly asintió.

"Sí, podemos ayudarte, pero primero tenemos que salir de aquí".

El hombre volvió a levantar la vista.

"¿Puedes ayudarnos a todos?"

Un escalofrío recorrió la espalda de Cal.

¿Todos?

Como si fuera una señal, las sombras a ambos lados de Danny Dekeyser empezaron a brillar y a moverse. Un segundo después, otros empezaron a avanzar, todos ellos con los ojos bajos.

Esta vez, Cal consiguió ahogar su grito, pero las manos que agarraban los costados de Shelly apretaron con tanta fuerza que ella jadeó.

Capítulo 29

"**Me sorprende que no** me reconozcas, Robert Watts", dijo el hombre del sombrero negro, con una pizca de sarcasmo en la lengua.

Robert se quedó mirando.

El hombre levantó la mano lentamente y, por un momento, Robert pensó que iba a tirar del sombrero hacia atrás para mostrarle la cara. Entonces el hombre soltó una risita, un sonido horrible y chirriante que sólo empeoró sus náuseas.

A Robert se le revolvieron las tripas.

En lugar de levantárselo, el hombre se bajó aún más el sombrero, y la sombra que antes había dejado ver su barbilla ahora cubría también los botones superiores de su chaqueta vaquera.

"A lo largo de los años me han llamado muchas cosas, Robert. Ahora me llaman Leland, Leland Black, pero algunos insisten en llamarme la Cabra".

El hombre esperó y Robert sintió que le recorría un escalofrío.

Viene la Cabra...

Y entonces recordó su discusión con la entidad online conocida como LBlack.

El corazón le dio un vuelco.

¿Cómo no me di cuenta de la conexión antes? ¿Este... hombre... me ha estado acosando? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

Estas y otras preguntas bullían en el cerebro de Robert.

"¿Qué quieres de mí?", graznó, intentando aún, y sin conseguirlo, asimilar todo aquello.

De nuevo, el hombre rió entre dientes.

"Viniste a mí, ¿recuerdas? ¿Qué quieres?"

Robert se lo pensó un segundo.

Respuestas... Quiero respuestas.

"Mi hija-Amy-oí su voz..."

"Ah, sí, ¿nueve años? ¿Pelo rubio? ¿Así de grande?"

Robert tragó saliva.

"Si le haces daño..."

Leland volvió a reír.

"Ella no está aquí, Robert-no ahora, al menos. Y además, nunca haría daño a la familia. Pero hay alguien más aquí... alguien que no está contento de que te lo llevaras del otro mundo".

El hombre esperó expectante, y entonces una imagen de James Harlop apareció en la mente de Robert. Sacudió la cabeza, tratando de aclarar la imagen repentinamente vívida del hombre, con el agujero abierto y rasgado bajo la barbilla.

Otra voz rompió de repente los gritos y gemidos omnipresentes.

"¡Aún no he terminado contigo!", gritó la voz de James.
"Así que, Robert", continuó Leland, "creo que te conviene decirme por qué estás aquí...".
Como antes, de repente me vino a la mente una imagen. La imagen de Sean Sommers, con su traje negro y su chaquetón azul marino.
Si Robert hubiera podido ver entonces la cara del hombre de la chaqueta vaquera, no le habría sorprendido que estuviera sonriendo.
"Ah, debería haberlo sabido... debería haber sabido que esto era una intromisión de Sean".
La expresión de Robert se convirtió en una máscara de confusión. Estaba seguro de que no había dicho nada en voz alta.
El tiempo se ralentizó cuando los hombros del hombre parecieron desplomarse sobre su enjuto cuerpo.
"La pregunta es, ¿qué quiere Sean contigo? No puede ser sólo para enviar psicópatas como James Harlop aquí, ¿verdad? Le concederé esto, fue valiente al enviarte a *ti* de todas las personas a este lugar".
Robert se puso en pie y se limpió el barro de las manos en los muslos desnudos.
"Podemos preguntarle juntos, tal vez".
"¿Está... está aquí?"
Leland se rió.
"No, ahora no. Pero lo estará. Al final, todo el mundo cruza la Médula, Robert". El hombre hizo una pausa, luego continuó, su voz más seria ahora. "¿Qué sabes de Sean, Robert? ¿Qué? Me miras con tanta repugnancia, con tanto desdén, que me pregunto si lo miras a él de la misma manera. ¿Qué sabes realmente de él? ¿Qué sabes *realmente* de él?"
La respuesta era obvia.
No sabía nada de Sean Sommers.
"Bien, entonces. Esperaremos. Después de todo, tengo todo el tiempo del mundo. Tú, por otro lado..."
De repente, Robert sintió un dolor agudo en la parte posterior de la pierna izquierda y miró hacia abajo.
"Oh Dios", murmuró.
Su pantorrilla izquierda estaba casi completamente destrozada, y la sangre manaba de la herida, empapando la parte posterior de su pierna. Donde goteaba al suelo, la superficie fangosa parecía espumar con excitación. El impacto de la sangre le hizo tambalearse y cayó de culo.
¿Qué es este lugar?
Robert volvió a levantar la vista y se sorprendió de que Leland estuviera encima de él. Intentó zafarse, pero las manos embarradas volvían a sujetarle.
Leland se inclinó lentamente, con el sombrero todavía bajo. Y

entonces extendió la mano, y Robert hizo todo lo posible por retroceder.

No sirvió de nada; parecía clavado en su sitio, cada uno de sus músculos agarrotados como por el tétanos.

La mano del hombre se estiró y luego se agarró la pantorrilla herida.

El dolor le recorrió todo el cuerpo y, de repente, no sólo el cielo estaba envuelto en llamas, sino también él.

"Vamos a esperar, Robert. Esperar a que..."

Pero entonces ocurrió algo.

El cielo volvió a iluminarse con relámpagos y Leland levantó la cabeza, mostrando por primera vez su rostro.

gritó Robert. Incluso cuando la silueta de Leland Black empezó a brillar y a desvanecerse, el cielo se iluminó y el fuego se extinguió, él gritó.

"¡No! ¡No*! ¡No!*" Leland rugió.

Robert Watts seguía gritando, incluso mientras su cuerpo era devuelto lentamente a la tierra de los vivos.

Capítulo 30

Cal contó seis quiddity, pero por la forma en que entraban y salían de las sombras, podría haber sido fácilmente el doble.

Allí estaba Danny, otro joven de su edad al que le faltaba parte del pecho, una mujer delgada que llevaba una camisa tan ajustada que podía distinguir cada curva de su amplio y único pecho y las marcas que salpicaban el interior de sus brazos como docenas de picaduras de abeja. También estaba la anciana desnuda, la que de vez en cuando soltaba una carcajada. También había un negro bajito al que le faltaba un brazo, y una montaña de hombre, uno que se parecía a George, pero al mismo tiempo no; estaba más *entero*. Aun así, tenía que sostenerse por la pierna que le faltaba.

Cada uno de ellos un alma torturada atrapada entre mundos.

"Lo haremos... os ayudaremos a todos a volver a casa", dijo Cal dubitativo.

Danny se volvió hacia los que le rodeaban. Hubo una especie de intercambio silencioso y Cal tuvo la ligera sospecha de que su destino dependía de lo que se dijera... o no se dijera.

"¿Y bien?" preguntó Shelly con impaciencia. "¿Tenemos un trato o no? Ustedes quédense ahí, déjenme derribar esta puerta, luego volveremos por ustedes".

Danny asintió.

"Sólo... sólo queremos..."

"Sí, lo entendemos. Sólo quieres irte a casa. Joder, no lo hacemos todos."

Cal hizo una mueca ante la brusquedad de Shelly. Aun así, ¿qué importaba eso ahora? Si aquellos quiddity querían atacarlos, pegarse a ellos, tocarlos, mangonearlos, hacer lo que les diera la puta gana, un soplete de mano no iba a salvarlos.

"Bien", dijo Shelly de repente. "Ahora voy a dar la vuelta y empezar a trabajar en esta puerta, y Cal aquí va a mantener su ojo en ustedes. Cualquiera de ustedes muévase hacia la puerta, y..."

De nuevo, Cal se mostró incrédulo.

"Umm, Shelly, ni siquiera..." iba a decir, antes de que Shelly le clavara el codo en el costado. Gruñó y, por una vez, dio gracias por la rueda de repuesto que cubría prácticamente todo su cuerpo.

Luego se dio la vuelta rápidamente, girando con temerario abandono. Cal tuvo que inclinarse hacia atrás para evitar quemarse con la antorcha.

Shelly se puso manos a la obra con la confianza de un mecánico experto, acercando la llama caliente a la bisagra superior de la gruesa puerta metálica.

Al principio, Cal se limitó a mirar la oscuridad que había tras ellos, la que sabía que albergaba la quididad de al menos seis personas. Pero aquello era increíblemente desconcertante, y sintió que empezaba a derrumbarse. Aunque la habitación estaba casi completamente a oscuras, se convenció de que podía ver algunas sombras moviéndose, avanzando y retrocediendo.

¿Qué iba a hacer? Incluso si de repente se le echaban encima, si realmente podía verlos, ¿qué iba a hacer al respecto?

Shelly había tenido razón; no sabían nada de esa gente; no tenían ningún libro ni máscara de gas ni atizador de chimenea a los que atarlos.

Estaban realmente indefensos.

En lugar de volverse loco con cosas que escapaban a su control, se volvió hacia Shelly. Ella se había ocupado rápidamente de la primera bisagra y ahora estaba con la segunda. A pesar de su aspecto robusto, por lo visto los arquitectos del Séptimo Pabellón no habían pensado en pacientes psiquiátricos con herramientas en llamas.

La luz era tan brillante y contrastaba tanto con el espacio que había detrás de ellos que Cal tuvo que apartar la mirada cuando la llama lamió la bisagra metálica. Le asombraba el hecho de que Shelly fuera capaz siquiera de estar tan cerca como lo estaba, viendo cómo las chispas salpicaban al menos un palmo desde el punto de contacto.

Parecía que había muchas cosas que no sabía sobre su sexy compadre cazafantasmas.

Apartó un momento la llama de la puerta.

"Cal, pon las dos manos en la puerta", le ordenó, y Cal obedeció de inmediato.

La puerta estaba fría al tacto, y fue claramente consciente de que se presentaba ante el quiddity que tenía detrás. Se sintió como si estuviera siendo admitido en una prisión sobrenatural.

"¿Y ahora qué?"

Shelly apagó de pronto el soplete y, tras desvanecerse el trazo de sus ojos, volvieron a quedar inmersos en la oscuridad.

"Suéltame", susurró.

"¿Dejar ir?"

"Suéltame", repitió Shelly.

"Joder-suéltame, ¿y luego qué?"

"Entonces corremos, Cal. Corre tan rápido como puedas."

Capítulo 31

Los ojos de Robert se abrieron de golpe y se le salieron de la cabeza, con un grito atascado en la garganta. Todavía podía oler su propia carne quemada donde Leland lo había agarrado.

¿Qué ha pasado? ¿Cómo he vuelto?

Miró rápidamente a su alrededor y se dio cuenta de que Justine y el Dr. Shaw habían abandonado la habitación, dejándole casi a oscuras. Estiró el cuello, intentando sentarse, pero la cabeza se le volvió a caer.

Las correas de sus muñecas y tobillos seguían fuertemente atadas.

Robert cerró los ojos y trató de entender lo que había pasado, pero lo único que veía eran las caras en el cielo ardiente, caras que acabaron transformándose en una que reconoció: La de Amy.

Ayúdame, papi, prometiste...

Las lágrimas corrieron por sus mejillas y empezó a sollozar.

¿Cómo pasé de mudarme a un nuevo hogar con Wendy y Amy a estar aquí? ¿A estar atado a una camilla en la séptima sala de un hospital abandonado, yendo y viniendo entre los vivos y los muertos?

Pero lo sabía; sabía cómo había llegado hasta aquí.

Fue obra de Sean Sommers.

Las palabras de Leland resonaron de repente en su cabeza: *¿Cuánto sabes realmente sobre él? ¿Sobre Sean?*

Robert oyó un arañazo y abrió los ojos de golpe.

Había alguien justo a su lado jugueteando con la correa de cuero de su muñeca derecha.

"¿Qué coño?" susurró Robert, intentando de nuevo apartarse.

El hombre le miró con ojos tristes y apenados. Era más o menos de la estatura de Robert, quizá un poco más alto, y de complexión media. Tenía la cara angulosa y unas gafas apoyadas en el pecho de su bata blanca de laboratorio.

"¿Qué me estás haciendo?" Robert susurró.

"Lo siento, pero estabas temblando y yo... y yo..." Dejó escapar la frase.

"¿Tu qué? ¿Trabajas con el doctor Shaw?". Bajó la voz y miró fijamente al hombre. "¿Has venido a por más de mi... de mi *cuerpo*?".

Hubo una pausa en la que el hombre pareció reflexionar. Luego se levantó las gafas y se las puso en el puente de la nariz. Parecía mayor, de unos cincuenta años.

"Estabas entrando en shock -un ataque- así que hice lo único que podía. Te toqué".

Robert abrió la boca para decir algo, pero luego dudó. Entornó los ojos hacia el médico, pensativo.

"¿Es usted... es usted el Dr. George Mansfield?"

El médico suspiró.

"Sí".

Y entonces cayó en la cuenta. El médico -el que había sido desmembrado, pero que ahora estaba misteriosamente entero- había tocado su cuerpo aquí, en el mundo real, y fue su tacto lo que debió de traerlo de vuelta de la Médula.

Robert tragó saliva y se sintió culpable por la vehemencia de sus comentarios anteriores. Aquel hombre le había ayudado.

Lo salvó.

Sin embargo, no estaba claro lo que significaba para el Dr. Mansfield, pero Robert pensó que las acciones de aquel hombre no quedarían sin castigo.

"Gracias", susurró. El hombre emitió un gruñido de afirmación y, entonces, el broche de la muñeca tintineó y la correa se soltó. Robert apartó inmediatamente el brazo del hombre, con cuidado de no tocarlo, y se puso a trabajar en la otra correa.

Cuando soltó ambas correas, se frotó las muñecas alternativamente. Tenía gruesas marcas rojas en cada una y un dolor sordo en los huesos. El Dr. Mansfield no había mentido al decir que tenía convulsiones; su cuerpo debía de haber estado dando fuertes sacudidas para generar un dolor tan profundo.

Con la parte superior del cuerpo ya libre, se incorporó, gritando por el dolor que le subió por la pantorrilla derecha.

Tras varias respiraciones profundas con los dientes apretados, Robert se tranquilizó por fin.

"¿Por qué?", preguntó al doctor Mansfield, que se había apartado respetuosamente de la camilla.

El hombre se encogió de hombros.

"Hice un juramento, un juramento para salvar vidas, Robert". El hombre se miró las manos y las comisuras de los labios se torcieron hacia abajo. "No importa la forma que adopte".

Robert miró al hombre con curiosidad. A diferencia de los miembros de la familia Harlop, el doctor Mansfield parecía ser plenamente consciente de su situación.

Del hecho de que, efectivamente, estaba muerto.

Un fuerte estruendo procedente de algún lugar fuera de su habitación atrajo de repente su mirada del médico a la ventana que daba al pasillo. Había un tenue resplandor de luz procedente de algún lugar fuera de su vista, y Robert volvió de golpe a la realidad.

Cal y Shelly estaban por aquí.

"Tengo que salir de aquí", murmuró.

Se agachó rápidamente y empezó a desabrocharse la correa del tobillo izquierdo. Luego se movió hacia el derecho, pero sus ojos se clavaron en la pantorrilla y se quedó inmóvil.

Le faltaba un enorme trozo de piel y músculo, pero eso no era lo más inquietante. Había tres manchas oscuras y quemadas que se extendían casi por toda la parte inferior de su pierna, ahora mucho más delgada. Y terminaban en puntas afiladas.

La huella de la mano de Leland... donde me tocó.

Robert intentó recordar la cara de aquel hombre que había vislumbrado cuando el hombre había vuelto la mirada hacia arriba, pero no pudo. Su mente había erigido un bloqueo mental, protegiéndole del horror. Sin embargo, el mero hecho de pensar en ello hacía que todo su ser se llenara de ansiedad y repugnancia.

Robert se sacudió estos sentimientos y terminó de desatarse. Con una mueca de dolor, consiguió bajar de la camilla. Le dolía toda la pierna derecha, pero al menos agradeció que Leland hubiera cauterizado la herida y detenido la hemorragia.

Eso era algo, al menos.

Cojeando, consiguió avanzar arrastrando los pies. Encontró su ropa hecha un ovillo en el suelo y se la puso rápidamente, su mano fue inmediatamente al bolsillo delantero derecho. Sus dedos comenzaron a masajear la fotografía de Amy.

Luego miró a su alrededor. Cuando sus ojos se posaron en la luz LED roja que había junto a la puerta, se le encogió el corazón.

"Creo que puedo ayudarle", dijo de pronto el doctor Mansfield, y Robert se volvió hacia él inquisitivo. El hombre sostenía una tarjeta de acceso ante la escasa luz y Robert no pudo evitar sonreír.

Se lo tendió y Robert lo cogió con cuidado, asegurándose de no hacer contacto. Luego se acercó a la puerta y lo presionó contra el lector. Sonó un pitido y se puso verde.

"Muy bien, vamos a buscar a Cal y a Shelly... y al doctor Shaw", se dijo, antes de abrir la puerta de par en par y salir al pasillo.

Capítulo 32

El ruido de la puerta al caer hacia dentro fue increíblemente fuerte. Cal se encogió de hombros, pero enseguida saltó por encima y salió al pasillo, agradecido por estar fuera de la habitación llena de fantasmas, aunque fueran los buenos.

Sí, fantasmas buenos... ¿en qué demonios se está convirtiendo el mundo?

Shelly le siguió rápidamente hasta la salida, y entonces no pudo evitar volverse hacia la habitación de la que acababan de escapar. Sin la puerta, algo de luz ambiental *-¿de dónde viene la luz? ¿Hay una ventana en alguna parte? ¿No estamos bajo tierra? -y,* entrecerrando los ojos, enfocó la silueta de Danny. El hombre dio un pequeño paso adelante, y otras figuras a sus lados, la otra quiddity, dieron un paso adelante también. Por un instante, Cal pensó que iban a seguir avanzando, a incumplir su acuerdo y a estrellarse contra el pasillo con ellos. Pero se detuvieron y Cal creyó ver que Danny movía los labios y pronunciaba la palabra *"Hogar*".

Cal asintió y se volvió hacia Shelly cuando el quiddity retrocedió a las sombras de donde había salido.

Tenía los ojos muy abiertos y el pelo rubio se le pegaba en tiras sudorosas a la frente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su valentía, su coraje, habían desaparecido, de que lo que había ocurrido en la habitación se lo había arrebatado.

Ahora dependía de él.

Pero en casa...

Como si leyera sus pensamientos, Shelly dijo: "¿A casa? ¿Cómo podemos enviarlos a todos a casa?".

Cal la cogió y tiró de ella.

"Shh", dijo, sus ojos volviendo a la habitación ahora oscura.

Shelly lo apartó de un empujón, volvió a guardar el soplete en la mochila y cerró la cremallera, tras comprobar primero que el extremo se había enfriado lo suficiente como para no correr el riesgo de derretir la bolsa. Cuando terminó, volvió a mirarlo, pero esta vez habló con voz más suave.

"¿Cómo, Cal?"

Cal se mordió el labio mientras pensaba en ello.

¿Sí, Cal? ¿Cómo podemos encontrar un objeto que signifique algo para seis o siete almas torturadas? ¿Almas que no hemos conocido antes? Ni siquiera sabemos sus nombres...

"Pensaremos en algo. Pero por ahora, busquemos a Robert. Tal vez él sepa qué hacer".

Shelly se echó la bolsa al hombro y se levantó.

"¿Y Frankenstein? ¿Qué pasa con él y su maldito monstruo? No he oído..."

De repente, un bramido recorrió el pasillo, resonando arriba y abajo durante tanto tiempo que Cal pensó que continuaría para siempre. Al final, sin embargo, el sonido se desvaneció y él se quedó de nuevo en la oscuridad, mirando a Shelly con idéntica expresión de horror.

Sí, también había que lidiar con *eso*.

Esperaba a Cristo que Robert tuviera alguna idea.

El sonido de un pitido y una puerta que se abría tras él le hicieron girar sobre sus talones. Shelly se movió instintivamente detrás de él, pero sin su palanca, Cal se sentía como un ninja increíblemente inepto en albornoz negro. Así que hizo lo que cualquier hombre haría en su situación: preparó su cuerpo para correr.

Y estuvo a punto de correr. Pero cuando la puerta se abrió y salió un Robert demacrado, se quedó inmóvil. Inseguro de lo que estaba viendo, de si era real o no, se quedó boquiabierto.

Shelly, por su parte, jadeó.

"¡Robert!", exclamó, y corrió hacia él, casi derribando a Cal en el proceso. Pero cuando estuvo a menos de tres metros de él, se detuvo en seco.

Cal recuperó de repente el control de su cuerpo y también dio un paso adelante.

"¿Shelly? ¿Qué pasa?" Cuando ella no respondió, él aceleró el paso. "¿Robbo? ¿Estás bien?"

El hombre tenía una mirada lejana, que Cal reconoció tras su encuentro con James Harlop en el sótano.

¿Él...?

"Estoy bien", dijo de repente. El viejo amigo de Cal dio un paso adelante, pero lo hizo con dificultad, con la pierna derecha no tanto doblada como arrastrada. Y hacía muecas.

Shelly le señaló con el dedo y Cal pensó que la mujer había enloquecido por fin. Extendió la mano para bajarle el brazo, pero ella se resistió.

Y entonces él también lo vio.

Detrás de Robert había un hombre que avanzaba lentamente. Llevaba una bata de laboratorio y unas gafas anticuadas en la nariz, de esas con cordones que los bibliotecarios habían convertido en tópicas.

"Uhh, Robert," dijo lentamente. "Tal vez quieras venir aquí".

Robert avanzó cojeando medio metro más.

"¡Date prisa, Robbo... hay alguien detrás de ti!"

Capítulo 33

"Este es el doctor Mansfield", dijo Robert con calma, haciendo sitio para que el médico se adelantara. A Cal se le desencajó la mandíbula y creyó ver que Shelly tragaba saliva.

"¿Qué-qué-qué?" balbuceó Shelly.

"Voy a ayudarte", dijo el Dr. Mansfield, con la mirada baja.

¿"Robbo"? ¿Qué coño está pasando? ¿Está...?"

Robert asintió.

"Sí, lo es."

Cal frunció el ceño y asintió con la cabeza.

"Ah, bien, porque por un segundo pensé que estabas perdiendo la puta cabeza".

Por si fuera poco, Robert dio un paso lateral para alejarse del médico, que permaneció en su sitio. El movimiento hizo que el dolor volviera a subirle por la pierna. Puede que Leland Black hubiera cauterizado la herida, pero no había hecho nada contra el dolor.

"¿Él...?"

"No", contestó Robert rápidamente, no quería que terminara la frase y que el doctor Mansfield dijera algo que luego no pudiera explicar.

"¿Qué coño le pasa a tu pierna?" Preguntó Shelly.

Robert se resistió a mirar sus vaqueros. Aunque cubiertos, la parte inferior de su pierna derecha le parecía, no obstante, más estrecha. Eso era otra cosa que no tenía tiempo, o quizá ni siquiera sabía cómo, explicar. En el fondo tenía la sensación, espoleada por su interacción con Leland, de que Cal, Shelly y él harían mejor en purgar el Séptimo Distrito de quiddity cuanto antes.

Había algo en el tumultuoso cielo de rostros que le hacía pensar que cuanto más tiempo permaneciera aquí la quididad, más poderoso se volvería Leland.

"Nada", dijo Robert rápidamente. "Una historia para contar otro día. Pero ahora mismo, tenemos trabajo que hacer".

Dio un paso adelante y se sorprendió al ver que Shelly igualaba sus movimientos... dio un paso atrás.

"Estoy bien, Shelly. De verdad. Tenemos que ponernos a trabajar".

A pesar de sus palabras, esperó a que ella diera el primer paso. Pero no lo hizo; fue Cal quien se adelantó y le rodeó los hombros con el brazo.

"Vamos", le dijo lo suficientemente alto como para que Robert lo oyera. "Está bien. Ahora vamos a reventar algunos fantasmas".

Dudó, pero un ligero tirón la animó a moverse. Robert no la culpaba por su actitud aprensiva. Al fin y al cabo, cojeaba,

probablemente estaba muy pálido por la pérdida de sangre y a su izquierda había el fantasma de un médico descuartizado.

Sí, probablemente Robert también habría dudado un poco en bailar el tango consigo mismo.

De repente, un fuerte gruñido llenó el pasillo y todos levantaron la vista, incluido el Dr. Mansfield, en busca de su origen. Era más fuerte que antes.

"Tenemos que salir del pasillo", dijo Robert tragando saliva cuando el sonido se desvaneció. Sus ojos se posaron en las filas de puertas que se alineaban a ambos lados del pasillo. No le entusiasmaba la idea de volver a una celda, pero la perspectiva de quedar atrapado aquí fuera por la bestia suturada sin un plan -como antes- era insondable. "Entremos en una de esas".

Cal enarcó una ceja.

"¿Tienes una llave?"

Robert mostró la tarjeta con la foto del Dr. Mansfield.

Cal sonrió satisfecho.

"Seguro que es mejor que usar un soplete".

Ahora le toca a Robert enarcar una ceja.

¿"Soplete"?

"Es una larga historia".

***

"Andrew Shaw ni siquiera era médico de verdad", dijo el Dr. Mansfield en voz baja. "Nunca terminó la carrera de medicina. Pero cuando fue admitido aquí por primera vez, le dejé que me acompañara. Y durante un tiempo, todo fue bien. Para ser sincero, creo que estaba cegado por el hecho de que no sólo tenía por fin algo de ayuda en la sala por parte de alguien con al menos algo de formación médica, sino que, lo crea o no, me caía bien. Sabes, yo no diría que la Semana Infernal de los SEALS es lo mismo que la facultad de medicina, pero hay similitudes. Quiero decir, te presionan mucho... mucho, a menudo por un médico gilipollas que sólo quiere reducir su propia carga de trabajo y no tiene ningún interés en entrenar a alguien de verdad. De todos modos, supongo que sentí un poco de lo que él sintió, sabiendo lo estresado que estaba y la gran cantidad de ansiedad a la que me enfrentaba en aquella época. Me dio pena". El Dr. Mansfield respiró hondo antes de continuar. "Quizá por eso ignoré las señales, o quizá él las ocultó demasiado bien. Dios sabe que no habría sido el primero. Algunos de mis pacientes... bueno, digamos que pueden ser muy convincentes. Pero por dentro, la personalidad que insiste en llamarse Dr. Shaw, la que conocimos aquí, tenía una obsesión en ciernes. Esto tampoco es muy raro en la personalidad

recesiva; se aferran a algo -una idea, una noción, tal vez- porque tienen poco control sobre cualquier otra cosa. Esto no suele plantear muchos problemas, salvo en los raros casos en que la personalidad recesiva llega a dominar. Que es lo que ocurrió con Andrew, con el doctor Shaw".

El médico hizo una pausa como si recordara algo concreto, ante la mirada de Shelly, Cal y Robert.

"El Dr. Shaw tenía este... este *cuaderno*, algo que yo..." Dejó escapar la frase, sacudió la cabeza y se recompuso. "Tenía la idea de que las personalidades desdobladas no eran sólo mentales, no estaban sólo en su cerebro, sino también físicas. De niño le habían hecho un trasplante de pulmón y poco después desarrolló una doble personalidad. Hay *alguien dentro de mí*, solía decir una y otra vez. Culpa al donante de pulmón, pero no fue eso. La verdad es que sufrió malos tratos de niño, lo que probablemente fue el detonante de su quiebro mental, que, por cierto, también fue la razón por la que necesitó un trasplante de pulmón".

El Dr. Mansfield suspiró.

"Pero esa es una historia para otro día... las cosas iban bien, pero un día perdí los nervios y le presioné demasiado. Debería haber recordado su expediente, que el mismo tipo de cosas durante su carrera de medicina que lo trajeron aquí, al Séptimo Pabellón, hicieron que lo echaran de la facultad de medicina. Sólo que, por alguna razón, cuando lo empujé en *este lugar*, el Dr. Shaw salió. Tal vez fui yo, tal vez fue el ambiente, o tal vez fue pura mala suerte. Pero por la razón que sea, esta vez cuando el Dr. Shaw salió a la superficie, se quedó".

El médico dejó de hablar de nuevo y Robert pensó que ése era el final de la historia, lo que probablemente era apropiado porque se les estaba acabando el tiempo.

"Dr. Mansfield, ¿usted...?"

Shelly levantó la mano para detenerle. La luz del pasillo que entraba por la ventana le permitía distinguir la expresión severa de su bello rostro.

"¿Qué pasó después?", susurró, con la voz ronca.

El Dr. Mansfield tardó mucho en contestar, tiempo que Robert pensó que sería mejor emplear en idear un plan para hacer frente a la situación.

"Tomó pedazos de mí... tomó pedazos de mi cuerpo y los suturó a otros, tratando de probar su loca teoría".

"George", susurró Shelly.

El Dr. Mansfield asintió.

"No funcionó... él era demasiado agresivo, y yo... yo... yo..."

No le salían las palabras y Robert deseó poder tranquilizar al

hombre. Pero no podía tocarlo; lo último que quería era volver a aquel horrible lugar con Leland Black y el cielo en llamas.

Pero luego estaba Amy. Leland había dicho que estaba bien, pero...

Papá, prometiste...

"Por favor", dijo Robert al fin, su propia voz sonaba tensa. "No hace falta que sigas".

El Dr. Mansfield le miró, con ojos oscuros.

"Pero no se detuvo ahí... sedujo a otros... los hizo venir aquí con la ayuda de Justine, que vio algo en él, supongo. Solía ser mi enfermera, pero era inestable, fácil de persuadir, crédula. Y el Dr. Shaw descuartizó... *Jesús*... descuartizó los cuerpos, los cosió y les puso mi nombre a sus horripilantes creaciones. Ellos..." Su cuerpo se encogió de repente y Robert enarcó una ceja.

El Dr. Mansfield estaba llorando y Robert se dio cuenta de que no sabía que los fantasmas podían llorar.

"Eso es lo que son esas otras personas", dijo Cal en voz baja.

Robert se volvió hacia él.

"¿Qué otras personas?"

Cal tragó saliva.

"En nuestra celda... había otros, gente con... con partes del cuerpo desaparecidas, gente horriblemente desfigurada".

El Dr. Mansfield asintió.

"Los experimentos del Dr. Shaw".

La palabra hizo que la parte posterior de la pierna de Robert se estremeciera, pero resistió el impulso de rascarse.

Un experimento... eso es lo que soy ahora, también.

De repente, un grito gutural llenó el pasillo y, aunque fue silenciado por la pesada puerta de la celda, había una urgencia en él que no había existido antes.

Robert tragó saliva, preguntándose qué le estaría haciendo el doctor Shaw al hombre al que llamaba George... y qué papel desempeñaría en ello el trozo de pantorrilla que le faltaba.

"Será mejor que nos demos prisa", dijo rápidamente. "Cal, tú y Shelly vayan a buscar a Justine. Está viva, eso puedo confirmarlo".

Cal parecía inseguro, pero el asentimiento del Dr. Mansfield pareció convencerle.

"Que es probablemente por qué el Dr. Shaw está atrapado aquí también-Justine mantiene la narrativa en marcha. Ustedes encárguense de ella. El Dr. Mansfield y yo encontraremos a Andrew Shaw y George y los enviaremos a la Médula".

Algo cruzó por el rostro del doctor Mansfield al decir esto, y Robert se preguntó, no por primera vez, cuáles serían las repercusiones de traerlo de vuelta de la Médula, de las garras de la Cabra.

Hizo una nota mental para preguntarle al Dr. Mansfield más tarde,

después de que todo esto terminara.

¿"Robbo"? Joder, ¿estás seguro? ¿Cómo...?"

Robert negó con la cabeza.

"No estoy seguro, pero..."

"Podemos irnos", dijo Shelly en voz baja. "Podemos salir por la ventana por donde entramos y *largarnos* de aquí".

Fue Cal quien contestó.

"No quiero-no puedo. Hice una promesa a esa gente-esa *quiddity-en* la celda".

Robert asintió.

"Y el Dr. Mansfield me salvó". Miró al hombre, cuyas pálidas mejillas aún estaban húmedas por las lágrimas. "No le dejaré aquí más tiempo".

Se quedó mirando a Shelly un momento mientras ella se mordía el interior de la mejilla. Finalmente, ella asintió.

"De acuerdo", dijo ella en voz baja. Luego se quitó la bolsa del hombro y se la tendió.

Por un momento, Robert pensó que eso significaba que ella iba a huir y dejarlos aquí, y se le encogió el corazón. Pero entonces ella volvió a hablar y él respiró hondo.

Shelly no iba a ninguna parte.

"Vas a necesitar esto más que yo. No te preocupes por Justine, pondremos a esa perra en su lugar".

Y entonces ella le tendió la mano casi desesperadamente, y Robert casi se abalanzó sobre ella. Aspiró profundamente su aroma y se apartó.

Mirando fijamente aquellos ojos verdes, a Robert casi le invade el deseo de besarla. De acercar sus labios a los suyos, de un rojo intenso.

Pero el momento pasó y se separaron. Robert se volvió hacia el doctor Mansfield.

"¿Dijo algo sobre un cuaderno, Doc?"

El hombre asintió.

"De acuerdo, cojamos eso primero... probablemente vamos a necesitarlo".

Capítulo 34

Cal encontró una linterna en una mesita cerca de la habitación en la que habían estado encerrados. Fue un hallazgo fortuito, ya que había hecho girar ruidosamente la mesa al chocar contra ella en la oscuridad. También encontró su palanca, que recogió de inmediato y deslizó en el bolsillo oculto de la parte trasera de sus pantalones. Sólo entonces se deshizo de la túnica negra; no sólo Shelly y Robbo tenían razón -parecía ridícula-, sino que era más restrictiva de lo que parecía.

Aunque ahora disponían de una linterna, ya que habían dado la otra a Robert, no se atrevían a utilizarla por miedo a que el Dr. Shaw o George estuvieran cerca.

Resultó que Justine no era demasiado difícil de encontrar incluso en la oscuridad. El problema era que tampoco lo era George.

"¿Has oído eso?" preguntó Cal en voz baja cuando pasaron la puerta que habían volado y llegaron a un segundo pasillo. Éste era más oscuro que el anterior y más estrecho. También había menos habitaciones, espaciadas irregularmente. Sólo tuvieron que dar unos pasos para saber dónde concentrar su atención. La luz se filtraba por la ventana rectangular de la tercera de las cinco puertas.

Shelly asintió.

"Lo oigo", susurró.

El sonido de una respiración pesada y agitada, como la de alguien a quien le cuesta recuperar el aliento después de correr, se infiltró en la sala del hospital, que por lo demás estaba en silencio.

Agachados para evitar ser vistos a través de las ventanas, se arrastraron por el pasillo con Cal a la cabeza. Deslizó la palanca por detrás de su espalda y la agarró con una mano, mientras Shelly le seguía de cerca, con la mano pegada a su espalda para mantener el contacto y la otra agarrando la linterna, lista para encenderla en cualquier momento.

A medida que se acercaban a la tercera puerta, los ruidos de la respiración se hacían cada vez más fuertes.

Cal se escabulló bajo la ventana tras indicar a Shelly que permaneciera al otro lado de la puerta. Luego, con la espalda de ambos apoyada contra la pared, se volvió para mirar a su amigo.

La luz que entraba por la ventana era débil, pero al estar tan cerca pudo distinguir su rostro.

Había visto el intercambio entre Robert y Shelly cuando se habían abrazado, y le había dolido profundamente. Había sido él quien había traído a Shelly, y maldita sea si no añoraba ese pedazo de culo. Y además, era él quien pasaba casi todos los días con ella cuando Robert estaba encerrado arriba en su habitación.

Y sin embargo, cuando le miraba ahora, sólo parecía asustada. Sin embargo, cuando miraba a Robert…

Shelly hizo una mueca como diciendo, *¿qué demonios hacemos ahora?*

Cal se encogió de hombros y recuperó la concentración.

Volvió la respiración, y le costaba creer que fuera alguien que *no fuera* George, que se suponía que era el problema de Robert. Pero Robbo se había ido por otro lado con el Dr. Mansfield: si el Dr. Shaw y George estaban aquí, en la habitación a un palmo de distancia, sólo podían hacer una cosa: huir. Pero quedarse allí agazapados, con la espalda contra la pared, no les servía de nada. Y tenían una linterna, que podrían utilizar para cegarlos si fuera absolutamente necesario.

Y la palanca, también la tenían. Sólo que la última vez que Cal la había usado contra George, no había terminado exactamente como él quería. Tal vez si tuvieran el soplete…

Cal sacudió la cabeza. Ya no tenían eso: Kelly le había dado su mochila a Robert.

Suspiró profundamente y cerró los ojos un momento. Cuando volvió a abrirlos, señaló la ventana, el signo universal de voy a echar *un vistazo*.

Shelly hizo una mueca, claramente incómoda con la idea, y él vio cómo se tensaba el agarre de la linterna con las dos manos.

No tenían otra opción.

Cal, templando los nervios, respiró hondo tres veces y se puso de pie, con los muslos agradeciéndole el alivio de no estar en cuclillas.

Mi cuerpo no está hecho para palear. O ponerse en cuclillas. O correr, que probablemente voy a tener que hacer en sólo un …

Antes de perder los nervios, giró lentamente la cabeza y se asomó a la habitación.

Toda la sangre se drenó inmediatamente de sus miembros, y fue todo lo que pudo para aferrarse a la palanca.

La escena dentro de la celda era increíblemente extraña… y horrible. Los ojos de Cal se dirigieron primero a la camilla, sobre la que yacía el monstruo conocido como George. Estaba desnudo, su horrible cuerpo cosido, una amalgama de otros, a la vista. Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en un lado. El resto de sus heridas, incluida la horrible y desecada lágrima de su mejilla, parecían viejas, en algún estado de putrefacción o descomposición. Todo menos la pierna derecha. Había un trozo de carne en su pantorrilla que parecía más fresco que el resto; parecía menos gris, menos *muerto*. Y debajo del pie había gasas y toallas empapadas en sangre.

Supongo que de eso iban todos esos aullidos.

Dirigió su atención a la otra persona de la habitación y sintió alivio cuando se dio cuenta de que era Justine.

Pero no duró mucho, fue una sensación pasajera y fugaz. La enfermera estaba sentada en una silla en un rincón de la habitación, de espaldas a él. Estaba vistiéndose, poniéndose la bata azul sobre su pálido cuerpo. Cal tuvo arcadas al ver el estado de su espalda desnuda.

Al igual que George, su piel era un desastre, un mosaico de puntos y cicatrices que habría hecho que un mapa en relieve de Utah pareciera una pista de patinaje. Sólo que esto era diferente; George era un monstruo, un engendro espantoso que llevaba mucho tiempo muerto, mientras que Justine... bueno, estaba viva, ¿no? Robert y el Dr. Mansfield parecían muy seguros de ello.

Tenía marcas de viruela, surcos profundos en la espalda, algunos de los cuales aún no habían cicatrizado. Bajo la carne blanda de su omóplato derecho había una herida del tamaño de una pelota de béisbol, que brillaba y parecía arrugarse ligeramente con cada respiración.

Cal volvió a tener arcadas, una reacción visceral que desvió su mirada de la ventana. Parpadeó rápidamente y volvió a levantar la vista, evitando el contacto visual con Shelly. En el proceso, sin embargo, la mano que sostenía la palanca bajó apenas una fracción de centímetro y golpeó la puerta. Fue el más sutil de los sonidos, un diminuto "ting" apenas audible. Pero en el instante en que ocurrió, la rubia cabeza de Justine se giró.

Cal debería haberse tirado al suelo; si se hubiera tirado, tal vez Justine habría vuelto a cualquier cosa horrible que hubiera estado haciendo, haciendo pasar el sonido por una rata o simplemente por el crujido del suelo.

Quizá se hubiera quedado en la habitación.

Pero cuando Cal vio el pecho de la mujer, volvió a quedarse helado.

Los pechos de Justine habían desaparecido, sustituidos por una carne horrible, tensa y correosa.

Claramente, ella también había sido parte de los experimentos del Dr. Shaw.

Y, sin embargo, había sobrevivido.

Los ojos de la mujer se clavaron en él, lo que sacó a Cal de su estupor y le hizo caer.

Pero ya era demasiado tarde.

Justine le había visto y se acercaba a la puerta.

Capítulo 35

"**Eso es, justo ahí**", dijo el Dr. Mansfield, indicando el cajón superior de un escritorio cerca del fondo de un pequeño despacho. Resultaba irónico que el despacho fuera más pequeño incluso que la celda en la que había estado atrapado anteriormente, ya que, a pesar de todos los rumores sobre este lugar, realmente parecía ser un sitio donde los pacientes eran lo primero. El consultorio era del Dr. Mansfield, pero el cartel con su nombre había sido garabateado con lo que Robert sabía que sólo podía ser sangre y ahora decía: SHAW.

"¿Allí?" preguntó Robert, sintiéndose incómodo por alguna razón. No había querido separarse de sus amigos, pero de ninguna manera iba a enviarlos a tratar con George y el doctor Shaw. *No* había manera; después de todo, sólo estaban aquí por él.

El doctor Mansfield asintió y Robert se acercó rápidamente, con cuidado de mantener bajo el haz de luz de la linterna.

"¿Lo pusiste tú aquí? ¿O lo hizo él?", preguntó mientras abría el cajón. Estaba lleno de papeles al azar, que Robert apartó a un lado. Buscaba un bloc de notas azul, de los antiguos, con espiral.

"Lo hizo. Después de ver al... bueno, después de encontrar al Dr. Shaw, él... él me llevó. Nunca volví con vida".

Robert hizo una pausa, la extrañeza de las palabras le invadió. Si alguien hubiera dicho algo así hacía más de tres meses, probablemente lo habría enviado aquí, al pabellón psiquiátrico, no para purgar la quididad, sino para que lo ingresaran. Ahora, sin embargo, casi parecían normales.

Casi.

"Lo tengo", dijo, y sus manos se cerraron sobre una gastada carpeta azul, tal como la había descrito el doctor Mansfield. Robert la sacó del cajón. La curiosidad le invadió y, antes de que salieran del despacho en busca de Shaw y su monstruo mascota, la abrió.

Exhaló involuntariamente mientras hojeaba las páginas.

La línea superior de cada página era el nombre de un paciente, pero el resto de las líneas estaban llenas de la misma frase: *Hay alguien dentro de mí...*

Robert hojeó rápidamente hasta la última página, pero se dio cuenta de que estaba arrancada.

"¿Falta una página?", preguntó, sin esperar realmente encontrar nada de interés, ni siquiera diferente de los garabatos que llenaban el resto del libro.

Pero el rostro del doctor Mansfield se ensombreció de repente y Robert levantó el libro para que el hombre lo viera.

"¿La última página?", preguntó el médico en voz baja.

Robert volteó el borde rasgado de un lado a otro.

"Sí, eso creo. ¿Por qué?"

"Porque..."

Pero otra voz le respondió a la pregunta.

"-era *su* página", dijo el Dr. Shaw.

Robert dejó caer el libro y subió la linterna a la altura de los ojos, al tiempo que el doctor Mansfield se giraba para mirar a la voz.

Andrew Shaw estaba de pie en la puerta del despacho, con las manos a los lados y los dedos manchados de sangre. Mientras ambos lo observaban horrorizados, metió lentamente la mano en el bolsillo de la bata.

Robert empezó a respirar rápidamente, inseguro de qué hacer a continuación.

¿Y si saca un arma? ¿Un bisturí? ¿Puede cortarme? ¿Puede cortar al Dr. Mansfield? ¿Importaría?

Tantas preguntas desgarraron su mente que se bloqueó.

Pero afortunadamente Andrew no sacó un arma de su bata de laboratorio. En su lugar, sacó un trozo de papel.

"Andrew, necesitas..."

El doctor Shaw dejó de desenredar el papel y volvió la mirada hacia el doctor Mansfield, con el ceño fruncido.

"Te dije que me llamaras Dr. Shaw."

Luego volvió a desplegar el trozo de papel.

"Esto es una locura... piense en lo que está haciendo, doctor Shaw. Usted estaba en el camino de convertirse en médico; estaba destinado a ayudar a la gente, no a hacerles daño", le suplicó el Dr. Mansfield.

La expresión de Andrew se volvió petulante y, en lugar de contestar, se puso a leer el periódico.

"Paciente #001, Dr. George Thomsen Mansfield. Hay *alguien dentro de mí...*"

Robert alejó lentamente la linterna de la cara de Andrew mientras seguía leyendo esa misma frase lo que parecían docenas de veces. Desplazó el haz de luz hacia delante y hacia atrás alrededor del pecho del hombre con movimientos sencillos y sutiles, cambiando el ángulo muy ligeramente. Aunque el hombre no era completamente sólido, tampoco era tan transparente como lo habían sido James o Patricia Harlop.

Algo está cambiando, pensó Robert de repente. *Y tiene que ver con la grieta en la Médula*.

No eran la misma quididad... eran más reales de alguna manera.

Más permanente.

Andrew terminó por fin de leer, con expresión orgullosa, como si acabara de compartir el descubrimiento médico más importante del siglo pasado en lugar de limitarse a soltar sandeces.

"Esto... esto no ayuda a la gente. Lo que me hiciste a mí no ayudó. Tampoco lo que le hiciste a Justine, a los otros... se supone que debes ayudar a la gente", continuó el Dr. Mansfield. "Por favor, sólo dame el papel".

Andrew se volvió para mirar al doctor y, durante un breve segundo, su expresión pasó de petulante a suave, triste incluso. A Robert le quedó claro en ese momento que el doctor Mansfield intentaba apelar a Andrew, la otra personalidad enterrada durante todos estos años, y no al doctor Shaw.

Y para sus ojos inexpertos, parecía estar funcionando.

Cuando el Dr. Shaw habló a continuación, su voz parecía incluso diferente.

"Yo sólo... *quería* ayudar a la gente, Dr. Mansfield. Ayudar a gente como yo, gente que era buena, pero que tenía a otra persona atrapada aquí". El hombre levantó un dedo y se golpeó la sien, dejando una mancha de sangre en la línea del cabello.

"Sí, sí, así es, Andrew. Sé que querías ayudar. Por eso te tomé bajo mi protección, ¿recuerdas?"

Andrew asintió sutilmente.

"Te pedí que me ayudaras porque sabía que eras bueno... y porque también eras listo".

De nuevo, Andrew asintió.

"Sólo quería ayudar..."

El Dr. Mansfield se adelantó, con la intención de consolar al hombre que estaba al borde de un ataque de nervios, cuando Andrew deslizó la mano izquierda en el bolsillo de su bata de laboratorio. Justo cuando el Dr. Mansfield le tendía la mano, Andrew se inclinó hacia delante y puso la derecha en el hombro del hombre.

Aunque el Dr. Mansfield no era consciente de lo que estaba ocurriendo, Robert podía verlo todo con vívida claridad.

"*¡No!*", gritó, pero ya era demasiado tarde.

El Dr. Shaw esbozó una sonrisa lasciva cuando sacó el bisturí del bolsillo. Luego se echó hacia atrás y clavó la reluciente hoja en las entrañas del Dr. Mansfield, retorciéndola y girándola mientras se deslizaba por su cuerpo.

"Te lo dije cuando te maté la primera vez", siseó el doctor Shaw, "te *estoy* ayudando".

El Dr. Mansfield jadeó y trató de apartarse, pero el agarre de Andrew sobre su hombro y el bisturí se mantuvieron firmes. Entonces, el hombre mucho más fuerte, que Robert habría jurado que parecía más sólido que hacía unos segundos, levantó la cabeza hacia el cielo.

"¡George!", gritó con todas sus fuerzas. Una sonrisa siniestra se formó en sus labios mientras se volvía hacia el Dr. Mansfield. "Voy a disfrutar matándote de nuevo, igual que a ti *te* va a *encantar* tu visita a


la Cabra".

Capítulo 36

Cal maldijo en voz baja y miró a Shelly. Ella lo miraba fijamente, con sus gruesos labios rojos pronunciando las palabras "*¿qué coño...?*

"Me vio", susurró, "me vio, joder".

Shelly empezó a levantarse, pero Cal la animó a sentarse con varios gestos agresivos.

"Él también está ahí", dijo, con los ojos muy abiertos.

No era necesario especificar quién era "él": la expresión de su rostro lo dejaba bien claro.

"¿Qué coño hacemos? ¿Hacemos...?"

Oyeron un pitido y la puerta empezó a abrirse de repente. Cal y Shelly se quedaron paralizados.

"¿Dr. Shaw?" Justine preguntó tentativamente a través de la brecha de tres pulgadas.

Cal, aún agachado, intentó hacerse lo más pequeño posible. Se sintió aliviado cuando se dio cuenta de que, aunque sus miradas se habían cruzado, ella no parecía haberle reconocido.

"¿Doctor? Usted..."

La puerta se abrió un poco más y Justine puso un pie en el pasillo. Cal intentó apartarse de ella, pero era demasiado lento y la puntera de su zapatilla gastada chocó contra la palanca.

"¿Qué está pasando?"

Justine bajó la mirada, y esta vez, cuando sus ojos se encontraron, no hubo duda de que sabía quién era. Para ser una mujer tan grande y dañada, se movía con sorprendente rapidez. Tampoco ayudaba que Cal tuviera las piernas doloridas de estar en cuclillas y que estuviera inclinado hacia atrás.

"¡George!" Justine gritó. "¡George, lárgate de aquí!"

Y entonces se abalanzó sobre Cal, y fue el turno de Cal de pedir ayuda.

"¡Shelly!", gritó una fracción de segundo antes de que ella cayera sobre él.

A Cal no le gustaba el ejercicio, la salud y, por último, pero no por ello menos importante, las peleas. Así que, cuando se enfrentó a una psicópata enloquecida de doscientos kilos que se le echaba encima, hizo lo que habría hecho cualquiera en su situación. En lugar de levantar los brazos, palanca en mano, o intentar apartarse, intentó cogerla con los pies y arrojarla por encima de su cabeza.

Lo había visto una vez en un videojuego y parecía bastante fácil.

En la vida real, sin embargo, el resultado fue un completo fracaso. Cal sólo pudo levantar una pierna a tiempo, pero no fue suficiente para sostener a Justine. Ella se desplomó sobre él y su peso expulsó el

aire de los pulmones de Cal.

La enfermera olía mal y, cuando sus manos se abalanzaron sobre él, no pudo hacer más que girar la cabeza hacia un lado. Las uñas de la enfermera se clavaron profundamente en su mejilla, haciéndole sangrar de inmediato. Cal intentó levantar las manos para defenderse, pero las tenía atrapadas bajo el pecho y el vientre de la enfermera.

"¡Shelly!", gritó cuando Justine le clavó un puño como un martillo en un lado de la cara, moteando su visión de estrellas. En un movimiento desesperado, Cal levantó las caderas y de algún modo consiguió desplazar la mayor parte de su peso hacia la pared. Entonces oyó un clic al cerrarse la puerta del quirófano. Al mismo tiempo, Shelly se incorporó, juntó ambas manos y las levantó por encima de su cabeza.

Cal cerró los ojos a la espera del tremendo golpe.

Un golpe que nunca llegó.

En lugar de eso, oyó un ruido sordo y sintió todo el peso de Justine caer de golpe. Y entonces el aire le volvió a salir por los aires.

Luchando por llenar sus pulmones, el horrible aliento de Justine lo acosó cuando su mejilla se posó sobre la suya. Cal abrió la boca para gritar, pero antes de que el sonido pudiera salir, la sangre de Justine se derramó sobre su cara, provocándole arcadas y tos.

¿Qué...?

Cal abrió los ojos, a escasos centímetros de los de Justine, que estaban cerrados. Frenético, sacudió las caderas, haciendo que el cuerpo inconsciente de la enfermera se balanceara lo suficiente para que él saliera de debajo de ella.

"¡Joder, joder, joder!", gritó, escupiendo sangre al suelo al tiempo que se limpiaba la boca con las manos.

Levantó la vista y vio lo imposible: Justine parecía estar levitando a pocos centímetros del suelo, la sangre de la parte posterior de su cabeza goteaba de sus mejillas caídas y formaba un rastro constante en el suelo. La piel alrededor de los ojos se le estaba poniendo azul y respiraba con dificultad.

Cal volvió a sentir un nudo en el estómago.

¿Cómo es posible?

Levantó un poco los ojos y vio a Shelly de pie sobre Justine, con las piernas abiertas y la pesada linterna en una mano, con el extremo manchado de rojo y motas rosas. Tenía los ojos entrecerrados y una expresión feroz.

Cal se quedó boquiabierto.

"Te dio una paliza una chica", dijo Shelly con una sonrisa burlona. "Una *maldita chica*".

Capítulo 37

Los pies de Robert parecían estar incrustados en hielo. Aún sostenía la linterna en la mano, pero parecía totalmente ineficaz frente a Andrew y su bisturí. Sus ojos recorrieron la habitación en busca de algo que pudiera servirle, una distracción bienvenida a la confusión que lo invadía.

¿Puede Andrew matar al Dr. Mansfield... otra vez?

Ambos hombres ya estaban muertos, de eso Robert estaba seguro. Todo lo demás, sin embargo...

Lo que sabía con certeza era que no quería que enviaran al Dr. Mansfield a la Cabra. El hombre merecía algo mejor que eso. Después de todo, había salvado a Robert.

Ahora le tocaba a él devolverle el favor, si es que eso era posible.

Sus ojos se posaron en la mochila que Shelly le había entregado, y su voz le desgarró el cerebro.

¡Soplete!

El hielo que le atenazaba las piernas se descongeló de repente y se abalanzó sobre el soplete por puro instinto. No tenía ni idea de lo que iba a hacer con él, pero cuando Andrew hundió más el cuchillo y la sangre empezó a salir de la boca del Dr. Mansfield y a gotear al suelo, cualquier atisbo de racionalidad le abandonó.

De algún modo, Robert consiguió encender el soplete al primer intento y éste emitió un siseo que iluminó la habitación con una luz amarilla que luchaba con el azul incandescente de la linterna que había dejado sobre el escritorio. La espeluznante iluminación le recordó a la Médula después de que Leland hubiera aparecido y el cielo hubiera cambiado de nubes a llamas.

La luz se reflejaba en los ojos del doctor Shaw, haciendo brillar sus oscuros orbes mientras seguía moviendo la mano de un lado a otro.

Su puño estaba casi completamente enterrado dentro del Dr. Mansfield ahora.

Robert salió de detrás del escritorio, sosteniendo el soplete con la llama de diez centímetros frente a él.

"¡Andrew, déjalo ir!" Gritó Robert. La única respuesta del Dr. Shaw fue mirar fijamente a los ojos del Dr. Mansfield y clavarle aún más la cuchilla. Un graznido hueco se unió a la sangre que manaba de la boca del doctor Mansfield.

Robert dio otro paso adelante, y esta vez el Dr. Shaw se volvió hacia él.

El hombre era aún más siniestro ahora que tenía la cara vuelta hacia las llamas; todo su pálido rostro parecía parpadear y brillar.

"¿Crees que eso me hará daño?", soltó una carcajada seca. "¿No has

aprendido nada, Robert Watts? *¿No* te enseñó *nada* Leland?"

Robert avanzaba mientras el otro hombre hablaba, pero ante la mención del nombre de Leland y la consiguiente imagen del hombre del sombrero que le vino a la mente, se detuvo.

El Dr. Andrew Shaw se rió y volvió a retorcer el cuchillo.

"No puedes matarme con eso", dijo, levantando la barbilla hacia el soplete. "No *puedes matarme* en absoluto".

Robert miró la llama y en el fondo supo que lo que decía aquel hombre era cierto. El mísero consuelo que le ofrecía era superficial; una antorcha no le haría nada a un muerto como Shaw.

Pero la espada del hombre, en cambio, parecía más que capaz de dañar al doctor Mansfield, que gimió y se desplomó.

La desesperación se apoderó de Robert mientras miraba fijamente el rostro parpadeante del psicópata.

Si la antorcha no le ayudaba, ¿qué lo haría? ¿Cómo podría salvar a sus amigos? ¿A su hija?

Estaba a punto de rendirse, de resignarse a usar el soplete y ver qué pasaba, cuando la boca del doctor Mansfield empezó a moverse.

No había forma de oír al hombre por encima del silbido de la antorcha, así que intentó leer los labios.

¿El canto rodado? ¿El moldeador? ¿El más frío?

Robert entornó los ojos con fuerza, sabiendo que en cualquier momento Andrew podría apartar al Dr. Mansfield de su espada y luego ir a por él. Y cuando llegara a Robert, no tendría que apuñalarlo; le bastaría con tocarlo para que Robert volviera a estar en las garras de Leland.

Sus ojos siguieron recorriendo la habitación a un ritmo frenético hasta que se mareó y se vio obligado a apoyar una mano en el escritorio para mantener el equilibrio.

Lo siento, Cal. Lo siento, Shelly. Lo...

Pero entonces sus ojos se posaron en el cuaderno azul que había cogido antes del escritorio.

¡La carpeta!

Robert se abalanzó sobre ella.

Las palabras de Shelly de lo que parecía una vida atrás sonaron en su cabeza.

Hay que vincular la quididad a algo... algo que signifique algo para ellos.

Cogió la carpeta y se la mostró a Andrew como si fuera una efigie. La expresión del doctor Shaw, que antes era de un regocijo maníaco, se tornó repentinamente seria.

"No lo hagas", dijo simplemente. Y luego utilizó la mano que sujetaba el hombro del Dr. Mansfield para empujarlo y apartarlo del bisturí. El Dr. Mansfield se desplomó en el suelo, inmóvil.

"No lo hagas", advirtió el hombre.

Robert no dudó. Antes de que Andrew pudiera saltar sobre él, acercó el libro al extremo del soplete y le prendió fuego.

"¡No!" bramó el Dr. Shaw. Cuando el hombre estuvo a menos de medio metro de Robert, le arrojó el libro en llamas y retrocedió.

El Dr. Andrew Shaw no pudo contenerse. Dejó caer el bisturí y luego agarró el libro en llamas con ambas manos, apretándolo contra su pecho en un intento de sofocarlo.

Robert no sabía si los quiddity eran especialmente inflamables, o si se debía simplemente a que Andrew Shaw había sido atado a un objeto que significaba algo para él, pero se encendió como si estuviera empapado en queroseno.

Y a juzgar por la forma en que acunaba el libro en llamas contra su pecho con ambas manos, significaba más que *algo* para él.

Significaba todo.

El Dr. Shaw se estremeció y, de repente, su figura perdió *entereza*. Los ojos del hombre se alzaron y Robert se dio cuenta inmediatamente de que el hombre con las llamas saltando por su bata de laboratorio y lamiéndole la cara, derritiendo su desgreñado pelo castaño, ya no era el doctor Shaw.

Era Andrew Shaw, el obediente e inteligente estudiante de medicina que el Dr. Mansfield había descrito.

La tristeza se apoderó inesperadamente de Robert al ver cómo la silueta del hombre empezaba a flaquear.

El hombre no dijo nada mientras ardía, lo que en cierto modo empeoró las cosas. No lloró, no gritó, no suplicó por su alma. Simplemente se desvaneció en silencio, su cuerpo ardiendo rápidamente, recordando a Robert la forma en que el cielo se había visto en la Médula, la forma en que los rostros torturados habían crecido y encogido, bramando en llamas.

Y entonces Andrew Shaw desapareció; la única prueba de que había estado allí era un montón de hollín en el centro de la habitación.

Robert se quedó mirando aquel montón durante un buen minuto, intentando comprender lo que acababa de ocurrir. Entonces oyó un suave gemido y recordó que el doctor Mansfield seguía hecho un ovillo en el suelo. Corrió hacia él, agachándose, casi tocándolo antes de recordar.

"¿Dr. Mansfield?", dijo, esperando sólo en parte una respuesta.

Pero el doctor Mansfield le sorprendió levantando los ojos y girando la cabeza para mirarle.

"Lo siento", dijo el hombre en voz baja, a lo que siguió una tos y un fino chorro de sangre que le resbaló por la barbilla.

"¿Perdón? ¿Por qué?"

"YO-YO-" Pero el hombre no pudo terminar.

"No pasa nada, doctor Mansfield", le consoló Robert. Recorrió el cuerpo del doctor, intentando averiguar qué coño iba a hacer. El hombre estaba de lado, con las rodillas dobladas hacia el pecho y las manos agarrándose el torso. La sangre empezaba a acumularse bajo su cuerpo.

"¿Qué va a pasar ahora?" preguntó inesperadamente el Dr. Mansfield.

Robert vaciló y respondió con lo primero que se le ocurrió.

"No sé..."

Pero Robert creía que lo sabía. Por dentro, *lo sabía*.

Este hombre no iba a las serenas orillas de la Médula.

No, el Dr. George Mansfield iba al otro lugar. El de las llamas, las caras en el fuego, las manos embarradas en la orilla. Iba a ver a Leland Black.

Traer de vuelta a Robert significaba que estaba destinado a responder ante la Cabra.

"¡Doctor, *I-Doctor*!"

Al hombre se le pusieron los ojos en blanco.

"¡Doctor!"

Robert sintió un cosquilleo en los párpados y supo que se le iban a saltar las lágrimas. Pero entonces un grito profundo y atronador llenó el Séptimo Pabellón y se obligó a apartarlas.

Había más trabajo por hacer.

Había otro George que necesitaba ser purgado.

Capítulo 38

"¿Qué hacemos? ¿Qué coño hacemos?" suplicó Cal desesperadamente. Un grito llamando a George sonó en el pasillo, y rápidamente miró hacia la habitación. El monstruo seguía atado, pero ahora estaba despierto y tiraba con fuerza de las ataduras. A juzgar por la forma en que el cuero empezaba a rajarse, estaba claro que no aguantarían mucho tiempo.

"Mierda, Shelly. ¿Qué *coño* hacemos?"

Sus ojos se desviaron de Shelly, que seguía en la misma postura dominante, con la linterna en una mano, a Justine.

La mujer no estaba levitando como él había pensado en un principio, sino que se *estaba* ahogando hasta morir. Su rostro se había vuelto de un azul intenso y habían empezado a formarse burbujas en las comisuras de sus labios.

Su bata había quedado atrapada en la puerta cuando ésta se cerró, y ahora la mantenía paralela al suelo, con la abertura del cuello en V presionándole la garganta, cortándole el suministro de aire.

"Deja morir a la perra", dijo Shelly sin rodeos.

Cal hizo una mueca y sus ojos volvieron a dar vueltas.

¿Qué demonios debemos hacer?

Justine era probablemente la peor del grupo, peor incluso que George porque estaba *viva*, pero aún así no me parecía bien dejarla morir aquí así.

Levantó la mano y le tiró del pelo.

"Joder", gritó.

Se oían movimientos en la habitación, pero no se atrevió a mirar. Fuera lo que fuese lo que iban a hacer, marcharse o liberar a Justine, tenían que hacerlo rápido.

Cal se llevó una mano de la cabeza a la herida de la cara, siseando por el dolor. No cabía duda de que la obra de Justine le dejaría marca.

No tan malo como George, pero malo al fin y al cabo. De repente, Cal se acordó de Danny Dekeyser, el hombre que había puesto la cara al monstruo de la celda.

¿Prometes que nos ayudarás? ¿Que nos enviará a casa?

Los ojos de Cal se desviaron hacia Justine cuando se le ocurrió una idea. Era una posibilidad remota, pero si funcionaba, resolvería muchos de sus problemas.

"Rápido", dijo, arrodillándose frente a la enfermera moribunda. "Ayúdame a sacarla por la puerta".

Al principio, Shelly no se movió y Cal la miró.

"Por favor, Shel, tengo un plan."

De nuevo, nada.

"¡Por el amor de Dios, Shelly, sólo dame una maldita mano!"

Shelly pasó finalmente a la acción, acercándose rápidamente a la puerta. Intentó abrirla, pero no cedió.

"Coge la llave-tarjeta", dijo Cal, levantando la cabeza de Justine. Un horrible resoplido se le escapó cuando por fin respiró hondo. Su palidez azul se desvaneció ligeramente y, por un segundo, Cal pensó que iba a despertarse y atacarle de nuevo. Pero mientras su respiración se regulaba, seguía inconsciente.

Shelly se tiró al suelo y empezó a rebuscar en los bolsillos de la mujer. La cabeza de Justine pesaba tanto que Cal tuvo que usar las dos manos para sostenerla.

"¿Lo encontraste?"

"Mirando... joder."

"¿Qué?"

Shelly tiró de un cable tenso que iba desde la cintura del guardapolvos de Shelly hasta la puerta. Al igual que el uniforme, la tarjeta estaba atascada dentro de la habitación. Lo que significaba que iban a tener que quitarle la ropa a la mujer.

Se oyó un fuerte chasquido procedente del interior de la habitación, seguido de un profundo y resonante gemido.

Y también significaba que George podría usar la tarjeta para salir.

"¡Corta la ropa, Shelly, deprisa!"

Ella le miró, enarcando una ceja.

"¿Con qué? ¿Crees que tengo tijeras de tejer en mi bolsillo trasero?"

Cal maldijo en voz baja y miró a su alrededor.

"Alumbra con la linterna hacia allí", ordenó, indicando detrás de él.

Shelly accedió y la luz se reflejó en la palanca.

"¡Allí! Coge la palanca. Usa el extremo afilado para rasgar la tela".

Shelly corrió hacia él y lo trajo de vuelta.

Cal, que seguía sujetando la cabeza de la enfermera para que pudiera respirar, le indicó un punto junto al cuello donde la tela se había deshilachado ligeramente.

"Empieza por ahí. Una vez que hagas un agujero, podemos rasgarlo".

Se oyó otro chasquido desde el interior de la habitación, con lo que ya eran dos. Cal sólo esperaba que fueran las correas de las piernas de George, porque si eran sus brazos, entonces podría desabrochar las piernas.

Y entonces tendrían segundos y no minutos.

Shelly, sintiendo su urgencia, dejó la linterna en el suelo y utilizó ambas manos para plantar el extremo curvo de la palanca en la zona deshilachada. Empujó con fuerza y Justine gimió.

"¿Qué?", preguntó cuando Cal la miró.

Luego tiró de ella y Cal oyó el satisfactorio sonido de la tela al

rasgarse. Volvió a soltarle la cabeza y, juntos, él y Shelly le arrancaron la camisa del cuerpo. Cuando terminaron, Justine cayó de bruces sobre el duro linóleo y Cal oyó el crujido de lo que sospechó que era la nariz rota.

Se lo merecía.

"Vale, rápido, coge una pierna."

Pero, de nuevo, Shelly dudó. De hecho, parecía congelada.

Cal cogió la linterna y la apuntó hacia ella. Ni siquiera la brillante luz dirigida directamente a sus ojos provocó una respuesta.

Su expresión era de puro horror. Al principio, Cal pensó que estaba mirando la puerta, que George iba a salir, pero luego se dio cuenta de que estaba mirando la espalda de Justine.

Cal no aguantó ni una mirada más, pues el solo recuerdo de las heridas abiertas, las cicatrices, los puntos de sutura, era suficiente para obligarle a tragar saliva.

"No mires", dijo entre tragos. "No mires, sólo *tira*".

Shelly parpadeó y se puso un brazo delante de la cara para protegerse de la luz brillante y bloquear la espantosa visión.

Con la otra mano, se agachó y agarró una de las piernas de Shelly mientras Cal cogía la otra.

Ambos se levantaron y empezaron a tirar, gruñendo mientras arrastraban a Justine por el suelo. Un rápido vistazo atrás reveló un serpenteante rastro de sangre de su cara sobre las oscuras baldosas.

"¿A dónde vamos?" Shelly gruñó.

Cal dio un fuerte tirón y aceleraron el paso, ahora a una docena de metros de la puerta de la celda.

"Volver a..."

Pero entonces oyeron un pitido y a Cal le entró un sudor frío en la frente.

"¡Tira!" gritó. "¡Shelly, tira, joder*!*"

Cal y Shelly apenas habían sacado el cuerpo aún inconsciente de Justine por el umbral de su celda cuando George se acercó corriendo.

Agitado, sudoroso, Cal apoyó la espalda contra la pared, rezando para que el monstruo no lo viera. Durante al menos un minuto, permaneció allí de pie con Shelly a su lado, esperando y escuchando. Incluso después de que los pasos del monstruo se alejaran de su alcance, permanecieron inmóviles en su sitio.

Capítulo 39

Robert se quedó helado.

Incluso cuando se acercaban los pasos pesados y desequilibrados, no se atrevía a moverse. Sabía que debía correr o, en el peor de los casos, esconderse detrás del escritorio antes de que George se acercara, pero no lo hizo.

El miedo formaba parte de ello, pero también había algo más, algo que no acababa de entender.

George dobló la esquina y llenó la puerta del despacho, con su pesada respiración audible incluso por encima del siseo del soplete que estaba desatendido sobre el escritorio.

Se miraron a los ojos y Robert hizo todo lo posible por mantenerse firme. Era una experiencia desconcertante, algo que requería todo su esfuerzo, sobre todo teniendo en cuenta los horribles puntos de sutura y la forma inclinada e irregular de su cabeza.

"Te voy a arrancar el corazón", dijo por fin George. La bestia dio un paso desequilibrado hacia delante, pero Robert siguió sin moverse. Su aparente falta de miedo pareció hacer dudar a George, que se detuvo tras dar un solo paso. Fue entonces cuando Robert vio la pantorrilla ensangrentada de la pierna derecha de Jorge.

El músculo de *su* pantorrilla.

Robert tragó saliva e instintivamente se subió la pernera derecha del pantalón. No estaba seguro de por qué lo había hecho: tal vez pensó que podría provocar algún tipo de extraño parentesco, ya que George poseía ahora una parte de él, o quizá sólo quería dar a entender que ambos habían sido heridos por la misma persona. Pero cuando los ojos negros y oscuros de Jorge se posaron en la herida, de repente se abrieron de par en par.

George jadeó y retrocedió torpemente.

"¡Has sido tocada por él! ¡Por la Cabra!"

Los ojos de Robert bajaron rápidamente y se fijaron en las tres marcas de garras grises y alargadas.

"No volveré", bramó George, antes de darse la vuelta y salir corriendo de la habitación con su andar desequilibrado.

Robert esperó un momento, contemplando las palabras del monstruo.

¿Atrás? ¿Ha estado antes? Creía que nadie volvía...

Pero el propio Robert era una clara prueba de que se podía volver.

Algo se apoderó de él entonces, un repentino deseo -necesidad, incluso- de enviar a Jorge de vuelta a la Médula. De desterrarlo.

Y que el tiempo era esencial.

De ninguna manera podía dejar que esta quididad se quedara con

los vivos.

Robert hizo una mueca de dolor en la pierna y se apresuró a seguir al monstruo, con la mano sobre la tarjeta del Dr. Mansfield que aún guardaba en el bolsillo.

***

En circunstancias normales, Robert no habría tenido ningún problema para alcanzar a la bestia, sobre todo teniendo en cuenta lo desiguales que eran sus piernas. Pero su propia pierna empezaba a dolerle cuanto más subía por el terraplén detrás del hospital. Y el viento frío que le mordía la piel en la oscuridad sólo parecía acentuar la sensación.

Era casi como si aún pudiera sentir los dedos de Leland aferrando su carne, abrasándola con su agarre venenoso.

George se había perdido de vista hacía algún tiempo, pero no era difícil seguir su rastro; era grande y desgarbado, e incluso si no dejaba huellas evidentes entre la vegetación, el sonido de su choque habría conducido a Robert hasta él.

La luna brillaba en lo alto cuando Robert llegó a la cima de la colina de la parte trasera del hospital de Pinedale, resoplando y respirando con dificultad, frotándose la parte posterior de la pierna dolorida, donde le faltaba un trozo de pantorrilla. Por suerte, era el final del otoño y la luz de la luna se abría paso entre los árboles sin hojas como astillas neblinosas.

El paso de Robert era lento ahora, la parte posterior de su pierna se agarrotaba cada pocos pasos. Tardó casi media hora en verlo y, de no ser por los árboles rotos y las gruesas huellas, probablemente habría pasado de largo.

Enterrada en la ladera de una pequeña colina, apenas visible entre un afloramiento de rocas y una espesa vegetación, estaba la puerta de una pequeña y destartalada choza.

Robert recordó lo que le había dicho el Dr. Mansfield, sobre ser sacado a rastras del hospital y luego torturado en una choza en el bosque.

Esta era *esa* choza, él lo sabía.

Y George estaba dentro.

Robert se arrastró tan silenciosamente como su dolorido cuerpo le permitió hasta un lado del camarote. Luego echó un vistazo por la ventana. El cristal estaba rayado y sucio, y sólo tenía una pequeña zona despejada por la que divisar el interior.

Había sangre por todas partes; manchas marrones en las paredes, en el suelo, en el lateral de la pila de cerámica. Por si fuera poco, en un rincón había una gran pila de trapos completamente empapados.

Robert también vio una pequeña mesa -una mesa de picnic modificada- con lo que parecía un montón de alargadores encima.

Y herramientas: había varias herramientas quirúrgicas esparcidas desordenadamente por el lugar, llenando casi cada centímetro cuadrado de espacio polvoriento del mostrador.

A Robert se le cortó la respiración cuando sus ojos se posaron por fin en George, que estaba hecho una montaña en un rincón.

Parecía estar llorando.

Robert tragó saliva y entró en la cabina.

Capítulo 40

Fue Justine la que sacó a Cal y Shelly de su parálisis.

La mujer gimió e intentó levantar la cabeza del suelo. Su primer intento fracasó; su pelo estaba pegajoso por la sangre y se aferró al suelo antes de volver a tirar de ella hacia abajo. El segundo intento fue un éxito.

Shelly le dio un codazo en el costado, indicándole que había llegado el momento de poner en marcha su plan maestro. Por la mueca de su rostro, Shelly supo que no tenía muchas esperanzas. Como para reafirmarlo, le arrebató la linterna de la mano y la agarró con fuerza, dispuesta a volver a encefalar a Justine.

"Apúntale", ordenó Cal.

La luz era tan brillante que Justine siseó y apartó la cara de ellos.

"Levántate", ordenó Cal. "Levántate de una puta vez".

Justine escupió un grueso glóbulo de sangre al suelo y luego gimió mientras se ponía de rodillas. Cal apenas podía mirarla con los agujeros en la espalda que resollaban y siseaban con cada respiración.

¿Cómo es que sigue viva?

Con un gruñido dificultoso, Justine se puso en pie y se volvió hacia ellos. Justine no era tímida; al contrario, sabía que tenía un aspecto horrible, su cuerpo lleno de cicatrices era un desastre, y abrió los brazos para mostrarles su figura desnuda en todo su esplendor magullado y maltrecho. En su cara empezó a dibujarse una mueca de desprecio, que dejaba ver unos dientes delanteros agrietados y teñidos de un carmesí intenso.

"George te va a pillar", dijo. Su voz era nasal, su nariz doblada un cuarto de pulgada a la izquierda. "Te va a atrapar, y luego te va a joder".

Shelly levantó la linterna y le apuntó directamente a los ojos. Justine volvió a sisear y se tapó la cara con el antebrazo. Mientras estaba distraída, Shelly miró a Cal.

Cal asintió, como diciendo: "*Yo me encargo.*

En algún lugar del otro lado de la sala, George gritó y Cal sonrió.

"Parece que tu amigo Frankenstein está ocupado".

Justine se rió.

"Te va a atrapar. Después de que termine con tu amigo Robert, te va a atrapar".

Cal se aclaró la garganta.

"Danny, ¿sigues aquí?"

La sonrisa se borró de repente de la cara de Justine.

"¿Danny?"

Shelly le lanzó una mirada, pero él la ignoró.

Cal creía saber qué era lo que Danny y el otro quiddity más querían, qué significaba algo para ellos.

Y todos tenían algo en común.

Hubo un parpadeo de movimiento detrás de Justine cuando Danny dio un paso adelante, con su rostro destrozado bañado en sombras.

"Estoy aquí", dijo en voz baja.

"Bien. ¿Y tus amigos? ¿Están aquí también?"

Justine bajó el brazo y miró nerviosa a su alrededor. Por un segundo, Cal pensó que saldría corriendo y se preparó para interponerse en su camino si salía corriendo hacia la puerta.

Como respuesta, más víctimas de Justine y del Dr. Shaw salieron de las sombras.

"No", Justine gimió suavemente. "No."

"Oh, sí", respondió Cal con una sonrisa.

Y entonces sintió la mano de Shelly en su hombro. La miró y ahora ella también sonreía.

Ella lo entendió.

Lo que más deseaban estos quiddity era la vida que les habían robado prematuramente. Y aunque Cal no podía proporcionarles eso, sí podía darles a alguien vivo. Alguien que significara algo para ellos, a quien pudieran atarse, algo que pudieran cabalgar hasta la Médula.

Y entonces, como Cal había temido, Justine intentó huir, pero Danny fue demasiado rápido. Extendió la mano y la clavó en el hombro de Justine. La mujer gritó y trató de zafarse, pero el hermano de George salió de entre las sombras y le rodeó la cintura con un brazo muy musculoso. Sus uñas arañaron la extremidad, pero a diferencia de las marcas que habían hecho en la cara de Cal, hicieron poco daño al brazo fuertemente musculado.

De la oscuridad aparecieron más brazos y extremidades, y pronto aparecieron todas las almas atrapadas del Distrito Séptimo que Justine y el Dr. Shaw habían torturado durante casi una década.

Y todos querían un pedazo de ella.

La arrastraron hasta el suelo, sus manos agarraban y tiraban, golpeaban y agarraban. Ella seguía gritando, pero Cal tapaba el sonido.

Algo tiró de Justine hacia los oscuros recovecos de la celda y Shelly bajó la linterna unos centímetros. Sin embargo, antes de que la apartaran del todo, Danny se volvió hacia él y lo miró fijamente a los ojos.

Los blancos del hombre habían desaparecido, sustituidos por simples orbes negros.

Gracias, dijo.

Y luego retrocedieron en la oscuridad.

"Vamos", dijo Cal, volviéndose hacia Shelly. La agarró del brazo y

la hizo girar suavemente hacia la puerta. "Vamos a buscar a Robbo".

Cogidos del brazo, salieron de la habitación con el sonido de la carne desgarrada y los gritos de una mujer.

Tienes lo que te mereces, zorra.

Capítulo 41

"¿De verdad se ha ido?"

Robert asintió.

"Envíalo de vuelta, no te lastimará más".

La bestia que se alzaba sobre él parecía sonreír... si es que tal expresión facial era posible en sus destrozados rasgos. Los ojos de George eran sólidos orbes negros en su cabeza. Incluso el del lado izquierdo, el que tenía un colgajo de piel suturado que no era el suyo, era sólido, sin parpadear.

"Él me hizo hacer esas cosas... él tiene una manera..." Su frase se interrumpió.

Robert tragó saliva.

"Tienes que irte ya", dijo, tratando de sonar tranquilo y firme al mismo tiempo.

La respuesta de George fue inmediata e implacable.

"No."

Robert había pensado que podría llegar a esto. Se devanó los sesos en busca de ideas, una noción de cómo enviar a este hombre de camino a la Médula. Sus ojos recorrieron la habitación, pero nada parecía tener ningún valor personal... sólo instrumentos quirúrgicos y trapos ensangrentados. Ni siquiera había retrete, sólo un lavabo oxidado y maloliente en un rincón.

"*Tienes* que irte, George."

Algo parpadeó en el rostro del hombre, y Robert supo en ese instante que el hombre estaba pensando en Leland Black; el hombre del sombrero y la chaqueta vaquera desteñida, el de la cara tan horrible que parecía haberse borrado casi por completo de la memoria de Robert.

Lentamente, la bestia sacudió la cabeza.

"Me llaman George, pero ése no es mi nombre". Levantó el brazo izquierdo, el delgado y negro, y se golpeó el agujero que tenía en un lado de la cara. "Ya no sé quién soy. El Dr. Shaw... él... Ya estoy harto de hacer lo que me dicen. No me iré".

"Tienes que..."

"No", repitió George, esta vez un poco más alto. Él también empezó a erguirse, alcanzando toda su estatura. Culminación de otros o no, era un espectáculo impresionante, aunque repulsivo.

Robert trató de mantenerse firme, de no inmutarse, pero el corazón se le había acelerado en el pecho. Y le *dolía la pantorrilla*, por Dios, le *dolía la* pantorrilla.

¿Qué puedo utilizar? ¿Qué puedo utilizar?

George estiró la mandíbula inferior, haciendo que se rompieran los

últimos puntos que mantenían unido ese lado de la cara. Le quedó un corte que le llegaba casi hasta la sien, lo que le provocó una sonrisa aún más horrible.

"Si me voy", amenazó con su voz etérea, sus manos haciéndose bolas y empezando a cerrar los puños, "te llevaré conmigo".

Robert sintió que el corazón le daba un vuelco.

No había forma de que Robert volviera a la Médula... no ahora, al menos. Un día por Amy, pero no hoy.

Un dolor repentino y punzante en el tobillo le hizo arrodillarse. Gritó, y su mano se dirigió inmediatamente al lugar.

George no parecía interesado.

"Tienes dos opciones, Robert Watts: una, me dejas aquí ahora y no vuelves nunca más al Distrito Séptimo ni a los Bosques de Pinedale; o, dos, agarro tus enclenques hombros y te llevo conmigo a un viaje del que nunca volverás". Sus ojos hicieron lo imposible y parecieron oscurecerse aún más. Entonces George dio otro paso adelante, reduciendo la distancia entre ellos a menos de un metro. El hedor que emanaba de él era realmente repugnante. "Y créeme, no es un lugar al que quieras ir".

Con una mueca, Robert levantó la mirada y sus ojos se posaron en la sangre que corría por la parte posterior de la pierna de George, desde la pantorrilla.

La pantorrilla *de Robert*.

Y sabía lo que significaba algo para George; o, más concretamente, lo que significaba algo para *él*. Al fin y al cabo, Jorge tenía una parte de Robert suturada a él: era parte Robert.

Así que lo que significaba algo para Robert también era importante para George.

"¿Cuál es tu decisión, Robert?"

Robert volvió a ponerse en pie lentamente. Luego metió lentamente una mano en el bolsillo delantero de sus vaqueros y pellizcó la foto entre dos dedos.

"¿Robert?" George gritó de nuevo.

Robert sacó la fotografía del bolsillo y la acercó a la altura de sus ojos. Al ver el rostro en forma de corazón de su hija, se le llenaron los ojos de lágrimas. Resopló y se la secó con el dorso de la mano.

"¿Eso es todo, entonces? ¿Vas a renunciar a este mundo?" dijo George, malinterpretando su gesto.

Robert respiró hondo.

"Tengo..." Se le encogió el pecho. "*Tuve* una hija", se corrigió. Dio la vuelta a la fotografía cuadrada y se la mostró a George.

Era imposible saber si el hombre sonreía o no, dado su rostro destrozado, pero Robert pensó que tal vez lo había hecho.

"Me importa una mierda tu hija".

"Por favor, echa un vistazo".

George gruñó, pero por alguna razón, se acercó y le arrebató la foto de la mano.

Y ahora fue el turno de Robert de sonreír.

"Yo no...", empezó a decir George mientras echaba su enorme mano a un lado, con la intención de tirar la foto. Pero parecía estar pegada a sus dedos. "¿Qué coño?"

Volvió a azotar la mano, pero seguía sin soltarse. Los ojos negros del hombre se alzaron.

"¿Qué me has hecho?"

Fue entonces cuando George bajó la mirada para contemplar la fotografía que parecía fundida con sus dedos.

"¿Amy?", susurró. Las palabras le sonaban extrañas, y el hecho de que aquella *cosa* supiera el nombre de su hija hizo que Robert frunciera el ceño.

Mientras lo observaba, George empezó a estremecerse, su forma, su *quididad, se hacían* cada vez más transparentes. El hombre echó la cabeza hacia atrás y aulló tan fuerte que hizo temblar las muelas de Robert.

Sus ojos se desviaron hacia la fotografía que parecía haberse pegado a la mano del hombre.

Era la segunda vez que Amy le salvaba y, por ello, le estaba eternamente agradecido.

Recordó la voz de Amy que había oído en la Médula, suplicándole, diciéndole que le había prometido que estaría a salvo. Y eso fue sólo unos instantes antes de que apareciera el hombre del sombrero, sentado sobre la lápida de Patricia.

La ira invadió de repente a Robert, que se inclinó hacia él y miró fijamente los ojos negros de George.

"Dale un mensaje al Chivo de mi parte cuando lo veas. Dile... dile que esta es *mi* foto", siseó, señalando con un dedo la fotografía en la mano desvanecida de George, "y que esta vez voy a por *él*".

Capítulo 42

"¿Qué tal un domingo por la tarde?" preguntó Cal mientras abría la puerta de la finca Harlop.

Agotado, cruzó el umbral a trompicones, con Robert y Shelly a cuestas.

"Espera... ¿es domingo?" preguntó Shelly mientras se desplomaba en el sofá.

"Ni puta idea".

Cal fue directo al armario de los licores, pero se detuvo a medio camino y se agarró el pecho. Robert lo observó atentamente, pensando que tal vez le estaba dando un infarto.

"¿Cal?"

Era demasiado joven para uno, pero dado lo que habían visto...

Afortunadamente, Cal sacudió la cabeza y echó a andar de nuevo, murmurando algo sobre estar fuera de forma. Mientras servía dos vasos de Glenlivet, el bueno, la botella de 30 años, se dirigió a Robert.

"Tío, ya es hora de que vuelva a ponerme en forma... ¿te interesa, Robert? Ya sabes, ¿bombear algo de hierro?"

Robert se acercó cojeando al sofá y se dejó caer en él. Se sentía tan bien estar sentado en un sitio cómodo, aunque fuera un polvoriento sillón de ante de sesenta años.

"¿De *nuevo* en forma?"

"Sí, así es, *atrás*. ¿No te acuerdas de mí en el instituto?". Se acercó y le dio la bebida a Robert, que la tomó y dio un sorbo. Los ojos de Cal se desviaron hacia Shelly.

"Oh, sí, estabas jacked."

"Como quieras", dijo Cal, buscando su propio asiento. "Sólo por ese comentario, vamos a empezar con el día de piernas".

Robert suspiró e instintivamente se frotó la pantorrilla.

"Muy gracioso", refunfuñó.

"¿Y yo qué? ¿No hay bebida para mí?" preguntó Shelly, recordándoles que ella también estaba presente.

Cal no respondió inmediatamente, así que Shelly alargó la mano y le quitó el vaso.

"¡Eh!"

Ella le ignoró y olió el líquido con dramatismo antes de dar un sorbo.

"Prefiero la cerveza, pero esta mierda no está mal".

Cal se echó a reír y empezó a levantarse, decidido a buscarse otra bebida.

"Robbo, una cosa que aprendí de todo esto es que *no quieres* joder con esta chica. Hombre, ella era letal con esa linterna. Quiero decir,

ella quería..." Como sus palabras rozaban lo serio, reflejando los horrores que todos habían experimentado, dejó que su frase se interrumpiera.

Necesitaban un tiempo libre, un tiempo en el que sus pensamientos no estuvieran impregnados de muertos.

Cal sirvió su whisky en silencio y permanecieron sentados en sus respectivos asientos bebiendo en silencio durante algún tiempo. El agotamiento los envolvía como una espesa niebla.

Fue Cal quien finalmente rompió el silencio.

"Eso estuvo jodido", dijo simplemente.

Robert sintió que asentía.

"¿Eso es todo, entonces? ¿Hemos terminado con toda esta mierda de fantasmas?", continuó.

Nadie respondió.

Robert quería decir, *sí, hemos terminado*, pero sus pensamientos volvían una y otra vez a la voz de Amy que llegaba desde el cielo ardiente.

No, aún no he terminado con esto.

"Quizá", contestó Shelly, terminándose el whisky. "Me voy a la cama", dijo, y luego señaló a Cal. "Será mejor que te pongas algo en esos cortes de la cara o te quedarán cicatrices, y entonces empezaré a llamarte George".

Con eso, salió de la habitación, dejando a Cal con los dedos en las marcas de los arañazos que Justine le había hecho en la mejilla.

"Divertidísimo", refunfuñó Cal.

"Yo...", empezó Robert, pero un golpe en la puerta principal le interrumpió. Se levantó deprisa, demasiado deprisa, e inmediatamente volvió a caer al suelo, con el dolor agudizándose en la pierna. "Ya voy yo", dijo entre dientes apretados.

Cal le miró con desconfianza, pero le dejó ir solo hacia la puerta. Al fin y al cabo, técnicamente era su casa.

Habría sido mentira que Robert dijera que le sorprendió ver a Sean Sommers de pie en el porche, con el mismo estúpido traje de chaqueta y chaqué azul marino. Su expresión firme y de labios finos también era previsible.

"Robert", dijo el hombre con sencillez, tendiéndole un sobre. Robert lo cogió y miró dentro. Había un cheque de 100.000 dólares, como había prometido, a nombre de un banco que no reconoció inmediatamente.

Maldita sea, eres rápido.

"Gracias", dijo Sean con un gesto seco y se dio la vuelta para marcharse.

Robert le tendió la mano, pero el hombre se apartó.

"No tan rápido". Robert volvió a echar un vistazo a la finca y,

aunque Shelly estaba arriba y Cal seguía en el salón, le preocupaban los oídos sensibles. Subió los escalones de cemento roto y cerró la puerta tras de sí. "Prometiste responder a algunas de mis preguntas".

Sean se volvió e inspeccionó a Robert.

"*Una pregunta*", le corrigió. "Prometí que respondería *a una pregunta*".

Robert asintió y tragó saliva. Había tenido mucho tiempo para pensar en su pregunta durante el largo viaje de vuelta al condado de Hainsey, y al final se le había ocurrido algo.

"El hombre del sombrero y la chaqueta vaquera", empezó, bajando la voz varias octavas, "Leland Black... ¿quién es? ¿Es el diablo de algún tipo? ¿Es Dios?"

Los ojos de Sean se entrecerraron y permaneció en silencio tanto tiempo que Robert pensó que tal vez su pregunta era demasiado amplia, ofensiva, quizá, y que el hombre no iba a responderle.

Pero finalmente, Sean habló, y Robert escuchó.

"¿Dios? ¿Yo?", se rió entre dientes. "No, Robert, yo no soy Dios. Dios no existe. Al menos, si lo hay, nunca lo he conocido. ¿Y qué es el Diablo sin Dios?".

Robert entrecerró los ojos. No le interesaba la respuesta ambigua.

"Bueno, entonces, ¿qué es? ¿Qué *demonios es la* Cabra?"

La expresión de Sean permaneció plana y se produjo otra pausa incómoda.

"Prometiste..."

"Leland Black es tu padre, Robert."

Robert retrocedió.

"¿Él es *qué?*"

Sus pensamientos se dirigieron inmediatamente a su padre, o a la imagen del hombre que había muerto cuando él sólo tenía diez años. Un hombre bajo y calvo con una risa contagiosa y retumbante y unos ojos que brillaban incluso de noche.

"No es... no es mi *padre*", dijo rápidamente.

Sean se encogió de hombros.

"Piensa, Robert. Si lo piensas lo suficiente, puede que lo recuerdes".

Robert se quedó mirando, con la cabeza repentinamente ligera por el cansancio, el dolor y la confusión.

Sean tomó esto como su señal para irse y comenzó a girarse. Robert quiso detenerlo, pero su mente estaba agitada.

Piénsalo. Mi papá no era el hombre de la Médula. Mi papá era un buen *hombre.*

Sean estaba a mitad de camino antes de que Robert se diera cuenta.

Ya no le preocupaba que nadie de la finca le oyera.

"¡Espera!" gritó. "¡Sean, *espera!*"

El hombre no se volvió.

"No puedes soltar esa bomba e irte. ¿Qué quieres decir con que es mi padre? *¡Sean!*"

Como el hombre seguía sin volverse, Robert empezó a bajar los escalones, con una mueca de dolor en la pantorrilla.

A cada paso, su visión se volvía cada vez más roja.

"Bueno, ¿qué hay de Danny Dekeyser, entonces? Era un buen hombre... ¿tú qué coño le enviaste allí a hacer qué? ¿Para limpiar el lugar, a pesar de que sabías lo que se escondía en el Séptimo Distrito?"

Sean finalmente se detuvo, y Robert se animó a continuar.

"Sí, Cal y Shelly lo vieron. Hablaron con él. Describió a un tipo como tú que le pagó para limpiar el lugar. ¿Así que eso es lo que te va ahora, sacrificios? ¿De eso se trata todo?"

En el fondo de su mente, las palabras de Leland Black empezaron a resonar.

¿Cuánto sabes realmente *sobre Sean Sommers, Robert?*

Esta vez, Sean se volvió y la expresión de su rostro sorprendió a Robert; era suave, casi afectuosa.

Luego se endureció.

"Danny se estaba muriendo: tenía un cáncer terminal. Le di una oportunidad, la decisión de dejar a su mujer y a su hija algo de dinero cuando se fuera". Sean se encogió de hombros. "Como a ti, le di a elegir. Conocía los riesgos".

Por alguna razón, este comentario enfureció aún más a Robert.

"¿Riesgos? *¿Riesgos?* ¿Sabes siquiera a lo que nos enfrentamos en el Séptimo Distrito? ¿Eh?"

Sean se quedó mirando y Robert levantó las manos.

"¿Sabes qué? No te necesito. No necesito que *vuelvas*".

El rostro del hombre se ensombreció y negó con la cabeza.

"Sería mejor que no volvieras, Robert. No *lo* veas. Hay una grieta en la Médula, algo se está gestando. Y cada vez que vas, haces más fuerte el vínculo entre este mundo y el *suyo*. Haznos un favor a todos y no *vuelvas* nunca". El hombre hizo una pausa antes de continuar, dejando que sus palabras calaran. "Si crees que tu padre Leland es el diablo, tómate un momento para considerar en qué te convierte eso a ti, Robert".

El hombre giró sobre sí mismo y se dirigió hacia las puertas de hierro de la finca Harlop.

"¡No puedes alejarte de esto! ¡Sean! *¡Sean!* ¡No puedes huir de esto, no mientras tenga a Amy!"

Esta vez, sin embargo, el hombre siguió caminando, dejando a Robert solo mirando el tubo de escape del Buick negro mientras se alejaba a toda velocidad.

Epílogo

Leland Black estaba de pie a orillas del Marrow, contemplando las tranquilas olas. Respiró hondo y cerró los ojos. Había una niña sentada en su regazo, y él alargó la mano y acarició su pelo rubio.

"Está bien, no tengas miedo", susurró.

Cuando volvió a abrir los ojos, la serenidad había desaparecido. En su lugar, el cielo se había convertido en un infierno.

El aire se llenó de relámpagos, seguidos de un suave golpe en algún lugar detrás de él. Leland levantó suavemente a la muchacha y se puso en pie.

Incluso antes de girarse, supo quién estaba detrás de él.

El Dr. Shaw tenía los ojos bajos y la tez húmeda. Abrió la boca para decir algo, pero la Cabra levantó una mano y el hombre cerró la boca de golpe.

Cayó otro rayo y George apareció junto al doctor Shaw.

Leland observó a ambos durante un momento, asimilando su repugnante aspecto con el ceño fruncido, oculto bajo la sombra de su sombrero negro de ala ancha.

Se acercó al Dr. Shaw y le pasó una garra puntiaguda por la mejilla, provocándole un escalofrío.

"Has fallado, Andrew", dijo Leland en voz baja.

"Eran... eran... yo no..."

Leland se movió por detrás del doctor Shaw y cortó sus palabras trazando una línea sobre la garganta del hombre, cortándola de oreja a oreja.

Andrew jadeó y trató de sujetarse el cuello, para forzar la entrada de la sangre. Con un gruñido, Leland abrió la palma de la mano y la levantó hacia arriba. Andrew levitó un instante antes de ascender entre las llamas, con el rostro incorporado al de todas las demás almas torturadas que fluían y refluían en el fuego.

"Ya he tenido suficiente de ti."

A continuación, Leland dirigió su atención a George. A pesar de su tamaño y de su aspecto aterrador, estaba temblando ante el hombre del sombrero y la chaqueta vaquera desteñida.

"Y tú", susurró la Cabra. "Te engañaron, ¿verdad? Pero leal hasta el final, ¿no?"

George agachó la cabeza avergonzado.

Leland jugueteó con la bestia, alargando un dedo. George retrocedió visiblemente ante el dedo, pensando claramente que lo siguiente sería degollarlo, pero en lugar de eso, Leland le cortó las suturas que le quedaban por encima de la oreja.

Un trozo de carne putrefacta se desprendió, aterrizando en el

alquitrán bajo sus pies. Unas manos frenéticas lo cogieron, tirando de él hacia sus profundidades.

"Dijo que venía a buscarte", dijo George. Con mano temblorosa, le tendió una pequeña fotografía cuadrada, que Leland le arrebató.

Era una foto de pasaporte de Amy.

Leland se quedó mirando la foto durante mucho tiempo.

"Ve a reunirte con los demás", susurró, con los ojos aún clavados en el rostro de Amy. "Todavía tengo planes para ti. Tú, Andrew y James Harlop. Esto no ha terminado".

Volvió a levantar la mano como había hecho con Andrew, y George empezó a elevarse del suelo. Pero antes de enviarlo al fuego de arriba, vio algo en su pantorrilla.

Hizo un gesto de *"quieto"*, luego alargó la mano y arrancó el trozo de carne recién suturado. George gritó, pero Leland ni siquiera le miró mientras volvía a levantar la mano y George ascendía hacia las llamas.

Mientras Leland observaba el trozo de carne en su mano con garras, una sonrisa se dibujó en su rostro.

"No necesitarás venir a mí, ahora tengo una parte de ti. Y puedo encontrarte". Se guardó la fotografía en el bolsillo. "*Tsk*, *tsk*. No puedes esconderte de la Cabra, Robert Watts".

Leland soltó una risita seca y volvió hacia la chica, que obedientemente permanecía de pie donde él la había dejado. Cuando se acercó a ella, Leland se levantó el ala del sombrero para mostrar su horrible rostro.

La chica no se inmutó.

"No puedes esconderte de Leland Black, Robert."

La abrazó y volvió a acariciarle la cabeza mientras contemplaba las tranquilas olas.

"¿No es así, Amy?"

Su respuesta fue inmediata.

"Sí, abuelo".

Fin

Nota del autor

La idea de **The Seventh Ward** surgió durante una investigación sobre un tema que no tenía nada que ver. Se sugirió que los órganos pueden tener una especie de memoria, bautizada como "teoría de la memoria celular", que *puede* influir en el comportamiento y/o la personalidad del receptor. Sí, llevé esta idea al extremo cuando conjuré a Andrew Shaw, pero para eso está la ficción, ¿no?

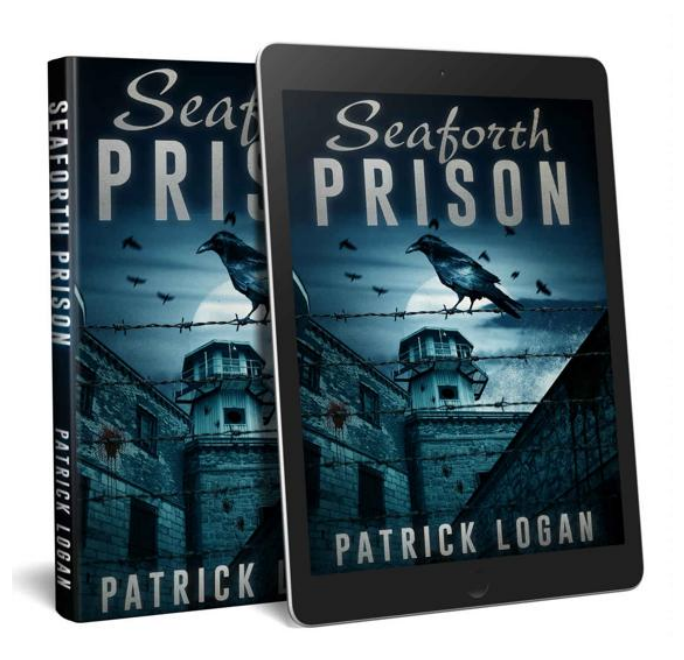
La serie Embrujada dista mucho de haber terminado. A medida que escribo estas historias sobre Robert, Shelly y Cal -que, para ser honesta, se están convirtiendo rápidamente en mis favoritas- me doy cuenta de que hay mucho más por escribir en su mundo. Considéralo una llamada de la médula, si quieres, pero veo más que los siete libros que he prometido en esta serie. Ahora mismo, puedes pedir el tercer libro, **Seaforth Prison**, en Amazon.

Como siempre, se agradecen las reseñas. Y si quieres saludarme, entra en mi página de Facebook (@authorpatricklogan) o escríbeme a patrick@ptlbooks.com. Respondo a todo el mundo, incluso a la gente mala (pero no seas malo).

Tú sigue leyendo y yo seguiré escribiendo.

Lo mejor,
Patrick
Montreal, 2016

Y ahora, un adelanto del Libro 3 de *la Serie Embrujada*, **La Prisión de Seaforth**…



Prisión de Seaforth

La serie embrujada

Libro 3

Patrick Logan

PRÓLOGO

El alcaide Ben Tristen se frotó los ojos y se reclinó en su silla. El viejo metal crujía, un sonido molesto y chirriante, pero con el que estaba familiarizado, ya que se había sentado en él casi todos los días durante los últimos dieciocho años. Hubo un tiempo en que el sonido le había molestado, e incluso se había planteado sustituirla a su costa, pero había decidido no hacerlo.

Y ahora se alegraba de haberlo hecho.

La silla era como un cómplice, un viejo compañero que le ofrecía una comodidad previsible en su entorno siempre cambiante.

Era media tarde, más o menos la hora en que los veintidós reclusos deberían estar terminando de comer. Aquello era otra cosa que al principio había detestado, pero que ahora le ofrecía consuelo: el rígido horario y la estructura de la prisión de Seaforth. Los reclusos comían todos *los días* a la misma hora, no importaba si era Navidad, Año Nuevo o su cumpleaños. Siempre a la misma hora.

Los ojos de Ben se desviaron hacia las fotos de su escritorio, y su mirada acabó posándose en una foto de su mejor amigo en todo el mundo. Amaba a su perro, un bóxer llamado Easton, por muchas de las mismas razones por las que amaba las comidas y su silla: Easton era predecible, fiable. Sus ojos se desviaron hacia la otra fotografía de su escritorio. ¿Su ex mujer y su hija? No tanto.

Con un fuerte suspiro, Ben se frotó las enormes manos, tratando de deshacer los nudos que se habían formado en las articulaciones durante los últimos años. El médico decía que la rigidez era normal, parte natural del envejecimiento, pero Ben nunca se había considerado un hombre normal. Con su metro ochenta y dos de estatura y sus ciento treinta y cinco kilos de músculos, Ben Tristen no era un hombre normal de setenta y dos años. Por eso detestaba que el médico se refiriera a cualquier cosa que le ocurriera como "normal", del mismo modo que ahora detestaba cualquier contratiempo en la agenda de Seaforth.

Ben se enorgullecía de mantenerse en forma, y no de la forma en que otras personas de su edad se ejercitaban, que normalmente consistía en ir al gimnasio tres veces a la semana para caminar en una cinta y hacer unos torpes rizos seguidos de press de banca con una pila de papeles. No, Ben era diferente. Él prefería los movimientos de potencia, limpia, sentadilla, banco.

Lo básico para desarrollar músculo y fuerza, ambas cosas muy útiles como alcaide.

Cuando Ben empezaba a soñar despierto con su próxima sesión de

ejercicios, el teléfono de su mesa sonó de repente, sacándole de sus pensamientos. Se le frunce el ceño.

El teléfono rara vez sonaba en Seaforth.

Esto no formaba parte de la rutina.

Lo cogió antes de que sonara por segunda vez.

"Alcaide aquí."

"¿Ben? Ben, ¿estás ahí?" El frenesí de la voz del hombre al otro lado de la línea hizo que Ben se incorporara en su silla, que chirrió en señal de protesta.

"¿Lenny? ¿Qué está pasando?"

Se oyeron gritos al otro lado de la línea y Ben empezó a levantarse.

"¡Lenny! ¡Contéstame!"

Los dedos doloridos del alcaide se dirigieron instintivamente a la cruz de madera que colgaba de su cuello y empezaron a masajearla.

"Ben, soy Carson", respondió finalmente Lenny. "Tienes que venir... tienes que venir rápido".

Carson.

La simple mención del nombre del hombre bastó para que Ben colgara el teléfono y saliera corriendo de la habitación.

***

En Seaforth, correr sólo estaba permitido en el patio. Incluso los guardias y el propio Ben tenían prohibido hacerlo.

Pero ésta era una excepción.

Fue una excepción por Carson.

La sola mención del más violento, sádico e infame de los prisioneros de Seaforth bastó para que Ben rompiera su propia regla.

Sólo después de comprobar que tanto la pistola como su Taser, que rara vez llevaba hoy en día, estaban sujetas a su cadera.

Carson estaba recluido en el bloque de celdas E, era el único recluso que se encontraba en ese bloque. Hacía más de un año que Carson estaba recluido con la población general. Un mes antes de su traslado, Carson había estrangulado a dos pandilleros que se creían duros y que querían hacerse un nombre rápidamente matando al hombre más infame de Seaforth.

Habían descubierto por las malas que era mejor dejar solo a Carson; con él nunca había segundas oportunidades.

Sus múltiples cadenas perpetuas resultaron ser más bien cortas.

Y si no había presos en el Bloque de Celdas E, eso significaba que...

Ben aceleró el paso, avanzando por el pasillo principal, ignorando los abucheos y gritos de los prisioneros encerrados en sus celdas que le flanqueaban.

Al final del pasillo había una sola puerta, a la que no tardó en

llegar. Pero antes de que pudiera llamar, la abrieron de un tirón, y uno de los guardias más jóvenes, un enjuto hombre negro llamado Perry, la abrió, con los ojos muy abiertos, desorbitados.

"Alcaide, usted..."

Ben casi le da una bofetada.

"¡No abras la puerta!", gritó. "¡No abras la puerta! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡Usa la cámara! ¡Compruébalo con Peter arriba! ¡Joder, Perry!"

El hombre bajó la mirada.

"Lo siento, es que..."

"¡Mírame!" ordenó Ben al cruzar el umbral. Los ojos de Perry se alzaron de inmediato. Ben extendió un dedo, que parecía un poco más nudoso de lo habitual, hacia el uniforme azul marino del hombre. "Nunca abras la puerta *sin más*. Ni a mí ni a nadie. Llama por radio a Peter, que compruebe primero las cámaras. ¿Entendido?"

El hombre asintió rápidamente y Ben le empujó.

"Joder", refunfuñó Ben. "Casi tres millones de dólares en cámaras de lujo y seguridad, y nadie quiere ni usar la maldita cosa".

Ben acarició la tarjeta que llevaba en el cinturón.

"¿Dónde está Quinn? ¿Está ahí abajo con Carson?"

Perry tragó saliva y volvió a asentir mientras Ben se adentraba en la encalada zona de espera que conducía a otras dos puertas. La de la derecha daba al patio, mientras que la de la izquierda conducía al comedor de los reclusos.

Al otro lado del comedor estaba la puerta que conducía al bloque de celdas E. Ben escaneó su tarjeta y entró en el comedor.

Perry empezó a seguirlo, pero él levantó una mano y lo detuvo, volviendo un oído hacia los reclusos que seguían gritando detrás de él.

"Mantenlos tranquilos. Pase lo que pase, no los irrites aún más. Calma. ¿Entendido?"

Perry asintió y entonces la puerta se cerró, tapando tanto el sonido como la expresión asustada del hombre.

Ben se apresuró a cruzar el comedor de cemento con los ojos fijos en la puerta del otro lado. Con el corazón acelerado, buscó de nuevo la tarjeta, pero antes de que pudiera cogerla, la puerta se abrió de golpe y el ayudante Quinn Laughlin entró a trompicones, con las manos cubriéndole la cara. Ben dejó escapar un suspiro de alivio.

Su peor temor no se había hecho realidad.

Todavía no.

¡"Quinn"! ¿Qué coño está pasando? ¿Qué está pasando con Carson?"

El hombre no dijo nada, sino que siguió avanzando a trompicones, llevándose las manos a los ojos.

"¡Quinn! ¿Quinn?"

Ben alcanzó al hombre, pero el ayudante del sheriff se apartó en el

último momento.

"¡Vamos!" Quinn gritó. "¡Ve con Carson! ¡Ahora!"

Confundido, Ben dio un pequeño paso atrás.

¿Qué coño está pasando?

"¡Quinn!"

"¡Sólo vete!"

Un grito procedente de detrás del hombre hizo que Ben atravesara la puerta aún abierta, dejando a Quinn atendiendo cualquier herida o incidente con escupitajos o heces que Carson le hubiera infligido.

"Volveré", dijo Ben por encima del hombro al entrar en el bloque de celdas E.

A diferencia de las celdas bien iluminadas y estériles de la población general, el bloque de celdas E era húmedo y el aire desprendía un olor salobre debido a que la pared sur era la más cercana al mar. A diferencia de la población general, las cuatro celdas del bloque E no tenían barrotes. En su lugar, tenían gruesas puertas de madera con un simple orificio estilo ranura de correo en el centro para entregar la comida.

Carson estaba en la última celda; Ben lo sabía, porque él mismo lo había metido allí. Pero aunque no lo hubiera sabido, los dos guardias que estaban delante de la puerta le habrían avisado.

Ben echó a correr de nuevo. Mientras corría hacia ellos, el guardia de la puerta cerró la persiana metálica de la ranura de entrega y luego se dobló por la cintura y empezó a vomitar.

Sólo entonces vio Ben el cadáver de un tercer guardia que yacía inmóvil en el suelo, en el centro del pasillo.

"*¡Eh*! ¿Qué coño está pasando?" Ben preguntó por quincuagésima vez.

El hombre que había estado vomitando le miró con los ojos inyectados en sangre y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Ben estaba ya a unos 30 metros de ellos, y pudo ver que había un pequeño charco de sangre en el suelo alrededor del guardia caído.

"Lo siento, alcaide", dijo el hombre. Luego se agachó y volvió a vomitar.

"¿Qué *coño* ha pasado?"

Era Lenny, un hombre alto y grueso de ojos hundidos -el que le había llamado para que viniera-, quien respondía ahora.

"No lo sé... oímos gritos, vinimos corriendo, pero para entonces ya era demasiado tarde".

¿Demasiado tarde?

Ben apartó de un empujón al primer guardia y se arrodilló junto al hombre que estaba en el suelo.

"Joder", dijo, apartando la mirada. Respiró rápidamente para calmarse y se volvió hacia el cuerpo.

El guardia estaba de espaldas, con las manos a los lados. La sangre no procedía de una herida en el cuello, como cabía esperar, dado que Carson había adquirido notoriedad por haber degollado sin piedad al menos a trece personas, sino de los ojos.

Los ojos del hombre eran pozos oscuros llenos de sangre semicoagulada que temblaban como huevos poco cocidos.

El resto de su rostro estaba cubierto de vetas rojas.

"Jesús", murmuró Ben. Entonces se dejó llevar por sus instintos. Acercó la oreja al pecho del hombre, escuchando el latido de su corazón o la respiración entrecortada.

No oyó ni lo uno ni lo otro.

Ben se incorporó y entrelazó los dedos doloridos, preparándose para las compresiones torácicas.

"¿Dónde coño está el médico? ¿Has mandado llamar al médico? ¿Y qué hacéis ahí parados? ¡Ayudadme!"

Sintió una mano en el hombro y giró la cabeza.

"Lo intentamos, alcaide. Hicimos todo lo que pudimos, pero cuando llegamos ya era demasiado tarde. Lo siento, lo sé..." La voz de Lenny vaciló. "Sé que tú y Quinn estabais unidos".

Ben retrocedió ante la mención del nombre de su amigo, volviendo a su mente la imagen de su amigo en el comedor cubriéndose la cara.

¿"Quinn"? ¿De qué estás hablando? Acabo de verlo... lo vi con sus manos..."

Sus ojos pasaron del rostro severo de Lenny al hombre que estaba en el suelo, escudriñando su uniforme.

La etiqueta en su pecho decía: Quinn Laughlin.

"No", dijo Ben suavemente. "Es un truco, yo sólo... yo sólo..."

Volvió a sentir la mano en el hombro, pero se encogió de hombros.

"Es Quinn; Carson llegó a él. No sé cómo, pero..."

"¡No!" bramó Ben de repente, tratando sin éxito de comprender lo que estaba pasando.

¡Acabo de verlo! ¿Cómo...?

Con el corazón acelerado en el pecho, limpió parte de la sangre de las mejillas del hombre caído.

"No", gimió.

Era Quinn. No tenía ni idea de cómo, pero definitivamente era Quinn.

Ben se levantó tan rápido que se sintió mareado.

"¿Ben? Tú..."

El alcaide apartó a Lenny de un empujón y se apoyó en la gruesa puerta de madera de la celda de Carson.

Su respiración era ahora rápida y furiosa, y podía sentir cómo sus músculos se tensaban.

Con un movimiento de muñeca, empujó la corredera metálica y se

quedó mirando la celda de Carson.

El hombre estaba desnudo y sentado de espaldas a la puerta, mostrando una red de cicatrices, algunas antiguas y otras nuevas. Su cabeza rapada brillaba bajo la única bombilla que había en lo alto.

"Carson, ¿qué has hecho?", le preguntó. Como el hombre no reaccionó, levantó la voz. "¡Carson!"

Carson se levantó lentamente, pasando de la posición sentada a la de pie sin utilizar las manos. Luego empezó a girar con las manos extendidas hacia delante.

"Bienvenido, Ben."

Carson sonreía.

"Siento lo de tu amigo Quinn, Ben, de verdad. Pero necesitaba que viera".

La mirada de Ben se dirigió a las palmas aplastadas del hombre, en cada una de las cuales yacía un único objeto.

Su estómago se revolvió y casi sucumbió a las ganas de vomitar.

En cada una de las manos de Carson había un globo ocular de Quinn, ambos apuntando directamente a Ben.

"¡Necesitaba que lo *viera*!" Carson rugió de repente mientras corría hacia la puerta. "¡La Cabra *verá*! Ya viene, y cuando llegue, *¡lo verá*!". Luego se echó a reír. "¡Por fin papá vuelve a casa! ¿No lo sientes, Ben? ¿No puedes sentirlo?"

Ben dejó caer el tobogán metálico con un ruido metálico y se apartó de la puerta, sudando por todo el cuerpo.

Los gritos de Carson desde el interior quedaban amortiguados por la gruesa madera, pero sus palabras eran lo bastante claras.

"¿No lo sientes en el pecho, Ben? ¿Una opresión? Así es como lo sabes, Ben... así es como sabes que está cerca... la Cabra viene... viene a casa".

Ben cerró los ojos y se concentró en bloquear las divagaciones del loco.

¿Cómo es posible? ¿Cómo coño ha *ocurrido?*

Su mano se dirigió instintivamente a la cruz que colgaba de su cuello y la apretó con fuerza.

Con los ojos aún cerrados, dijo: "Llama al padre Callahan".

Luego se arrodilló y abrazó el cadáver de su amigo. "Por favor, que venga el padre Callahan lo antes posible".

Y entonces, por primera vez en casi dos décadas -la primera vez desde que su esposa había recogido a su única hija y se había marchado sin siquiera una nota-, el alcaide Ben Tristen empezó a llorar.

Parte I - Días y noches de tormenta

Capítulo 1

Allan Knox se paró en la puerta principal de los agrietados escalones de cemento y miró hacia arriba, maravillado, la enorme puerta de madera. Tenía el corazón acelerado y la frente sudorosa. Su mochila, la misma que llevaba arrastrando desde hacía años, le resultaba de repente demasiado pesada, las correas le mordían el abrigo, que era demasiado ligero para el aire gélido, y le apretaban los hombros.

Debería irme. Debería darme la vuelta e irme. No me necesitan.

Tragó saliva, tratando de averiguar cuál debía ser su siguiente paso.

Quizá ni siquiera estén en casa.

Allan se inclinó hacia atrás y miró hacia las numerosas ventanas de plomo que bordeaban la fachada de la finca. Había luces encendidas en varias de ellas.

Ahí va esa teoría.

Allan enganchó los pulgares entre las correas de su mochila y su chaqueta, aliviando la presión.

Quizá sea la casa equivocada.

Pero un rápido vistazo alrededor confirmó que, efectivamente, era la casa correcta. La descripción del querubín con los ojos tachados en la fuente era exacta. Aunque alguien había intentado borrar las equis, aún podía ver su tenue contorno en el latón oxidado, la piedra o lo que demonios fuera. Y no era sólo la estatua; había otras cosas sobre el lugar que Robert Watts había publicado en Internet que eran exactas.

Las puertas de hierro forjado que había atravesado, por ejemplo. El largo y sinuoso camino de entrada, los ladrillos exteriores agrietados de la finca.

La maldita puerta de madera gigante que parecía que debía usarse como puente levadizo para cruzar un foso.

Debería irme.

Y entonces, como si asintiendo fuera a confirmar que se trataba de su decisión final, Allan dio un paso atrás, y luego otro. Sin embargo, un instante antes de darse la vuelta y marcharse, oyó el sonido de un pestillo que se deslizaba desde el interior de la finca. El sonido sorprendió tanto a Allan que se tambaleó hacia atrás. Una fracción de segundo después, perdió completamente el equilibrio y cayó de culo. Gritó, y luego hizo una mueca al oír el sonido de metal raspando sobre metal desde el interior de su mochila.

La puerta se abrió y se encontró mirando a una bonita mujer de pelo corto y rubio. Lo miraba con desconfianza, con los ojos verdes apenas visibles bajo el ceño fruncido.

"¿Quién coño eres?", preguntó.

Allan tragó saliva con fuerza, todavía dolorido por el dolor que le irradiaba desde la rabadilla.

"R-r-r-obert", balbuceó.

La mujer apretó los labios, poniendo cara de pato. También le pareció que sacaba un poco el pecho, pero no estaba seguro, dado el grueso abrigo que llevaba.

"¿Te llamas Robert? ¿Es eso?"

Allan negó lentamente con la cabeza.

"N-n-no, pero..."

Se señaló el busto.

"¿Estás diciendo que soy Robert? *¿Parezco* un maldito Robert?"

"N-no, claro que no, pero..."

Le hizo un gesto con la mano para que se fuera y volvió a meterse en la casa.

"Oye, Robert, ven aquí, hay un niño que quiere verte".

Allan frunció el ceño y se puso en pie.

"Me llamo Allan", dijo, tendiendo la mano a la mujer que permanecía en la puerta, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Le miró la mano, pero no hizo ademán de estrechársela.

"Así que *puedes* hablar. Eso te hace mejor que la mayoría de los visitantes de Robert".

Hubo cierto alboroto en el interior de la casa, y entonces un hombre de pelo castaño y rasgos estrechos apareció detrás de la guapa mujer.

"¿Sí? ¿Qué quieres?", preguntó, y Allan no pudo evitar sonreír. Era Robert Watts, exactamente como se lo había imaginado después de encontrar por primera vez sus mensajes en Internet hacía menos de un año.

Desde que murieron sus padres, hacía más de diez años, Allan había querido ser cazador de fantasmas. Su pasión se intensificó cuando vio los espíritus de sus padres en el lugar del accidente. Desde entonces, Allan había pasado casi todas las horas del día leyendo todos los libros que caían en sus manos, visitando casas supuestamente encantadas y entrevistando a supuestos cazadores de fantasmas, pero todo eran patrañas.

Es decir, hasta que leyó sobre *Inter vivos et mortuos*, sobre el libro *Entre vivos y muertos; hasta que descubrió* a Robert Watts, claro. Y hasta que empezó a ver muertos por todas partes.

A Allan se le iluminó toda la cara con una sonrisa que ni siquiera podía llegar a contener.

"Robert, me llamo Allan y quiero unirme a tu equipo".

Robert no reaccionó como esperaba; en lugar de sonreír, el hombre hizo una mueca. La mujer, en cambio, permaneció estoica.

"¿Equipo? ¿De qué demonios estás hablando?"

Allan se quitó la bolsa del hombro y se dispuso a abrirla.

"Quiero unirme a tu equipo, quiero cazar fantasmas como tú, Robert".

Capítulo 2

"**Mira el vídeo, dime** lo que ves".

El padre Callahan se frotó los ojos con una mano artrítica, pero no hizo ademán de acercarse al monitor. De hecho, ni siquiera lo miró.

"Estoy cansada, Ben. Muy cansada. Si no hubieras sido tú quien me llamó, nunca habría salido de mi parroquia. Ha sido un viaje muy, muy largo, y estos viejos huesos ya no viajan bien. Y mis ojos ya no funcionan tan bien. ¿Por qué no me cuentas qué ha pasado?".

El alcaide observó al hombre de la túnica negra, la cruz de madera, una casi idéntica a la suya, colgando casi hasta el ombligo dada su postura encorvada. El padre Callahan era viejo, muy viejo, y el hombre tenía razón; no estaba en condiciones de viajar, ya no. Pero, ¿qué otra opción tenía? ¿A quién más podía llamar? ¿Quién si no iba a creer que a su mejor guardia, a su mejor amigo, un psicópata le había arrancado los ojos y, sin embargo, había visto a Quinn a más de cien metros de donde yacía su cadáver?

Ben se aclaró la garganta, se masajeó las manos doloridas y respiró hondo.

"Lo sé, padre, lo sé. Pero antes de contarte lo que ha pasado, necesito que veas el vídeo. Necesito que me digas lo que ves. Por favor. Yo soy viejo, tú eres viejo, ninguno de los dos tenemos ya tiempo para juegos, y éste no es uno, padre. Se le quebró la voz y tuvo que aclararse la garganta para que no se le quebrara del todo. "Estoy desesperado".

El padre Callahan suspiró, pero se puso las gafas de lectura en el extremo de la nariz y luego inclinó la cabeza hacia atrás para mirar a través de ellas y hacia el monitor de gran tamaño.

"Gracias, padre", dijo Ben, antes de que su voz cambiara a profesional. "Este es el video de vigilancia de ayer. Por favor, miren cuidadosamente".

Ben se inclinó y pulsó play, y el vídeo empezó a rodar.

Enfocada desde arriba y desde la izquierda, la cámara mostraba el último tercio del pasillo del bloque de celdas E y enfocaba la puerta de la celda de Carson, que estaba firmemente cerrada. La hora marcada en la parte inferior izquierda de la pantalla era: 5:55. Treinta segundos después, un hombre entró en escena, recorriendo el pasillo con una bandeja delante.

"Ese es Quinn. Va a dejar la comida, como todos los días, a las 5:55. Exactamente a las 5:55, todos los días".

El padre Callahan no dijo nada. Se acercó más.

En la pantalla, Quinn se acercó a la puerta, llamó una vez y, a

continuación, abrió el tobogán metálico y colocó la bandeja sobre él.

"Se supone que debe esperar..."

Callahan le hizo callar y Ben apretó la mandíbula. El hombre se acercó aún más al monitor, y su encrespado pelo gris bloqueó casi toda la visión de Ben de la pantalla. No importaba; el director ya había visto el vídeo docenas de veces.

Y seguía sin entender por qué Quinn hizo lo que hizo. Por eso había traído al padre Callahan, por eso y por lo que había ocurrido en el comedor minutos después.

Los dos se remontan a mucho tiempo atrás, y si había un hombre que Ben pensó que podría tener una visión de algo como esto, era el Padre Callahan.

Se rumoreaba que el hombre había visto algunas cosas... algunas cosas en un pantano que eran igualmente inusuales, inexplicables.

Ben volvió a tocar su cruz.

¡La cabra verá! Papá vuelve a casa.

Se estremeció.

En el vídeo, la bandeja desapareció en la ranura; entonces, como de costumbre, Quinn alargó la mano para volver a deslizar el metal hasta cerrarla. Pero cuando estaba a medio camino, vaciló, acercando la cabeza a la ranura como si Carson le estuviera diciendo algo.

"Sin sonido", se ofreció, pero Callahan hizo un gesto con la mano, indicándole que mantuviera la boca cerrada.

Ben accedió.

Fue en este punto del vídeo cuando las cosas cambiaron. Después de oír lo que Carson había dicho, el rostro de Quinn se ensombreció de repente e hizo lo inexplicable. Movió los labios, se llevó la mano al cinturón y hojeó las llaves del bucle casi robóticamente. Encontró la llave que buscaba y la introdujo en la cerradura. Quinn abrió la puerta de la celda y entró.

Fue entonces cuando la estática llenó la pantalla.

De repente, el padre Callahan se echó hacia atrás.

"¿Qué ha pasado?", preguntó con voz ronca.

Ben se encogió de hombros.

"No lo sé exactamente. Hubo una especie de subida de tensión, las luces parpadearon. Nuestro informático está trabajando en ello. La compañía eléctrica dijo que no había nada de su parte, pero ocurre de vez en cuando". Cogió el teclado y empezó a avanzar.

"No hay imagen durante exactamente tres minutos, y luego" -apretó el play, luchando contra las lágrimas ahora- "esto".

La estática desapareció de repente, revelando exactamente la misma escena que antes de que llegara, con la puerta parcialmente abierta, el pasillo vacío. Y entonces Quinn salió dando tumbos, con las manos cubriéndose los ojos y derramando sangre entre los dedos. Su

hombro golpeó la puerta, abriéndola de par en par, y luego cayó sobre una rodilla. Un segundo después, se desplomó de bruces, inmóvil, donde permaneció hasta que llegaron los demás agentes. Pero justo antes de que Lenny y Paul llegaran y lo voltearan, se pudo ver una figura sombría justo dentro de la puerta. Y entonces Carson alargó la mano y cerró lentamente la puerta de su celda.

Unos minutos después, el propio Ben apareció en la toma. El director cerró la cinta.

"No entiendo..." Dijo Ben en voz baja, más para sí mismo que para el cura. "Quiero decir, ¿qué llevaría a Quinn a entrar ahí?"

El padre Callahan seguía congelado, con los ojos fijos en la pantalla ahora negra.

"¿Y por qué no se fue Carson? Tuvo una oportunidad perfecta para irse, pero no lo hizo. En vez de eso, *cerró* la puerta de la celda. ¿Por qué haría eso, Padre?"

Ben se crujió los nudillos, las nudosas articulaciones crujieron en lugar de estallar en señal de protesta. Luego apretó los dientes y flexionó los músculos de los brazos y el pecho.

"¿Qué coño le poseería para hacer eso?"

El padre Callahan finalmente se apartó de la pantalla.

"Como sabes, Ben, mis ojos no funcionan tan bien como antes. De hecho, apenas funcionan. Pero creo que vi los labios del guardia moverse antes de entrar en la celda. ¿Lo viste?"

"Ajá. Como he dicho, no hay sonido... He intentado ralentizarlo, acercarlo y todo eso. Todavía no puedo entenderlo. Parece 'tostada', tal vez. ¿'Fantasma'? ¿'Avena'? Ni puta idea".

De repente, el padre Callahan retrocedió como si le hubieran golpeado en el pecho. El hombre se tambaleó hacia atrás, y Ben se puso en pie y agarró al anciano sacerdote antes de que se desplomara.

"Callahan, ¿estás bien?"

El hombre levantó la mano y agarró los hombros de Ben, respirando profundamente.

"N-n-no", balbuceó. "Cabra no, sino *Cabra*. Y la razón por la que el hombre no se fue es porque está esperando que alguien venga a buscarlo".

Ben sintió un escalofrío en la espalda.

La Cabra verá... Papi vuelve a casa.

Capítulo 3

"A ver si **lo** entiendo, ¿has leído sobre mí... sobre nosotros... en Internet? ¿Crees que somos una especie de... qué... modernos cazafantasmas?".

Habían pasado seis meses desde la purga del Distrito Séptimo, pero a Robert Watts le parecía que había sido ayer. Y su cojera era un recuerdo perpetuo de su estancia allí.

El chico del sofá de enfrente bajó la mirada.

"Yo no... quiero decir, no quise ofenderte ni nada..."

"¿Cómo, exactamente, te enteraste de mí?" preguntó Robert bruscamente.

Allan levantó la vista.

"No fue tan difícil encontrarte, la verdad. Es decir, al principio no sabía exactamente lo que buscaba, pero siempre recorro los sitios -los ocultos, como donde te encontré- haciendo preguntas concretas, intentando encontrar algo sobre la Médula, sobre la quidität, sobre los espíritus atrapados en este lado. Así es como te encontré".

La cerveza de Cal rebosó y la espuma salpicó el suelo tras la mención de *Marrow* y *Quiddity.* Robert le lanzó una mirada y luego sus ojos se desviaron hacia Shelly. Estaba de pie detrás del hombre -niño*, no es más que un niño*-, con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios apretados con fuerza.

Típica pose de Shelly.

"¿Qué sabes de la Médula?" preguntó Robert acusadoramente.

La mirada del chico volvió a caer.

"Mira, lo siento, me iré si quieres. No busco problemas. Sólo pensé... quiero decir, cuando mis padres murieron hace tantos años, los vi... quiero decir, los vi incluso *después de* que sus cuerpos desaparecieran. Y eso me envió por este camino. Quiero saber sobre ellos, sobre dónde están, cómo están, *quiénes* son. Encontré algunas cosas en la red, pero no mucho. Nada más de lo que ustedes probablemente han leído, sobre la arena, el agua, la quididad. Y luego está el libro; no paraba de oír hablar de este libro, *Inter vivos et mortuos*. Yo también estuve a punto de dejarlo, pero últimamente he visto más..."

"Espera, ¿viste *a* tus padres? ¿Viste a Quiddity?" interrumpió Cal.

Allan asintió.

"A veces sólo con los ojos, pero no siempre... Espera un segundo". El chico se agachó y empezó a abrir la cremallera de su mochila.

Shelly se sacó los brazos del pecho.

"No, espera un segundo", dijo ella, dando un gran paso adelante. Allan levantó el cuello para mirarla, con las cejas enarcadas.

Extendió una mano.
"Déjame ver tu bolso primero".
El chico hizo una mueca y Robert se echó hacia atrás.
"Cálmate, Shelly. Es sólo un niño, es..."
Le miró con los ojos entrecerrados.
"Sí, vamos a estar seguros, ¿de acuerdo?" Enganchó una barbilla a las tres cicatrices paralelas que iban desde la mejilla de Cal hasta su labio superior. "¿Recuerdas lo que pasó la última vez cuando nos cogieron por sorpresa? ¿Recuerdas...?"
Robert agitó un brazo.
No estaba de humor para rememorar viejos tiempos.
"De acuerdo, bien. Revisa la bolsa".
Allan le hizo un gesto con la cabeza, como si hubiera estado esperando el permiso de Robert antes de entregárselo.
Shelly hizo una mueca mientras rebuscaba entre la miríada de cámaras y otros equipos de aspecto extraño. Allan se encogió de hombros al oír el chirrido del metal, pero al final se encogió de hombros y se lo devolvió.
"Sólo un montón de mierda voyeur-Cal, probablemente tienes lo mismo en tu habitación para espiarme en la ducha".
Cal no sonrió.
"Muy gracioso".
"Chicos, dejadle hablar", imploró Robert. Luego, a Allan, le dijo: "¿Decías lo de con los ojos o...?".
El miedo y la ansiedad que se habían reflejado en el rostro del chico desde que llegó -nervios, probablemente, aunque la idea de que fuera por conocer a Robert le incomodaba- desaparecieron de repente.
"Sí, a veces las veo con los ojos, pero lo que he descubierto es que con esto" -sacó de su bolso una cámara DSLR de aspecto normal y jugueteó con el objetivo- "puedo ver más". Enarcó una ceja. "*Mucho* más".
Cal hizo una mueca.
"¿Hay más?"
Allan sonrió, lo que le hizo parecer aún más joven de sus dieciocho años, más o menos.
"Oh, sí, muchos más, pero desde hace poco. Durante años, sólo recogía uno o, si tenía suerte, dos al mes, merodeando por un cementerio o alrededor de un accidente. Pero últimamente...". Respiró hondo. "Últimamente están *por todas partes*. ¿Sabes lo que pienso?"
Nadie respondió, pero Allan continuó de todos modos, subiendo sus gafas redondas por el puente de su pequeña nariz.
"Creo que algo está pasando. Algo está cambiando".
Robert tragó saliva, con los últimos comentarios de Sean Sommers repitiéndose en su mente.

El hombre advirtió que nunca volvería, que la brecha entre este mundo y el de ellos -el ardiente mundo de Leland Black- era cada día más delgada.

Es tu padre.

Sacudió la cabeza. Leland no era su padre; Sean estaba mal de la cabeza con eso.

"¿Cómo sabemos que no eres un farsante? ¿Un periodista pirata o algo así, un príncipe nigeriano que quiere nuestras tarjetas de crédito?". preguntó Shelly, con voz severa.

Allan miró directamente a Robert cuando habló.

"Porque sí", dijo mientras jugueteaba con la lente del extremo de la cámara. Accionó un interruptor y se encendió una luz roja. "Puedo enseñártelo".

¿Necesita una dosis de suspense?

¡Echa un vistazo a mi éxito de ventas Chase Adams FBI Serie disponible exclusivamente en Amazon!

Diseño de portada: Ebook Launch (www.ebooklaunch.com)
Diseño interior: © Patrick Logan 2016
Edición: Edición de línea principal (www.mainlineediting.com)

Primera edición: Diciembre 2023